



Begoña Hernández 
Alas de mariposa

ALAS DE MARIPOSA

Begoña Hernández

Ilustración de portada **María Ángeles Cámara (María DelValle)**



© Begoña García Hernández 2016

© Ediciones Dokusou

I.S.B.N.:

978-84-945604-7-7

Edita: Ediciones Dokusou

www.edicionesdokusou.es

“Para mi J. particular, mi todo”

AGRADECIMIENTOS

Aún recuerdo el día que concluyó la primera etapa de ésta que espero sea una larga aventura. Ese cosquilleo en la tripa, como la primera vez que subes a una noria... o cuando te enamoras. Esa sensación maravillosa que no hubiera vivido si no fuera por vosotros.

Gracias, Juanlu. Tú has sido mi pilar, mi “lector cero”. Gracias por tu apoyo constante, por tus consejos, pero sobre todo por emocionarte con cada capítulo y ser el motor que me impulsaba a seguir escribiendo. Te quiero.

Gracias Rocío y Mar, mis niñas. Aún sois demasiado pequeñas como para comprender la enorme influencia que habéis ejercido en esta obra, pero estoy convencida de que dentro de unos años os veréis reflejadas en algunos de los personajes de la historia.

Gracias, mamá. Por todo lo que siempre has hecho por mí. Por hacerme crecer entre libros e inculcarme el amor por la lectura. Y por enseñarme a buscar siempre la perfección en los detalles.

Gracias, Raúl, por creer en mí. Por devolverme la ilusión y darme el empujón que necesitaba para comenzar esta aventura. Y a ti, Asun, por concederme este deseo que es ver publicada esta historia. Sin vosotros, “Alas de mariposa” no sería más que un sueño. Gracias por el mimo y cariño con el que nos habéis tratado.

Y gracias a todos los que de un modo u otro formáis parte de esto. Ya sea porque hayáis inspirado personajes, hayáis participado en el proceso de edición, o porque tengáis tantas ganas de leerla como las que yo tenía de verla publicada. Todos sois “creadores de sueños”.

SOBRE MÍ

Me llamo Begoña, Bego para mis amigos, y nací hace unas treinta y siete primaveras en Alicante.

Supongo que no soy una escritora convencional, dado que mis estudios no han ido encaminados a tal fin. De hecho, estudié Ingeniería Química e imparto clases de Matemáticas. Pero lo cierto es que ya desde pequeña sentía fascinación por las letras. En el cole mis profesores decían que no era capaz de hacer una redacción sin llenarla de fantasía.

Al comienzo de mi adolescencia escribía cartas de amor, como las que mi amigo Raúl me enseñó hace poco (Gracias por haberlas conservado a lo largo de los años), o aquellas con las que gané dos años seguidos el concurso de Cartas de Amor del instituto. A los catorce años me ofrecí como coordinadora voluntaria del periódico del Instituto, y a los dieciséis creé, junto con unos cuantos amigos, un grupo literario en el que compartíamos poemas, cartas, impresiones y, sobre todo, una gran pasión por la escritura. A los dieciocho gané el Concurso de Novela en valenciano que organizaba nuestra profesora de COU.

Durante mi etapa universitaria seguí escribiendo todo aquello que me pasaba por la cabeza. Presenté numerosos relatos a concursos, con más o menos fortuna. En alguna ocasión incluso publicaron algunos de mis escritos en periódicos o revistas populares en el ámbito universitario.

Después la vida me trajo un marido y dos hijas maravillosos, pero también una sequía escritora. Atrás quedaron mis letras, plasmadas en un blog abandonado. Hasta que hace algo más de dos años, animada por una amiga para presentar un relato a concurso, retomé mi pasión. Un primer y un segundo premio en dos certámenes de Relato Erótico, mi marido, con su inestimable apoyo, y un buen amigo, que me dio el empujón final, han sido los alicientes para lanzarme a lo que espero que sea sólo el comienzo de esta aventura.

SOBRE LA OBRA

“Alas de Mariposa” nació como una idea hace casi dos años, cuando mi hija mayor comenzó a recibir clases de Gimnasia Rítmica, aunque no empezó a tomar forma hasta hace unos pocos meses. Los ratos de espera en el pabellón se hacían mucho más amenos cuando apuntaba en mi libreta algunas situaciones y anécdotas. Las gimnastas compartían pabellón con jugadores de fútbol y baloncesto. La gran mayoría adolescentes. Miraba divertida como se dirigían miraditas desde las pistas o las gradas, como se daban codazos o murmuraban entre risas “Mira qué guapo es ese, o aquel”. Incluso mi hija, desde la inocencia de sus seis años, me decía que se “había enamorado” de uno de aquellos chicos, mucho mayores que ella.

Después de algún tiempo, todas aquellas palabras empezaron a llenar páginas y páginas, así que decidí poner orden. Y entonces surgió la historia.

Aunque haya mucho de mí, de mi adolescencia y mi juventud, de mis vivencias, y aunque algunos lugares y personajes de la historia sí sean reales, he de aclarar que es una historia ficticia y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Mis conocimientos acerca del mundo de la gimnasia se limitan a los dos años que lleva mi hija entrenando. Desconozco las normas y las rutinas de, por ejemplo, la Selección Española de Gimnasia Rítmica. Mi mayor respeto hacia todos los que forman parte de este mundo, ojalá la ilusión y las ganas de mi hija, me permitan conocerlo más de cerca en un futuro.

ÍNDICE

1 ELIA

2 JOTA

3 DESEOS

4 COPAS DE MÁS

5 SEGUNDOS PARA TOCAR EL CIELO

6 CANCIONES PARA COMENZAR UN AMOR

7 DÍAS MUY LARGOS

8 RAZONES PARA QUERERTE

9 BESOS QUE PIDEN... MÁS

10 LA NOTA PERFECTA

11 EL DÍA DE MI CUMPLEAÑOS

12 LA HORA BRUJA

13 ¿QUIÉN DIJO QUE ERA UN MAL NÚMERO?

14 AÑOS PERSIGUIENDO UN SUEÑO

15 SEMANAS PARA CONSTRUIR UNA VIDA... ¿JUNTOS?

16 PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS

17 LA HORA DE PARTIR

18 MESES SIN ÉL

19 SAN VALENTINES Y UN REGALO

20 AÑOS ENAMORADO DE UN ÁNGEL

21 MARZO. LLEGA LA PRIMAVERA

22 RUE JOLIOT-CURIE: UN NUEVO PARAÍSO

23 SON MUCHOS DÍAS SIN VERTE

24 ABRIL. LA BODA

25 VIDAS PARA VIVIRLAS CONTIGO

26 MAYO. "TIME TO SAY GOODBYE"

EPÍLOGO

1 ELIA

Sonaron los últimos acordes de la melodía. Desde aquella posición casi imposible, tratando de no perder el equilibrio y acabar espatarrada sobre el tapiz, alcé levemente el mentón, y a través del espeso velo de mis rubias pestañas, le vi. Tenía la mirada clavada en mí.

—¡Jota, tío!, ¡estás aquí! —gritaron un par de chicos, entre risas y bromas, mientras bajaban por la escalera de las gradas saltando los escalones de dos en dos.

“Alguno se matará algún día haciendo eso”, pensé sonriendo, mientras los imaginaba rodando escaleras abajo. No, no es que fuera tan capulla como para alegrarme por ello, pero no podía evitar que la visión de aquellos chicos altos y desgarbados hechos una maraña de brazos y piernas junto a la barandilla me pareciera algo cómica.

—¡No, no y mil veces, NO! —oí gritar a mi espalda mientras trataba de volver a la verticalidad sin morir en el intento—. Elia, ¡otra vez fuera de tiempo! ¡Así no llegarás al Nacional! —Marina parecía realmente enfadada—. Vamos, otra vez desde el chassé, ¡y arriba con la gacela! ¡Te quiero volando por el techo!

Estaba agotada. Llevaba tres horas entrenando sin descanso y estaba al borde de la extenuación. Sabía que para lograr el oro en el Campeonato de España aún me quedaba mucho trabajo por delante. Pero necesitaba un descanso o acabaría sufriendo una lesión.

—Marina... —supliqué a mi entrenadora con ojitos de cordero degollado y haciendo un amago de puchero, como si aún tuviera cuatro años y no diecisiete— ¿No puedo descansar un poquito? Si no bebo un poco de agua, me desmayaré, moriré deshidratada, ¡y caerá sobre tu conciencia!

—Por favor, Elia, ¡no seas dramática! Tienes cinco minutos. —Quería mantenerse sería, así que, como pudo, y aguantando la risa, llamó a otra de las gimnastas—. Victoria, ¡tu turno!

Me dirigí hacia la esquina del tapiz donde aguardaban mis amigas, que cuchicheaban divertidas con la mirada puesta en las gradas del pabellón, mientras trataban de parecer ocupadas en los estiramientos.

—Lili —me dijo dándome un codazo una pecosa pelirroja—, ¿has visto cómo te mira ese chico?

—No creo que sea a mí, Carla —mentí avergonzada, a sabiendas de que así era—. Seguro que es a la estirada de Victoria a la que no quita ojo de encima —añadí haciendo una mueca burlona y ante la risa de mi amiga.

—Tú estás ciega, ¡niña! —dijo medio en broma Sofia— pero si está hasta babeando, ¡míralo! Luego tendremos que decirle al conserje que pase la fregona antes de cerrar el pabellón.

Las cinco nos reímos a la vez.

Me giré disimuladamente y de nuevo me encontré con esos ojazos verdes. ¡Qué mirada, madre mía! Sentí cosquillitas en el estómago.

—¡Ay, Lili, que suerte tienes! ¡Está buenísimo! —confesó Lucía—. Y mira los otros dos... ¡sus amigos tampoco están nada mal! —exclamó en voz bajita al tiempo que le hacía un guiño al rubito de pelo ensortijado que estaba en aquel grupito. Aquel le devolvió el gesto, y ella se sonrojó.

—Son los chicos de la cantera del Lucentum —comentó Irene, la mayor del grupo—. Me ha dicho mi hermana que van a entrenar en este pabellón hasta que acaben las reformas en las pistas del Centro de Tecnificación. ¿Habéis visto qué altos son?

En ese momento, entre risas, los tres chicos se levantaron con intención de marcharse. Jota se giró y me lanzó una sonrisa lobuna. Las locas de mis amigas y yo les seguimos con la mirada.

—Lili, ¡al tapiz!

“Grrr. No sé cuántas veces le he dicho a Marina que no me llame así”. Le tenía mucho cariño a mi entrenadora, pero aquel mote cariñoso estaba reservado a mi familia y amigos. Cogí la toalla, me sequé el sudor, di un último trago de agua fresquita y fui al centro de la moqueta.

Un pitido precedió a las primeras notas de la versión para violín de Chandelier, de Sia, y comencé mi ejercicio de pelota. Era un ejercicio de elevada dificultad técnica, pero llevaba meses entrenando y lo ejecutaba con una precisión y una elegancia casi perfectas. A pesar de lo exigentes que éramos, tanto Marina, como yo conmigo misma, sabía que era un ejercicio de diez.

Un par de veces, y sin perder la concentración, miré disimuladamente hacia arriba, buscándole, aunque ya no lo encontré. “La verdad es que es mono”, pensé.

2 JOTA

La observaba en sus movimientos suaves, perfectos, casi felinos. “Es... preciosa” pensé.

Recordé el día que la había visto por primera vez y sonreí de nuevo: el viernes. No estaba siendo un buen día. El médico y el fisio me habían dicho que aún no estaba al cien por cien y el entrenador se negó a que jugara el partido del día siguiente. Estaba harto ya de la lesión de la clavícula que me había tenido dos meses sin jugar. Me moría de ganas. Además, sabía que en los siguientes partidos habría ojeadores de equipos más importantes y sentía estar perdiendo una oportunidad muy valiosa para crecer como jugador y de paso, cambiar de aires.

Iba junto a mis compañeros de equipo, camino de la entrada del pabellón, bromeando acerca de las animadoras con las que nos acabábamos de cruzar, sorprendido porque entre ellas no estuviera Vanesa. Desde que había empezado a estudiar Enfermería en la Universidad nuestra relación se había enfriado. Apenas nos veíamos, salvo los días de partido. Y no todos. Ella siempre estaba ocupada con sus nuevos amigos, estudiando, algunas veces ensayando las coreografías de los partidos. Aquella mañana había intentado hablar de nuevo con ella, pero parecía estar evitándome. Sabía que nuestra relación no tenía mucho futuro, y creí que lo mejor sería hablarlo y dejarlo correr. Éramos muy jóvenes y no teníamos por qué estar atados a una relación vacía. Pero ella se negaba a renunciar a esa historia de la animadora y el jugador de básquet que tan idílica quedaba a ojos de todo el mundo.

Lo primero que llamó mi atención al pasar a su lado, fue ese culo perfecto. Estaba ahí, agachada hacia adelante, cepillándose el pelo para recogerlo en un moño alto, de esos que llevan las gimnastas, enfundada en esas mallas negras... uff, ¡que cuerpazo! Ni un solo gramo de grasa en sus, calculaba metro setenta de estatura. Pero no era la típica chica flacucha, espigada y huesuda, de esas con caras de pasar más hambre que el perro de un ciego, no. Tenía curvas, sí, pero toda ella se veía firme y musculada.

Un grupito de cuatro chicas más la acompañaba. Sentadas en el banquito a las puertas del pabellón. Unas estirando, otras, cepillo en mano, peinándose. Todas riendo.

Y entonces, con un movimiento rápido, sacudiendo la melena y sin soltar la coleta con una mano, se incorporó, tratando de sujetar con una goma aquellos mechones dorados. Y me llegó, así como de refilón, el olor de su pelo. Una mezcla fresca de mandarina, jazmín y... ganas. Ganas de tomar su cabello entre mis dedos para apartarle un mechón rebelde de sus sonrosadas mejillas. Ganas de hundir mi nariz en su cuello y seguir aspirando su olor hasta quedarme sin aliento.

Sonrió. Y en aquel jodido día de mierda que estaba teniendo, salió el sol. ¡Qué sonrisa! Jamás había visto nada igual. Si hasta pude sentir un calorcito de lo más agradable instalándose en mis

tripas y llenando de matices naranjas y rojos todo lo que hasta entonces parecía gris.

Entramos en el pabellón, en tropel, como siempre, un poco brutos, como niños grandes peleando por llegar los primeros a clase. Cuando estaba cerrando la puerta tras de mí, la vi pasar camino de las escaleras. “¿Andarán siempre de puntillas?”, pensé. No importaba lo grandes o pesadas que fueran sus bolsas de deporte, ellas parecían siempre ir flotando a unos centímetros sobre el suelo. Ligeras como plumas.

Aquella fue la última vez que la vi el viernes. Debieron pasarlo entrenando arriba toda la tarde.

Hoy lunes, tres días después, el entrenamiento se me había hecho más largo de lo habitual. Compartíamos pista, separados tan sólo por una cortina que dividía el pabellón en dos. Un tercio para las moquetas de las gimnastas. Dos tercios para nosotros. Y las melodías de sus coreografías nos habían estado acompañando durante dos horas. Sin saber cómo, tuve la certeza de que Chandelier sería la música de aquella chica, y tuve que reprimir varias veces las ganas de mirar a través de la cortina cuando Fede, mi entrenador, estaba mirando hacia otro lado.

Nada más terminar me había duchado y había subido corriendo. Me moría por verla entrenar.

Y ahí estaba yo, sentado a media altura en aquellas gradas. En ese momento ella estaba en el tapiz, esperando que empezara la música. De espaldas a la grada y sosteniendo una pelota entre sus manos. Una nota, dos, y ella se dio la vuelta. Sus ojos... ¡que ojos! Eran de un vivo azul cielo. “No podía ser de otra manera”, pensé. Había estado soñando todo el fin de semana con chicas de cabellos dorados y miradas azules.

Me di cuenta de que estaba aguantando la respiración. “Genial, Jota, ahora te pondrás de color azul y estarás de lo más interesante” pensé divertido. No había más sonido que el de la música y el de mi corazón latiendo como nunca hasta entonces. Si me hubieran hecho el electro en ese momento en lugar de en la revisión del viernes, probablemente hubiera acabado en urgencias.

Aquella chiquilla era un ángel. Llevaba un maillot del mismo celeste que sus ojos, que se ceñía a su cintura como deseé en ese momento que lo hicieran mis manos. “¿Cómo sería sostenerla entre mis brazos?”. Pensé cuanto me gustaría que se perdiera en ellos. Porque sabía que se perdería en ellos. La diferencia de estatura y peso era más que evidente. Yo no era de los más altos del equipo, pero al lado de mi metro noventa y nueve aquella chica se vería igual que un cervatillo al lado de un... ¡elefante! La comparación me hizo sonreír de nuevo.

—Estira más los brazos, Elia... ¡esas rodillas!

Elia. Que nombre tan bonito y tan fuera de lo común. Pero es que toda ella lo era. Pensé en la actriz Elia Galera. Siempre me había llamado la atención. Era muy guapa. Aunque al lado de

aquella chica, y al menos ante mis ojos, perdía todo su atractivo.

—¡Más alto! ¡Más altoooo!

Me cayó mal aquella mujer. Estaba claro que era su trabajo, pero me pareció demasiado exigente y aquellas chicas ya llevaban demasiadas horas entrenando. Deseé estar allí abajo con ella, cogerla y alzarla hasta el cielo si era necesario, hasta que llegara tan alto como su entrenadora pedía. Le mandé mi energía, en silencio, cómo si eso pudiera ayudarla.

En ese momento las carcajadas de mis amigos rompieron la magia del momento.

—Jota, ¿estás aquí! ¿Qué haces tío?

Víctor y Eloy se sentaron a mi lado siguiendo mi mirada, clavada en aquella chica.

—Ey, Eloy, creo que Jota se nos acaba de enamorar —bromeó Víctor dándole un codazo.

—¡No seas gilipollas! —le dije— ¿Olvidas que tengo novia? —Me faltó hacer una mueca burlona para que pareciera un niño de ocho años negando que se había enamorado de la niña más bonita del colegio.

—Ah, sí, perdona, la sosa de Vanesa. Esa pelirroja estará muy buena, pero no tiene más que horchata en las venas —dijo Eloy.

“No como Elia”, pensé. Se movía con la pasión de un pura sangre cabalgando a toda velocidad por la orilla de una playa desierta. Y sin pretenderlo, en mi mente se formó la imagen de Elia sobre mi cuerpo, besándome con el mismo ardor con el que se movía en la pista. Aparté la idea de mi mente. O mi cuerpo me traicionaría y tendría que seguir lidiando con las bromas de mis amigos.

—La verdad es que están todas muy buenas —confesó Víctor mientras le devolvía un guiño a una de las chicas, una linda jovencita de melena castaña y ojos verdes— pero, ¿no son más que niñas! Anda, ¡vayamos a buscar mujeres de verdad!

Nos levantamos de la grada; yo sin ningunas ganas, pero tampoco quería ser objeto de burla de mis colegas durante esa semana.

A punto de bajar por la escalera me paré, me giré y le dije a mis compañeros:

—Id saliendo vosotros, chicos. Ahora voy.

Les oí llamarme desde las escaleras, porque al sonar de nuevo la música, me había quedado clavado al suelo. Era como el canto de sirena que atrae, embruja y te retiene. Tras un breve descanso, ella estaba de vuelta en el tapiz.

Pensé en la letra de la canción de Sia: Soy la de “para pasar un buen rato, llama”. Quizás debiera hacerlo. Tenía que conocerla.

3 DESEOS

Jueves. Odiaba los jueves. Con todas mis ganas. Mis amigas pensaban que era rarita hasta en eso. No podía odiar los lunes, como todos los mortales. No. Jodidos jueves. A esas alturas de la semana, en plena pre-competición, ya no era persona. Llevaba a la espalda veintiocho horas de instituto y dieciséis más de entrenamientos. Y aún me quedaba otro madrugón y siete horas más de profesores carcas y lecciones soporíferas antes del que, desde hacía algo más de diez días, había pasado a ser el número uno indiscutible del ranking de momentos chulos de la semana: el viernes por la tarde.

Los viernes por la tarde no entrenábamos con Marina. Era el día reservado a las clases de ballet con Sara. Clases que dábamos en la parte de arriba de las gradas del pabellón, donde podíamos usar la barandilla como barra para los ejercicios de baile. Y desde hacía dos semanas, el lugar estratégico desde el que observar a los chicos del Lucentum, que entrenaban en la pista, sin temor a que nos pillaran “in fraganti”. “¡Ay! ¡Qué ganitas de que llegue mañana!”, pensé una vez más.

En mi intento de ser positiva estaba, cuando, camino de entrar en la pista desde el vestuario, le vi. Sí, a Jota. Terriblemente atractivo, insuperablemente guapo y vergonzosamente cerca de una pelirroja de enormes ojos azules y larguísimas pestañas a la que se estaba comiendo con la mirada. Ella con la espalda apoyada en la pared. Él, con una de sus piernas entre las de ella, ligeramente agachado sobre su cuerpo, mano izquierda abrazándola por la cintura, mano derecha apoyada en la pared sobre la cabeza de ella. Oí como ella le susurraba:

—Vamos, Jota, no te enfades. Sabes que estoy estudiando mucho y en cuanto acabe el entrenamiento iré a casa. Hoy no puedo salir, pero te lo compenso el sábado, ¿vale? —Le miró poniendo morritos y mostrando una pícaro sonrisa.

—Nunca tienes tiempo para mí, Vane. Y empiezo a cansarme de tus desplantes —respondió este sacudiendo la cabeza con resignación.

En ese momento apartó la mirada de la chica y me vio. Me puse como un tomate al sentirme “pillada” escuchando y balbuceé una disculpa.

—Esto, yo, perdonad, no quería interrumpir, pero... tengo que pasar por aquí, y...

Salí corriendo a la pista. En realidad, tampoco creía que le importara mucho a ninguno de los dos el que les hubiera visto, pero igualmente me sentía avergonzada. ¡Jueves tenía que ser!

—¡Liliiiiiii! —chilló como una loca al verme Irene, que ya calentaba sobre el tapiz—. ¿Sabes qué? ¡No te lo vas a creer!

Al ver mi cara, una mezcla extraña entre el blanco azulado de La Novia Cadáver y los cachetes colorados de Heidi después de toda una jornada en las montañas, preguntó:

—Chiquilla, ¿qué te pasa? Parece que vengas de rodar uno de los episodios de The Walking Dead... ¿Cuántos de esos come-cerebros te han seguido hasta aquí? —dijo soltando una carcajada.

—No tiene gracia —le dije—. Acaban de pillarme espiando a una parejita de enamorados. Como cuando tenía doce años y miraba a hurtadillas como se besaban mi primo y su novia ¡Qué vergüenza!

—Jajaja —se rió—. Y... ¿se puede saber quiénes eran los tortolitos?

—Pues, ese chico, el del Lucentum, Jota, y... no tengo muy claro quién es ella. Creo que le oído llamarla Vane. Me suena que la he visto otras veces por aquí, con las animadoras.

—¿Pelirroja? ¿Pelo rizado? ¿Ojos azules?

—Sí, esa misma, ¿la conoces?

—Vanesa. Somos compañeras de carrera. La muy bicho me la jugó el otro día en una de las prácticas. Casi nadie la soporta en clase, Lili. Es una trepa de cuidado. Que le guste a ese chico no dice nada bueno de él.

—Bueno, ya, tampoco es que me importe —mentí, sintiendo una punzada de ¿celos?— A ver, ¿qué era eso que no me iba a creer y que tenías que contarme?

—Pues... ¡Héctor me ha invitado esta noche a cenar!

—Héctor, ¿Héctor? ¿El Genio? —Irene se refería a uno de los pívots del Lucentum. El mote se lo habían puesto ellas porque, dejando de lado sus habilidades con la pelota, sólo le faltaba ser de color azul e hincharse a donuts para ser el genio de la lámpara de Aladdin. Tenía el pelo largo moreno y siempre se lo recogía en una coleta para jugar. Y una perilla finita muy simpática. Y cara de bonachón. Vamos, igualito que el Genio.

—Sí, ese mismo. Cuando he llegado al pabellón estaba sentado en la escalera, y al pasar me ha parado y me lo ha pedido.

En ese momento pasó por mi lado Victoria, tan altiva como siempre. No se molestó ni en saludar. Le molestaba que yo fuera mejor que ella y, en lugar de esforzarse más para superarse, todo su empeño era menospreciarme a mí. Yo, como siempre, la ignoré.

—¿Y qué le has dicho?

Irene me miró como si de repente me hubiera salido un cuerno en medio de la frente.

—¿Pues qué le voy a decir? ¡Que no! —Ahora la que le miró sorprendida fui yo—. Tú sabes

que mis “juernes universitarios” son sagrados, y tengo cena con mis compañeros de clase. No quiero ser la marginada que se va con el primer tío bueno que se le cruza por el camino dejando tirada a sus amigos —dijo convencidísima—, pero hemos quedado después en el Barrio para tomarnos unas copas.

En ese momento, Héctor entraba en la pista y se dirigió hacia nosotras.

—Irene, ¿quedamos entonces a la una en Sargantana?

—Sí, así quedamos.

—¡Hola! —me dijo girándose hacia mí para saludarme—. Tú eres Elia, ¿verdad?

—Sí, encantada, gen... ¡Héctor!

—Jajaja... ibas a decir genio, ¿a que sí? —contestó divertido—. Puedes hacerlo, si quieres, ¡no me importa! Aunque no lo creáis, mis amigos también me llaman así. Venga, pide, te concederé tres deseos —dijo con solemnidad.

Me quedé cortada y sin saber qué decir.

—¡Qué es broma, mujer! ¡Ya me gustaría a mí! —añadió mirando de reojo a Irene a mi lado.

—Perdona, yo... —Menudo día de disculpas llevaba. ¿No podía ser viernes ya? “Por favor, que alguien borre este día de la semana”

—Que no me importa, de verdad. ¿Tú sales también esta noche con Irene?

—No, yo... aún estoy en el instituto —contesté algo avergonzada—. Y mañana tengo clases temprano. No tengo la suerte de los universitarios —dije sonriendo tímidamente—. Además, no me dejarían entrar en ningún lado.

—Oye, por eso no te preocupes. Tenemos amigos en todas partes. Si te apetece y cambias de opinión, ¡lo arreglamos! Bueno, me voy a entrenar, que Fede ya me está mirando con mala cara... ¡Nos vemos, princesas!

—Ire —llamé cariñosamente a mi amiga—, sabes que, si te lías con él, Tomás tendrá trabajo extra, ¿no? ¡Vas a acabar con tortícolis! —me reí pensando en nuestro fisio, ¡la que le había caído con nosotras!

—¡Que tonta eres! —contestó ella haciéndome burla—. Pero ¿sabes qué? Que, en posición horizontal, no se notan tanto las diferencias.

Ahora la que se pudo reír a gusto fue ella, al verme sonrojar de nuevo ante aquella afirmación. “Mis amigas están muy locas”, pensé, “pero son lo mejor”. Y me puse a calentar.

4 COPAS DE MÁS

—¡Jota! ¿Sales esta noche, tío?

Me giré hacia Víctor, que entraba en las duchas en ese momento.

—La verdad es que no me apetece mucho —contesté. Después del décimo plantón de mi novia en cinco meses se me habían quitado todas las ganas. Y lo peor es que todo ese rollo me estaba afectando a mi relación con mis colegas. Vanesa estaba muy buena y era una máquina en la cama, pero... ¿realmente valía la pena? No había nada más en ella.

—¡Venga!, ¿es por Vane?

—Sí. Quería salir hoy con ella, pero está demasiado ocupada estudiando. Eso sí, para los cafés con sus compañeros de clase y las animadoras siempre tiene tiempo —dije con resquemor.

—¡Ella se lo pierde! Déjala que muera de aburrimiento esta noche estudiando y pásatelo bien. Total, si le da un ictus ahí encerrada, como estudia Enfermería, seguro que pondrá en práctica lo aprendido y sabrá que hacer —se carcajeó.

—Claro que sí, Jota. Olvídate de ella —secundó Eloy— y vente con nosotros. Héctor ha invitado a una de las chicas de rítmica a salir.

En ese momento, el estómago se me encogió. “Que no sea Elia”, pensé, deseándolo con fuerza. “Pero, espera... ¿Eso son celos?” me pregunté. “¿Celos de qué, idiota? ¿Acaso es algo tuyo?”.

—Sí, creo que a la mayor, Irene —confirmó Víctor.

—¿En serio? ¡Muy bien, tío! —afirmé aliviado, animando a Héctor que entraba también en ese momento con el jabón en la mano.

—Gracias. Aunque no he conseguido convencerla para venir a cenar, hemos quedado luego para tomar una copa. Se lo he dicho también a las demás. —Todos nos giramos interesados al oír esa afirmación—. Pero mañana tienen clase y no creo que vengan.

Una ligera sombra de ¿desilusión?, se cruzó en mi mente al saber que Elia no vendría... “Jota, ¿qué cojones te está pasando?” me pregunté. Giré el grifo de la ducha hacia el agua fría, entre gritos e insultos de mis compañeros, a los que les llegaban las salpicaduras. Necesitaba que el agua helada me despejara la cabeza. Cerré el grifo, cogí la toalla, me giré hacia mis amigos y sentencié:

—Iré.

No iba a dejar que las sombras de mi relación nublaran los buenos ratos con mis amigos.

A las diez estaba en la puerta del kebab donde habíamos quedado para cenar. Como siempre, yo era el primero. Era un poco puntilloso con el tema de la puntualidad.

Me había puesto mis vaqueros preferidos y un jersey fino de rayas rojas y negras que me había regalado Vane y que decía que “me quedaba de muerte”. También mi último caprichito: unas Converse negras que me habían costado arreglarle el portátil a María, mi hermana pequeña y el PC a mi tía Marta. Mientras estudiaba la carrera de Informática, me sacaba un dinerito extra arreglando los ordenadores de mi familia y amigos.

El primero en aparecer fue Víctor, al que se veía venir de lejos gracias a sus dos metros quince de altura. Y al reguerillo de babas que iba dejando a su paso. Pocas eran las chicas que se resistían a ese David de Miguel Ángel, rubio y de ojos azules.

Pensé en otros ojos azules y entonces, un golpe en el hombro me sorprendió por el otro lado. Era Eloy, el base del equipo, que estaba colocándose bien la camisa de cuadros que llevaba abierta encima de la camiseta.

El último en llegar fue Héctor, que era el que nos había “liado” a todos aquella noche. Izan no podía venir, pues tenía clase al día siguiente, así que, una vez reunidos todos en la puerta, pasamos a cenar, llamando la atención de todos los que estaban en el restaurante. Algo a lo que nosotros, ya estábamos acostumbrados.

Salimos del kebab cerca de las doce. La verdad es que no recuerdo muy bien de qué hablamos durante la cena; aquel día acabó siendo un borrón confuso en mi mente. Pero sé que estuvieron muy presentes las chicas de gimnasia. Cuando entrenábamos en el otro pabellón, las únicas mujeres que había por allí eran las animadoras, y sí, eran todas guapas, pero nada comparado con aquellas preciosas jovencitas, que en apenas dos semanas se habían colado en nuestros pensamientos. Hasta las más niñas eran unos bichitos encantadoramente bellos que nos lanzaban piropos asomadas por debajo de las cortinas de la pista.

Héctor había quedado a la una con Irene en Sargantana. Así que, aunque aún era pronto, y dado que a todos nos gustaba la música que allí ponían, fuimos para allá. Al llegar, saludamos al portero, que era compañero de estudios de Héctor, y éste nos dio una invitación para una copa. No quería beber demasiado, pues el día siguiente, aunque no tenía clase, era viernes, o sea, el día más duro de entrenamiento semanal. Y entrenar con resaca no me parecía buena idea. Pero ya que era gratis...

Todos pedimos algo y nos dirigimos hacia el fondo del local, junto a las escaleras que subían al piso de arriba. Aún no había mucha gente, así que aproveché para mirar con detenimiento, buscando encontrar una melena rubia. “¡Qué tonto eres, Jota! Si sabes que no va a venir...”

Diez minutos más tarde, no sé cómo ni por qué, me encontré con otro Whisky-Cola en la mano. Creo que nos había invitado una de las camareras que se moría por los huesitos de Víctor. “¡Cómo no!” pensé. La verdad es que envidiaba que tuviera tanto éxito con las chicas. Pero no, yo no podía quejarme porque salía con la más guapa de todas las animadoras.

A la una menos cinco, decidí parar de beber. Llevaba menos de una hora allí y ya cuatro copas. Y empezaba a sentirme algo mareado. Sí, no es cierto eso de que sea imposible emborrachar un cuerpo tan grande. Ninguno de nosotros estaba acostumbrado a beber. Éramos deportistas, y por norma general, lo suficientemente responsables. No sé en qué estaríamos pensando aquella noche.

La una y cinco. Miré el reloj. Sólo dos minutos después de haberlo hecho la última vez. Quizás aún tenía la vaga esperanza de que apareciera. “Y como lo haga, te pondrás nervioso como un chiquillo de quince años” pensé. Decidí subir al baño para refrescarme un poco y quitarme el embotamiento que tenía encima. Al pasar por la escalera, que ya empezaba a estar algo más abarrotada, choqué con una pareja que estaba junto a la pared dándose el lote, enrollándose amparados en la oscuridad del local.

—¡Ten cuidado, tío!

Al tiempo que me giraba para formular una disculpa, se giró la chica y en un segundo me encendí. Vamos, hasta la borrachera se me quitó de golpe.

—¿Va...nesa?

—Esto... Jota, yo... ¡no es lo que parece!

—¿Que no es lo que parece? ¿Que no es lo que parece? —Mi cabreo aumentaba por momentos y casi sin creermelo lo que estaba viendo—. ¿No se te ocurre nada mejor que decir? Porque yo creo que está clarísimo. ¿O me vas a decir que estabais practicando la respiración asistida? —pregunté, al reconocer a aquel tío como uno de los compañeros de Vanesa—. Creía que tenías mucho que estudiar esta noche. Ya veo con quien.

—No... yo... —intentaba en vano formular una disculpa—. No pensé que tú fueras a salir, y...

—Claro, y has decidido que, si me pones los cuernos a mis espaldas, pues no son cuernos, ¿no? ¿Tú también te has creído el cuento ese de “ojos que no ven, corazón que no siente”?

—Perdona, Jota, yo no quería... esto no significa nada.

—Ah, genial —dijo el tercero en discordia, separándose de ella.

—Déjalo, Vanesa. En realidad, casi te agradezco que me lo hayas puesto tan fácil. ¡Hemos terminado! ¡No quiero volver a verte!

Me fui hacia donde estaban mis amigos, cogí la chaqueta y tras casi gritarles un “Mañana os

cuento”, me dispuse a salir de aquel lugar.

Estaba tan enfadado que no me percaté de quien entraba en ese momento por la puerta hasta que la arrollé y la hice caer de culo en medio del pub. Elia.

5 SEGUNDOS PARA TOCAR EL CIELO

En ese momento, sentada de culo en medio de aquel lugar y rodeada de gente, me quise morir. Y eso que yo no me consideraba una chica tímida. Supongo que a fuerza de exponerme casi cada fin de semana frente a cientos de miradas y la evaluación de los jueces, la vergüenza no hacía presencia a menudo en mi vida.

Pero ahí, tirada en el suelo de aquel bar, me sentía ridícula. Intenté levantarme cruzando las piernas para que no se me viera nada. Me arrepentía de haberme puesto aquel vestido tan corto. Aún no sé cómo me había dejado convencer por Irene para ir allí aquella noche. Pero había insistido tanto que al final no pudimos decirle que no. Sí, pudimos, porque Carla y Sofía también habían venido. Las tres habíamos decidido contarles una “mentirijilla” a nuestros padres, que pensaban que dormíamos todas juntas en casa de Irene, que nos iba a echar una mano con el examen de mates de la siguiente semana.

—¡Ay! —No sabía si me dolía más la nariz, “¡Qué torso más duro!”, el culo o el amor propio—. ¿Se puede saber dónde demonios ibas de esa manera? ¿No miras por dónde vas? —incredulé al chico que en ese momento se agachaba para ayudarme.

—Vaya, parece que ahora soy yo el que te debe una disculpa.

Esa voz... miré hacia arriba y sí, era él. Y al verle, me sonrojé de nuevo. Esperaba que la oscuridad disimulara mi vergüenza y no se hubiera dado cuenta. Me tendió la mano, que cogí temblorosa, y tiró de mí con tanta fuerza que acabé chocando de nuevo contra su pecho. “Jolín, ¡qué fuerte está!” pensé.

—¡Hola Jota! —saludó mi amiga Irene—. ¿Está por ahí Héctor?

—¡Hola! Irene... ¿verdad? —Ella asintió—. Sí, están por ahí, al fondo. Y tú eres Elia, ¿no?

—Sí —contesté mirándole a los ojos. Aún en la penumbra se veían de un verde profundo, pero ahora había algo más en ellos, algo oscuro... ¿rabia?

—Encantado, Elia. Siento haber chocado contigo. Y también siento que este encuentro sea tan breve. Yo... ya me iba.

—¡Oh, qué pena! —pensé de corazón—. ¿Por qué? ¿Mañana tienes clase?

—No, la verdad es que no. Pero eh... mañana tengo que entrenar, estoy algo cansado, y digamos que el día no ha acabado demasiado bien.

En ese momento mis amigas pasaron por mi lado, cogiéndome del codo.

—¡Vamos, bailemos!

Me giré hacia él, con la pequeñísima esperanza de hacerle cambiar de opinión.

—Venga, será sólo un ratito. Unas cuantas canciones. ¿No te irás en lo mejor de la noche? Además, si me invitas a algo te perdono por el mal rato que me has hecho pasar.

Le vi dudar. Miró hacia la puerta, me miró a mí y a sus amigos. De nuevo a mí.

—Vale, te invito a una copa —me dijo, poniendo su mano en mi cintura y empujándome levemente hacia la barra. Al sentir el leve contacto, una corriente eléctrica sacudió mi cuerpo.

—No bebo alcohol —le contesté divertida.

—Mejor así —sonrió—. ¿Una Coca Cola?

—Vale. A eso no te voy a decir que no. —La verdad era que desde el encuentro se me había secado la boca y me moría por algo fresquito.

Me ofreció el vaso con el refresco, cogió otra bebida para él, y fuimos hacia donde estaban sus amigos. Allí comprobé que Irene no había perdido el tiempo y ya estaba morreándose con Héctor junto a la pared. Sofía y Carla hablaban con los otros dos chicos, que enseguida Jota me presentó como Víctor y Eloy.

—¿Tú no te ibas? —preguntó Eloy a su amigo.

—Sí, pero... he de compensar el haber estado a punto de romperle la nariz. Y una más no me hará daño —dijo guiñándome un ojo.

—A Lili se le da bien convencer a la gente —dijo Carla con una risilla.

—¿Lili? —preguntó algo sorprendido Jota volviéndose hacia mí.

—Sí, así es como me llaman mis amigas. Es... un diminutivo cariñoso que tiene una historia muy bonita detrás. Igual algún día te la cuento. La próxima vez que choques conmigo y tengas que venir a visitarme al Hospital —le dije entre risas.

—O... podríamos salir de aquí, buscar un sitio más tranquilo y contármela ahora —susurró acercándose a mí con movimientos algo torpes. Noté el olor del alcohol. Probablemente llevaba ya alguna copa de más.

—No, porque seguramente mañana no la recordarías —afirmé convencida—. ¿No crees que ya has bebido demasiado, Jota? —dije, mordiéndome el labio. No quería sonar demasiado como una madre.

—Puede. La verdad es que sí. Y había decidido dejar de beber por esta noche, pero la zorra de mi ex... perdona, quería decir, Vanesa, me ha jodido la noche y... bueno, quizá no sea tan mala idea ahogar un poco las penas en alcohol.

No me gustó oírle hablar así, con tanta rabia. "Pero... espera" pensé. "¿Había dicho ex?"

—Tu... ¿ex? La chica con la que esta tarde... bueno, ya sabes... Yo os vi bien.

—Sí, hasta hace un rato que parecía estar mucho mejor con otro. Hemos roto —dijo con gesto contrariado y un deje amargo en la voz.

—Lo siento —le dije, aún sin estar realmente convencida de ello—. Aun así... ¿dejamos esto? —Tomé su bebida y la dejé sobre la repisa que había en la pared.

—Ya no importa. La verdad es que esta relación estaba acabada desde hace algún tiempo.

—Aunque estuviera acabada, los finales duelen. Pero no pensemos ahora en eso. —Le ofrecí mi Coca Cola—. ¿Quieres?

—Probaré. Sólo un poquito.

Estaba tan cerca que casi deseé que no se estuviera refiriendo a la bebida, sino a mis labios. Cogió mi vaso, sonriendo, y bebió un traguito. Lo primero que hice al recuperarlo fue beber por el mismo sitio, como si así pudiera averiguar a qué sabrían sus besos.

“Me ha pillado” pensé, al ver cómo me miraba y sonreía. Me cogió el vaso de nuevo y lo dejó en la repisa, junto al suyo.

En el pub sonaba “El mundo” de Pablo López.

“El mundo salta,
por la ventana,
y yo mordiendo el rojo de tu cara
regateando a la conciencia entre tus alas.”

Sonreí, y como si un hilo invisible tirara de mí hacia arriba, me puse de puntillas.

“El mundo acaba,
el mundo pierde,
y por la boca mueren nuestras almas,
jugando a ser amantes inocentes.”

Me devolvió la sonrisa, su mano izquierda se acercó a mi cintura y agachó la cabeza, acercando su nariz al hueco de mi cuello. Ahogué un suspiro, conteniendo la respiración.

“Y si mañana no queda más que un ángel,
y si mañana tan sólo somos aire,
y si mañana nos encuentran enredados,
que nos dejen descansar del mundo así.”

Nuestros labios. Tan cerca. Su aliento y el mío compartiendo el mismo espacio, volviendo el aire entre nosotros más denso. A cinco segundos de tocar el cielo.

—Jota, yo... no quería que esto acabara así.

Abrí los ojos de golpe. La voz que había acabado con la magia del momento venía de la espalda de Jota, que se giró en el acto, apretando los puños con fuerza.

—Vanesa, vete —espetó—, no es el momento.

—Pero yo... —dijo, lanzándome una mirada mezcla de curiosidad e ira.

—¡He dicho que no quiero verte!

—Está bien. Mañana, cuando estés más tranquilo, hablaremos.

—No, Vanesa, hablaremos cuando tenga ganas de hacerlo. Ahora vete, por favor.

La pelirroja se dio la vuelta airada y se marchó.

—¡Tú no eres quien para dejarme de lado! —gritó furiosa—. ¡Esto me lo vas a pagar!

—Perdona, Elia —susurró Jota a mi lado, mirando hacia donde había ido su ex.

—No tienes por qué disculparte —dije—. Tú no. —Me sentía fatal, por él, por mí, por el beso que se había quedado en el aire, sin dueños. Por la oportunidad perdida. “¡Qué razón tienes, Irene! ¡Menudo bicho la pelirroja!” pensé.

—Yo... debo irme, Elia. —En sus ojos vi que tenía tan pocas ganas de alejarse de allí como yo, pero intuí que querría hablar con su ex antes de que aquello fuera a más—. Pero me gustaría verte mañana. ¿Quieres?

—No puedo Jota —negué entristecida—. Tengo clases por la mañana. Y por la tarde el entrenamiento.

—Lo sé. Yo también. Pero, ¿puedo invitarte a cenar? Después podríamos dar una vuelta y charlar.

—El sábado también tengo entrenamiento. Y una prueba importante el domingo. No debería salir.

—Vamos, será sólo un rato. Mira, un profé del instituto da un concierto por la noche en Cienfuegos. Podemos ir un rato y a las dos como muy tarde estás en casa. Te lo prometo.

Carla y Sofia, que estaban muy atentas a la conversación, me miraron con cara de “si dices que no, esta noche mismo te llevamos al manicomio de la Santa Faz”.

—Vale, pero sólo si me dejas elegir el sitio de la cena.

—Hecho. Tenemos una cita —afirmó sonriendo.

—Sí, tenemos una cita —contesté devolviéndole la sonrisa.

6 CANCIONES PARA COMENZAR UN AMOR

Estaba nervioso. Mucho. Tanto que no daba pie con bola en el entrenamiento. Fede amenazó a gritos con mandarme a casa dos meses. O permanentemente. “O espabilas, o te romperé yo mismo una pierna para que no vengas en una temporadita” me había dicho. Sí, él era así de “simpático” siempre.

Pensaba en Lili. “Aún no te ha dicho que la puedas llamar así, listillo”. Ayer habíamos estado a punto de besarnos. Si no hubiera sido por Vanesa... Seguro que se había dado cuenta de algo y lo había hecho a propósito. Ella era así. Como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer.

Miré hacia arriba. Sabía que estaría ahí, en su clase de ballet. Pero no alcanzaba a verla. Tan cerca, y tan lejos a la vez.

—¡Jota! ¡Atento, joder! ¿Qué cojones se te ha perdido ahí arriba? ¡El balón está aquí!

Intenté centrarme en la pista. Mis amigos me miraban y se reían. ¡Qué cabrones! Ellos estaban igual, aquellas chicas nos tenían a casi todos "agilipollaos", pero al menos tenían la cabeza en el entrenamiento. El único que no se enteraba de nada de lo que estaba pasando era Izan, que no había podido salir con nosotros aquella noche.

“¿Dónde iríamos a cenar?” “¿Le gustaría el concierto?” “¿Estaría ella tan nerviosa como yo?” Mil preguntas rondaban mi cabeza.

Miré el reloj una vez más. Diez minutos. Y se acabaría la tortura por hoy. Me reí. Me resultó curioso que pensara en el entrenamiento como tal, cuando todos los días estaba deseando que llegaran esos momentos. Pero ella... había cambiado mi mundo. El baloncesto seguía siendo divertido porque sabía que ella estaría por allí.

Las nueve y media. Habíamos quedado en el Portal de Elche. Esperaba que no se retrasara mucho, tenía mil manías con la puntualidad. Aún no había levantado la mirada del reloj cuando la vi aparecer, caminando Rambla abajo con las manos metidas en los bolsillos de unos vaqueros ceñidos. Un top granate asomaba bajo una chaqueta vaquera con tachuelas. Llevaba unas botas negras con unos tacones de infarto. Como siempre, caminando como si flotara. Llevaba la melena suelta y le caía sobre el hombro izquierdo. Una sonrisa de labios granates se dibujó en su cara al verme. Y yo le respondí del mismo modo.

—¡Hola! ¿Llego tarde? Perdona, no tengo reloj —dijo sonrojándose.

—No, no, has llegado justo a tiempo —contesté sonriendo.

Nos quedamos medio segundo cortados. Sin saber si besarnos o no. Reaccioné acercándome a

ella y depositando dos besos en sus mejillas heladas. Ella se estremeció. Pensé que quizá fuera por mi cercanía. “No seas tan iluso” “Estamos en marzo y hace frío”.

—¿Tienes frío? —pregunté—. Si quieres puedo dejarte mi chaqueta— ofrecí.

—No, no te preocupes. Estoy bien.

—Vale, pues... ¿dónde vamos? —pregunté. Ella había puesto como condición elegir el lugar para cenar.

—¿Conoces el Tribeca?

—¿El Tribeca? ¿Lo dices en serio? —Se me escapó una carcajada.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, perdona, es que... no te imagino comiendo allí. Temía que me llevaras a un vegetariano o algo así.

—¿Qué pasa? ¿Que por ser gimnasta no puedo comer más que lechuga? —contestó frunciendo el ceño.

—No, no es eso. No te enfades conmigo, anda. Vamos a cenar.

El Tribeca estaba muy cerca, apenas tuvimos que cruzar dos calles, así que en menos de cinco minutos ya estábamos allí. Aunque no se lo había confesado a Elia, me encantaba aquel lugar. Una vieja hamburguesería con más de cuarenta años de antigüedad que tenía un encanto especial. Paredes de piedra, vigas de madera, techos y paredes decorados con motivos hindúes. Nos sentamos en una de las mesas de madera del fondo del local.

—¡Hola chicos! —saludó una camarera dejando una carta sobre la mesa—. ¿Os voy poniendo la bebida?

—Sí, por favor —contesté—. A mí me pones una Franziskaner. ¿Y tú, Li... Elia?

—Una Coca Cola, por favor —contestó conteniendo una sonrisa—. ¿Puedo pedir ya la comida? ¡Sé lo que quiero!

—Claro —contestó la camarera divertida.

—¿Me pones una Hamburguesa Americana?

—Que sean dos —dije yo.

—Marchando, chicos. —La camarera recogió las cartas y se marchó sonriendo.

—Tú ya has venido aquí antes, ¿verdad? —le pregunté—. ¡Pues claro! ¡Aquí ponen las mejores hamburguesas de Alicante! —contestó alegre.

“¡Qué bonita eres!” pensé.

Recordando que un minuto antes había estado a punto de llamarle Lili, le pregunté:

—Bueno, ¿me vas a contar esa historia tan bonita por la que tus amigas te llaman Lili?

—Claro. Verás. Una de las primeras veces que competí, tenía como tema musical la banda sonora de Madame Butterfly. Yo debía tener unos siete años. Por aquel entonces, Lucía, una de mis amigas, acababa de empezar en el club, tenía cinco años, y me preguntó de dónde venía la música. Le expliqué que era un trocito de una ópera, y al preguntarme lo que significaba Butterfly, le dije que era mariposa. “¡Anda, como Lili!” Me contó que su seño del cole les leía un cuento que a ella le encantaba, que se llamaba “Lili, la mariposa”. Entonces me eché a llorar. Lucía me preguntó qué me pasaba y le dije que mi mamá se había ido al cielo y que a ella también le encantaba leerme ese cuento. Y entonces ella me abrazó, me pidió que no llorara, y me preguntó si podía llamarme Lili o me daría mucha pena al recordar a mi madre. Le dije que seguro que a ella le encantaría que me llamara así. Y al resto de mis amigas también. Por eso es un apelativo cariñoso que sólo reservo a las personas que de verdad me importan o que significan algo en mi vida.

—¿Y yo? ¿Yo también puedo? —supliqué haciendo un puchero.

—Sí, creo que te has ganado ese derecho. Ahora eres mi amigo —contestó tímidamente dando un sorbo a su bebida.

En ese momento apareció la camarera, dejando las hamburguesas sobre la mesa.

—¡Ummm! ¡Qué pinta tiene! —dijo dándole un bocado a la mega-hamburguesa.

—Jajaja —fui incapaz de contener la carcajada.

—¿De qué te ríes? —me preguntó.

—No es nada, es sólo que me encanta verte disfrutar así de la comida —confesé—. Mi ex se pasa la vida a dieta.

—Pues que rollo —me dijo ella—. ¡Esto es lo mejor del mundo!

—¿Y no te da miedo... ya sabes, engordar? Por la gimnasia y eso.

—La verdad es que Marina jamás nos ha reñido por el tema de la comida. Ella misma dice que cuando compitió en el Mundial estaba hecha una bolita, jijiji... —Y añadió—: Aunque, si te soy sincera, tampoco he tenido problemas nunca con el peso. Soy un poco “polvorilla” y todo lo que como lo quemo. Así que me puedo permitir estos lujos de vez en cuando.

Le dio otro bocado a la hamburguesa y una gotita de yema de huevo se deslizó por la comisura de sus labios. Me apresuré a “pescarla” con la punta del dedo, y ella se sonrojó.

—Bueno, y ahora tú. ¿Jota? Imagino que no será ese tu nombre, ¿verdad?

—No, pero en mi caso no hay ninguna historia bonita detrás —confesé algo avergonzado—. Es

mucho más aburrido, en realidad. Me llamo Jorge. Pero mi padre se llama igual, así que, de pequeño, para distinguirnos, me llamaban Jota. Y con Jota me he quedado.

—Y, además de jugar al baloncesto, ¿qué haces?

—Pues... estudio Ingeniería Informática. Es algo que me apasiona desde que era niño.

—Y sales con animadoras —dijo con retintín.

—Salía —puntalicé—. Conocí a Vanesa en el instituto. Y empezamos a salir hace un par de años. Yo la convencí para que entrara en el equipo de animadoras. Hace ya algún tiempo que no estábamos bien, pero supongo que seguíamos juntos por la fuerza de la costumbre y ya sabes... por el qué dirán. Nuestros padres además son amigos y cuesta desprenderse de todo eso.

—Ya, imagino.

—¿Y tú? ¿Vas al instituto?

—Sí —afirmó agachando la cabeza, como si se avergonzara—. Mi vida ahora mismo gira en torno a las clases y la gimnasia. Esta es la primera vez que salgo en mucho tiempo, sin contar lo de ayer, claro. Si Marina se entera que estoy por ahí de fiesta a dos días del Provincial...

—No te preocupes. Te prometí que estarías pronto en casa. ¿Nos vamos?

—De eso nada... ¿Y mi postre? ¿Vas a negarme el placer del mejor mousse de chocolate del mundo? —dijo poniéndome morritos.

—Nooooo, ¡no se me ocurriría! —me reí—. Camarera, un mousse para la señorita, por favor.

Media hora más tarde caminábamos juntos por las calles del barrio. Al llegar a la puerta de Cienfuegos vimos el cartel que anunciaba el concierto de mi profe del instituto.

—¿Tú también estudiabas en el Jorge Juan? No recuerdo haberte visto —me preguntó.

—Sí. ¿Cómo sabes que estudié allí? —pregunté intrigado.

—Bueno, me dijiste que el concierto era de un profesor tuyo y es Paco Jordá. También ha sido mi profe de música.

—Jajaja, es verdad. Bueno, si no recuerdas haberme visto es porque quizá no coincidimos. Tú tienes... ¿dieciséis?

—Diecisiete.

—Yo tengo veinte. Yo debía estar en cuarto de ESO cuando tú entraste en primero. Por eso apenas coincidimos. Además, he cambiado bastante en los últimos años, seguramente, aunque nos hubiéramos visto, no me recordarías.

—Claro —asintió ella—. Mira, en el cartel pone que además hay una actuación especial. Mara Miranda. ¿La conoces?

—No, no me suena. ¿Entramos?

Entramos en el local. Me pedí una Guinness. Elia se pidió una botellita de agua. En el escenario, Paco y los demás músicos estaban haciendo pruebas de sonido. Y nos acercamos a saludarles. Pareció alegrarse de vernos a ambos por allí.

Nos sentamos en una mesita que había junto al escenario. Apenas lo hicimos, empezó a llenarse el pub. "Justo a tiempo" pensé. Comenzó la música.

—Este tema se llama "Suerte" —comenzó Paco— y se la dedico a dos ex-alumnos míos que han venido hoy a verme. ¡Gracias chicos!

Ambos sonreímos.

“Suerte, ha sido suerte,
encontrar tus huellas entre tanta gente,
sé muy bien que ha sido suerte,
sólo suerte.”

La miré. Estaba sentada a mi izquierda. Tenía el codo apoyado en la mesa y se mordía una uña distraída, mientras movía los pies al son de la música.

Sí, había sido una gran suerte conocerla, pensé.

—La siguiente canción se la dedico a todos aquellos que se arriesgan, que viven con intensidad cada momento, porque como dijo una vez una gran amiga mía "La vida no se mide por los momentos que respiras, sino por los que te dejan sin aliento". Se llama "Tu mundo y mi mundo".

“Y aunque aún estemos tan cerca y tan lejos,
hoy nuestros barcos navegan hacia buen puerto.
Porque tu mundo tiembla cuando yo me acerco,
mi mundo cada vez es menos negro,
tu mundo poco a poco se va abriendo,
mi mundo muere cuando te veo.”

“¿En serio?” pensé. Parecía que habían escogido las canciones pensando en nosotros. Lili debió pensar lo mismo. Me di cuenta al ver cómo me miraba nerviosa de reojo.

Me acerqué un poco más a ella. Les siguieron “Yo sabré esperar”, “Por ti” y “Ni en mis

mejores sueños”. Las letras de las canciones cantando a los comienzos de un amor... Posé mi mano en su rodilla, lo que la sorprendió. Pero no hizo nada por apartarla de allí. Al contrario, se recostó sobre mi hombro izquierdo, apoyándose en mí, e inundando mis fosas nasales de su aroma de flores de primavera, de ilusiones, de vida.

—Y con esto terminamos —dijo Paco despidiéndose—, pero antes os presento a Mara Miranda. Ella ha venido desde Badajoz a pasar unos días a Alicante y me ha prometido que iba a presentar aquí su nuevo single “Alas de mariposa”.

Al oír el título de la canción, nos miramos y sonreímos.

“Llegas a mi vida,
como llegan las cometas,
y aparecen mariposas en mi piel.
Y descubro que la vida,
aún brilla con más fuerza,
si tú estás.
Y abrázame,
descúbreme por dentro,
que esta vida va deprisa y yo,
quiero besarte lento.”

Sentí sus ojos azules clavados en los míos. Y la miré. Y vi el anhelo, y las ganas. Otra vez ese hilo invisible que tiraba de mí, acercándome a ella. Y la besé. Y sus labios me supieron mil veces mejor que en cualquiera de mis sueños. Fue un beso suave, lento, como decía la canción. De esos que hacen que el mundo se detenga a tu alrededor. De esos tan íntimos que olvidas que estás rodeado de gente. Un beso que me supo al inicio de algo hermoso, una ilusión.

Seis canciones habían obrado la magia. Seis canciones para comenzar una historia de amor.

“Si es la magia del amor,
la que invade dos cuerpos,
que es esta sensación
que llena el corazón de alas.
Y es que contigo,
no tengo miedo a volar”

7 DÍAS MUY LARGOS

Sábado. Caminaba distraída, mirándome los pies, y mordiéndome los labios. No entendía el por qué de esa manía absurda de darme pellizquitos con los dientes para arrancarme las pielecillas que el frío y la sequedad hacían aparecer en mis labios, cuando lo único que conseguía era empeorar la situación. Supongo que era algo así como un tic nervioso, y me relajaba hacerlo. “Tampoco es tan grave”. Pensé en el truco que me había enseñado mi abuela: “un poquito de miel en los labios antes de ir a dormir y por la mañana estarán perfectos”. No hay nada como un consejo de abuela. Y más si ésta es aún más coqueta que tú.

Era una mañana perfecta. El sol brillaba como nunca. Ni una nube en un cielo increíblemente azul. La brisa suave de poniente invitaba a quitarse la pesada chaqueta de invierno. O quizás no lo era tanto, pero yo era incapaz de verlo de otra manera. Porque estaba feliz. Muy feliz.

Sentía en mi interior las alas de mariposa de la canción de Mara, haciéndome cosquillitas hasta en el corazón. Aceleré el paso. Aún era temprano, pero me apetecía mucho encontrarme con Jota antes de empezar a entrenar. Saqué el móvil del bolsillo, al tiempo que entraba en el vestuario, y releí el WhatsApp una vez más, con lo que ya debían ser unas veinte desde que me llegara a noche anterior:

~Perdóname por haberte robado un beso, pero no podría dormir una noche más sin haber probado tus labios. Espero que mi condena no sea muy larga.

Sonreí una vez más, emocionada.

Me senté en el banco, conteniendo a duras penas un bostezo. A pesar de que Jota había cumplido su promesa y antes de las dos estaba en casa, apenas había dormido. Me tumbé en la cama con el sabor de sus labios en los míos. Y con ganas de más. Nuestro último beso, en el andén de la estación, justo antes de que subiera al tranvía, vino acompañado de una sensación desconocida para mí. El anhelo. El deseo irrefrenable de deslizar mis manos bajo su camiseta para acariciar su piel. De dibujar con las yemas de mis dedos las hendiduras de sus marcados músculos.

Al sumergirme de nuevo en aquellos pensamientos me sonrojé. Estaba tan ensimismada, que no me di cuenta de que entraba alguien más en el vestuario.

—Hola Elia.

Guardé el móvil en la mochila al oír el saludo de Victoria al pasar. “¿Ahora me saludas?” pensé al tiempo que levantaba la cabeza. Y menos mal que estaba sentada porque si no me hubiera caído de la sorpresa, al ver que la acompañaba Vanesa.

—Victoria —contesté con total indiferencia.

“Dios las cría y ellas se juntan”. Pensé, mientras las veía alejarse.

En ese momento, Irene, Lucía, Carla y Sofía entraron dando saltitos en los vestuarios, entre bromas y risas.

—¡Lili, estás aquí! ¡Qué cara de felicidad! ¿Qué tal anoche? ¿Os besasteis? ¿Cómo fue? Ay, ¡es taaaan guapo!

—Carla, ¡basta de preguntas! ¡Le vas a provocar dolor de cabeza! —dijo Irene entre risas.

—¿Hubo... ya sabes...eso? —preguntó Lucía sonrojándose.

—¿Eso? Ay, Luci, ¡que inocente eres! —dijo Sofía dando una palmadita a su amiga.

—Bien. Sí. Fue maravilloso. Y no —contesté yo divertida.

Las cuatro me miraron sin entender nada de lo que estaba diciendo.

—A ver. Anoche lo pasamos realmente bien. Fue muy divertido. Sí, nos besamos, y fueron los mejores besos que me han dado nunca. Y no, no hubo sexo. —No pude evitar sonrojarme, al tiempo que miraba a mi pequeña Lucía. A pesar de que con su metro ochenta era la más alta de todas, para mí siempre sería mi pequeña. Y eso que ya era toda una señorita de quince años.

—¡A la tarde, quedada de chicas! —propuso Carla—. ¡Tienes que contárnoslo todo!

—Venga, vamos para adentro, que Marina está a punto de llegar, ¡y ya sabéis como está de humor los días antes de las pruebas importantes! —dijo Irene.

—Dadme un segundo —les pedí, mientras terminaba de ponerme las punteras—. Aún tengo que hacerme el moño.

—¡Te esperamos dentro, Lili! Vamos a ir poniendo las moquetas.

Me agaché para recogerme el pelo en una coleta alta.

—¡Lili! —oí susurrar mi nombre.

Levanté la cabeza y vi a Jota, asomado tímidamente a la puerta del vestuario, y llamándome bajito como si tuviera miedo de que le descubrieran.

Me levanté del banco dando un salto y salí hacia el pasillo donde estaba él.

—¡Buenos días, princesa!

Me saludó alzándose de la cintura para depositar un leve piquito en mis labios.

—¡Bájame tonto, que nos van a ver! —le rogué.

—¿Y qué si nos ven? ¡Qué todo el mundo sepa lo feliz que me siento hoy! —me dijo

dejándome con suavidad en el suelo.

—Marina me mataría —dije riéndome—. Y al menos quiero llegar al Trofeo de mañana. ¿Vendrás a verme?

—Por supuesto, ¡no me lo perdería por nada del mundo! —contestó—. ¿Y tú? ¿Vendrás a verme esta tarde? Es mi primer partido después de mucho tiempo.

—Lo intentaré, aunque creo que las chicas están preparándose un tercer grado y no sé si me podré escaquear —me reí—. A las siete y media, aquí, ¿verdad?

—Sí. Me gustará saber que estás ahí. Bueno, tengo que entrenar. ¡Hasta luego, preciosa!

Terminé de recogerme el pelo y entré corriendo en la pista, sin percatarme al pasar, de las miradas de odio de Vanesa y Victoria, que cuchicheaban en el pasillo.

Los entrenamientos previos a cualquier prueba eran especialmente duros. Sobre todo, porque Marina solía tener un humor de perros. Daba igual lo bien que hiciéramos las coreos; si no era perfecto, no le valía. Así que, trabajé duro aquella mañana, a pesar del cansancio, intentando no darle motivos de queja. Tan concentrada estaba, tan metida de lleno en el trabajo en el tapiz, que no me di cuenta de que mi botellín de agua no era el mismo al salir que cuando había llegado a la pista.

Mis amigas y yo habíamos quedado a las cinco y media para tomar algo en el Magnolia Café... ¡Adorábamos los cupcakes de chocolate casi tanto como nuestros momentos juntas! Pero a las cuatro empecé a sentirme realmente mal. Me dolía mucho la tripa. ¡Menudos retortijones! Miré el calendario de la pared de mi cuarto, sólo esperaba que no fuera a venirme el periodo ahora, con la competición al día siguiente. Conté desde el último día en rojo, aún faltaban casi diez días. En ese momento otro retortijón me hizo salir corriendo al baño. Un sudor frío recorría mi espalda. Estaba totalmente descompuesta. “Por favor, que no sea un virus, que no sea un virus”.

Mandé un WhatsApp al grupo de mis amigas:

~Chicas, estoy enferma. Creo que he pillado un virus estomacal o algo. Voy a meterme en la cama a ver si mejoro antes de mañana. Prometo contaros todo en cuanto me recupere.

Enseguida llegaron mensajes de ánimo de mis chicas, deseándome que no fuera nada grave y me pusiera buena cuanto antes.

—Papi, me encuentro fatal. —Me acerqué a mi padre, que estaba sentado en el sofá viendo la tele, y me hice un ovillo junto a él.

—¿Qué te pasa cariño? —me dijo, poniendo amorosamente su mano en mi frente—. ¡Estás

helada!

—No sé. Estoy descompuesta. Me duele mucho la barriga y tengo nauseas.

—Ay, hija, habrás pillado algún virus. En estas fechas y con tanto cambio de tiempo, es más habitual de lo que parece.

—Me voy a la cama, ¿vale? Mañana tengo que estar bien para el Campeonato Provincial.

—Vale cariño, cógete un Aquarius y ve bebiendo poquito a poco.

Pasé cuatro horas horribles, levantándome cada media hora. La última vez, al volver del baño, miré la hora en el equipo de música de la habitación: Las ocho. De tan mal que estaba, había olvidado mi promesa de ir al partido de Jota. Cómo pude, cogí mi móvil y tecleé un mensaje:

~Jota, sé que no vas a ver este mensaje hasta dentro de un rato. Siento muchísimo no haber estado allí. Estoy enferma. Llevo toda la tarde vomitando y descompuesta. He tenido que quedarme en casa. Espero que me perdones. Besitos.

Me sorprendió recibir su respuesta tan pronto.

~Lili, no he ido al partido. Yo también estoy enfermo.

~¿Qué te ocurre? —pregunté preocupada.

~Estoy como tú. ¿Crees que nos sentaría mal algo de la cena de ayer?

No había pensado en eso, pero podía ser.

~No sé. Es posible. Siento mucho que no hayas podido jugar.

~No te preocupes. ¿Y tú? ¿Podrás competir mañana?

~Espero que sí.

~Cuídate princesa. Besos.

~Buenas noches, Jota.

Domingo. A las siete de la mañana sonó el despertador. Estaba mejor, después de pasar la noche durmiendo, pero aún me sentía algo floja. Preparé la bolsa de deporte, cogí el maillot que estaba colgado en el perchero detrás de la puerta y salí al salón, donde ya estaba mi padre preparándose un café y unas tostadas.

—¿Te encuentras bien, peque? —me preguntó algo preocupado—. Quizás no deberías ir hoy a la competición.

—Estoy mejor, papi. —Le miré con cariño. ¡Era tan bueno siempre conmigo!

—¿Quieres algo de desayunar? —preguntó agitando la cabeza con resignación, sabiendo que nada de lo que dijera me haría cambiar de opinión.

—No —dije con pena—. No me atrevo. Voy a tomarme un par de Aquarius más. ¿Vendrás luego a verme?

—Claro, cariño.

—¡Pues luego te veo! —le dije al tiempo que desaparecía por la puerta de casa.

A las ocho y media ya estaba en el pabellón. Irene y Carla ya estaban en el vestuario y dieron un salto al verme entrar. Carla me abrazó, preocupada.

—¡Qué mala cara, Lili! ¿Te encuentras mal?

—Estoy mejor, Carla. Un poquillo floja aún, no he comido nada desde ayer a mediodía.

—Siéntate, cariño —añadió Irene llevándome hacia el banco—. ¿Quieres que te haga el moño yo?

—No te preocupes, Irene. Id preparándoos vosotras y luego me ayudas con el maquillaje... ¡Nadie hace la raya tan perfecta como tú! —dije tratando de esbozar una sonrisa.

—¿Rayas? ¡Necesitas una restauración completa, Lili! —exclamó Sofía que entraba en ese momento acompañada de Lucía—. ¡Vaya cara tienes!

—¿Y qué quieres? —dije un poco molesta—. ¡Creo que no lo he pasado tan mal en mi vida! —Arrepintiéndome enseguida del tono con el que lo había dicho, me volví hacia mi amiga—. Lo siento, Sofía. Ayer fue un día muy largo y estoy un poco cansada. No me lo tengas en cuenta, ¿vale?

—Claro, tonti. Anda, ven. Entre todas vamos a hacer que brilles tanto como siempre.

A las nueve y media, media hora antes de la prueba, ya estábamos todas ensayando las coreografías. Tras un lanzamiento, y al ir a recoger la pelota, choqué contra Victoria. Pareció estar sorprendida de que estuviera allí.

—¿Elia?

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa? Ni que hubieras visto un fantasma.

—Nada, es sólo que... me ha parecido oír hace un rato que estabas enferma —vaciló un poco al decirlo.

—Estaba, tú lo has dicho. Como ves, ya estoy mejor.

—Me alegro. Perdona, voy a seguir ensayando —añadió alejándose con prisa.

Miré otra vez el orden de actuación. Salía en decimoquinto lugar. Aún tenía unos minutos. Alcé

la cabeza hacia la grada. Mi padre me saludó. Le devolví el saludo y seguí buscando. Jota no había ido. “Quizás aún no se encuentra bien” pensé. Le mandé un WhatsApp:

~No has podido venir a verme. Imagino que aún no estás recuperado. Espero poder verte pronto. ¡Deséame suerte!

Mi actuación no fue de las mejores, pero aún así conseguí alzarme con la medalla de oro individual. Victoria había pedido la revisión de su nota, pero no sólo no consiguió superar mi puntuación, sino que se la bajaron, quedándose fuera del podio. Se había marchado del pabellón maldiciendo entre dientes.

Rodeada de mis amigas, que me felicitaban una vez más por el trabajo bien hecho, salí de la pista para cambiarme. Los domingos siempre comíamos en casa de mi abuela, y ya era bastante tarde, no quería retrasarme más. Cogí el móvil, con la esperanza de haber recibido respuesta de Jota, pero no fue así. Vi que su última conexión había sido a las doce de la noche del día anterior.

~¡He ganado el oro! Estoy un poco preocupada. ¿Estás bien? Escríbeme en cuanto puedas.

Lunes. El día posterior a una prueba solía ser de descanso, así que no habíamos ido a entrenar. Por la mañana aún no me sentía demasiado bien para ir a clase, así que me quedé en casa. Me pasé el día tirada en el sofá, sin muchas ganas de nada, mirando el móvil cada cinco minutos, con la esperanza de que Jota me escribiera. Nada. La última conexión seguía siendo el sábado a las doce de la noche.

Martes. Estaba en clase de Biología, la última asignatura de la mañana, y me moría de aburrimiento. No entendía como a mi padre podía apasionarle tanto. Las agujas del reloj iban a paso de tortuga. Garabateaba cosas en la libreta intentando no quedarme dormida cuando me sobresaltó el móvil, que vibraba en silencio en mi bolsillo. Reprimí las ganas de mirar quién era, por miedo a que me pillara el profé y me lo quitara, pero deseé con todas mis ganas que fuera Jota. Mordiéndome las uñas de impaciencia, y mirando aún más insistentemente el reloj, como si así pudiera hacerlo avanzar más rápido, se pasaron los diez minutos que quedaban de clase. Al sonar la sirena di un bote, cogí mi mochila y salí corriendo del instituto como alma que lleva el Diablo.

—¡Hola! ¿Jota? ¿Cómo estás? —Al ver que la llamada era suya, no había tardado ni un minuto en devolvérsela.

—¡Lili! Me moría por escucharte... Perdona que no te llamara antes. He estado en el hospital y

me quedé sin batería.

—¿En el Hospital? —pregunté alarmada—. ¿Qué te ha pasado?

—Pues... se me complicó la indigestión y acabé con una deshidratación severa en Urgencias. He estado ingresado.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! ¿Estás mejor?

—Sí, me han dado el alta hace un rato y lo primero que he hecho al llegar a casa ha sido llamarte. ¡Felicidades por tu medalla!

—Gracias. No fue mi mejor actuación, pero tuve suerte.

—Espera un momento, Lili —pidió Jota.

Entonces le oí, sordamente, como si tapara el auricular con la mano, hablando con... ¿una chica? “Vanesa, estoy hablando. ¿Es que no lo ves?”.

“¿Vanesa? ¿Estaba con Vanesa?”. Una punzada de celos me atravesó. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Jota, yo... Mira, no quiero molestarte. Sólo quería saber que estabas mejor. Nos vemos cuando te recuperes, ¿vale?

—Lili, pero yo...

No le di tiempo a contestar. Supongo que la rabia que sentí en ese momento al saber que Vanesa estaba con él me cegó. Y me comporté como una chiquilla. Me arrepentí al instante, pero ese estúpido orgullo heredado de mi padre y que tantas veces dominaba mi vida no dejó que volviera a marcar su número para disculparme.

Miércoles. Jota tampoco había venido aquella tarde. Y yo me sentía rara. Era como si me faltaran ganas. Desde que le había conocido, asistía con más entusiasmo a los duros entrenamientos. Ahora que él no estaba, se me antojaban más agotadores que nunca.

Jueves. Llevaba muchos días durmiendo poco y mal. Me atormentaba no tener noticias de Jota. Sabía que era yo la que le había colgado y la que tenía que dar el paso. Pero albergaba la esperanza de que yo le importara lo suficiente como para que él se decidiera a darme explicaciones. “Quizás no tenga nada que explicarte, Lili” pensé. Al ver que aquella tarde tampoco iba al entrenamiento, me decidí a escribirle un WhatsApp:

~¡Hola!

~Hola Lili.

~¿Cómo estás?

~Mejor, mañana seguramente volveré a los entrenamientos. Quiero jugar el sábado.

~Genial. Oye, yo... siento mi reacción del otro día. No tendría que haberte colgado.

~Lili, si no lo hubieras hecho, te habría explicado que Vanesa estaba en mi casa porque fueron sus padres los que me trajeron del Hospital. Sabes que son amigos de los míos, y como el padre de Vanesa es médico y estaba allí, me hicieron el favor.

~Ya. Yo... perdona. No sé lo que me pasó.

~Estás perdonada. Lili, quiero que te quede clara una cosa. El otro día te fui muy sincero. Me moría por escucharte. Sentí muchísimo no haber podido ir a verte. Y me sentí muy triste cuando me colgaste.

~Yo... te he extrañado mucho estos días. Los entrenamientos no son lo mismo si no estás por aquí.

~Mañana nos vemos, ¿vale? Intentaré llegar un poquito antes de que subáis arriba con Sara. Besos.

~Hasta mañana, Jota. Besitos.

Viernes. Mordisqueaba una manzana distraída, mientras observaba pasar a la gente desde la ventana de mi cocina. Aunque el cielo estaba azul y hacía sol, me sentía triste. Allí abajo tampoco parecían estar disfrutando mucho del día. Todo eran prisas, ruidos, motos, coches. Un motorista con chándal y casco negro se paró frente al portal. No sé por qué le presté atención. Normalmente no me hubiera fijado, pero había algo familiar en él. Como si ya le conociera. “Será algún vecino” pensé.

Miré el reloj. Eran las cuatro y media. Encima de una silla, mi bolsa de deporte ya estaba preparada. Me bajé del taburete de la cocina y cuando cogía la bolsa, sonó el timbre.

—¡Voy yo! —avisé a mi padre para que no se levantara. “Será reparto de publicidad” pensé—. ¿Sí? —pregunté al telefonillo.

—Lili, soy Jota.

—¡Jota! ¿Qué haces aquí?

—He venido para acompañarte al pabellón. ¿Quieres?

—¡Ahora mismo bajo! —Me despedí de mi padre—. ¡Papi! ¡Han venido las chicas! ¡Me voy a entrenar! ¡Te quiero!

—Hasta la noche, pequeña.

Bajé las escaleras de tres en tres. Cuando llegué abajo, mi corazón latía a toda velocidad, no sé si por el esfuerzo o por saber que Jota estaba al otro lado del portal. Cuando abrí la puerta me lo encontré, esperándome con los brazos abiertos. Antes de pararme ni medio segundo a pensar si besarle o no, me lancé a sus brazos, hundiéndome en su pecho, aspirando su aroma. Y ahí, escuchando el acompasado latido de su corazón, olvidé todos los miedos, las dudas y la sensación de soledad de esos siete largos días.

8 RAZONES PARA QUERERTE

En el mismo instante en que Lili se enterró entre mis brazos supe que mi vida ya no volvería a ser igual. Aquella chiquilla pizpireta de cabellos dorados y ojos zafiro, se me había metido bajo la piel. Me había llevado al cielo con un simple abrazo, rescatándome del infierno de los últimos siete días.

—¡Te he echado tanto de menos, pequeña! —susurré contra su pelo.

Sin deshacer el nudo de nuestros cuerpos, tan sólo separándome levemente de ella, la besé. La besé con las ganas con las que el náufrago sacia su sed loca de agua dulce. Con las que el mendigo come un trozo de pan sin dejar ni las migajas. Y sus suaves labios me devolvieron el beso, también sobrados de ganas.

No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos. Pudo haber sido un segundo o una eternidad. El tiempo había perdido todo su sentido. Pero entonces ella, cayendo en la cuenta de donde estábamos, se separó de mí. “Mi... padre, podría vernos” dijo tímidamente.

—Claro... ¿vamos?

La vi vacilar ante la moto.

—Puedo dejarla aquí si quieres y vamos andando —me adelanté.

—Si no te importa... lo prefiero. —Parecía asustada.

—Claro, pero después del entrenamiento tendremos que venir juntos a por ella —le dije guiñando un ojo.

Metí el casco bajo el sillín de la moto, cogí mi bolsa de deporte, la de Lili, las cargué sobre mi hombro izquierdo y comenzamos a caminar.

Ví a Lili girar la cabeza un par de veces, como midiendo la distancia que nos separaba de su casa, y cuando creyó que estábamos lo suficientemente alejados de miradas indiscretas, me cogió de la mano.

—¿Cómo has sabido dónde vivía? —preguntó, mordiéndose los labios. Me encantaba ese gesto tan suyo cuando estaba nerviosa.

—No te enfades, ¿vale? Quería sorprenderte, así que hablé con Héctor y él con Irene. Le costó un poco convencerla. ¿Estás enfadada?

—No, me ha gustado mucho la sorpresa. ¡Tenía tantas ganas de verte!

—Y yo, preciosa. Ha sido la peor semana de mi vida.

—Jota, de verdad que siento mucho haberte colgado así el otro día, yo...

—No le des más vueltas, Lili —dije, parándome un momento y mirándole a los ojos—. Yo te entiendo. Y quiero ser sincero contigo siempre, ¿puedo? —Ella asintió—. Los padres de Vanesa me trajeron del Hospital. Yo le dije a Teresa, su madre, que no quería verla, pero ella insistió mucho. Me dio que Vanesa estaba pasándolo mal, que le diera una oportunidad de explicarse, y lo hice. Ella vino a casa con el firme propósito de que volviera con ella. Quiso convencerme de que lo sucedido con su compañero de clase no había significado nada. Me dijo que ella sólo me quería a mí, que no se imaginaba una vida si no era a mi lado. Cuanto más hablaba, más me daba cuenta de que no importaba lo que dijera, porque ya no significaba nada para mí. Intenté que entendiera, que se diera cuenta, de que lo único que nos unía no era más que el cariño de una vieja amistad.

—Y... ¿crees que lo acepta?

—No sé, Lili, es complicado. Vanesa cree que puede tener todo lo que ella desee. Y no sé qué cosas es capaz de hacer con tal de conseguirlo. De momento sólo me ha dicho que va a dejar el equipo de animadoras porque no cree que pueda soportar verme en una temporada —comenté algo apenado.

—Regresará —afirmó convencida—. En cuanto se dé cuenta de lo mucho que vales, aunque sea sólo como amigo.

Casi habíamos llegado al pabellón.

—Recuerda que a la vuelta debes acompañarme hasta mi moto. ¡No te olvides mí!

—¿Olvidarme de ti? —se rió—. Eso sería difícil. ¡Nos vemos a las ocho en la puerta!

Ese primer entrenamiento tras la enfermedad, fue agotador. Había perdido casi tres kilos, y me sentía aún algo flojo. Pero lo di todo porque no quería pasar ni un sábado más sin jugar. Y conseguí demostrarle a Fede que estaba recuperado, concentrado y preparado para ello, con lo que me convocó para el partido del día siguiente frente a un club ilicitano. Esperaba y deseaba que Lili pudiera venir.

—¿Preparado para volver a la cancha, Jota? —preguntó Izan, que estaba peinándose en el vestuario.

—Sí, ya tengo ganas, la verdad. Entre la lesión y esto... No entiendo como pude ponerme tan mal por una hamburguesa —comenté sacudiendo la cabeza.

—Le he pedido a Sofia que venga a vernos mañana. ¿Crees que vendrá? —preguntó esperanzado.

—Te gusta, ¿eh? —pregunté dándole unas palmaditas en la espalda—. Seguro que sí. Irene ha prometido a Héctor que vendría, y Elia también quería venir.

—¡Son tan guapas! —dijo sonrojándose.

—Sí, lo son —confirmé.

A las ocho estaba en la puerta esperando a Lili, que llegó con sus amigas.

—¡Nos vemos mañana, chicas! —dijo ella.

—¡Hasta mañana, Lili! —respondió Sofia lanzando una pícaro miradita a Izan, que estaba a mi lado, y que se apresuró a salir detrás de ella.

—¡Hasta mañana! —Lucía le dio un besito a su amiga en la mejilla y salió fuera, donde la esperaban sus padres.

Irene cogió de la mano a Héctor. “¿Nos vamos?”, le preguntó. Este le dio un pico y asintió.

—¡Hasta mañana, parejita! —se despidieron los dos al unísono entre risillas.

Esta vez fui yo quien le ofreció mi mano a Lili, que tomó encantada. Aún tenía el pelo húmedo, y olía como siempre, a cítricos y flores. Reprimí el impulso de besarla allí mismo por miedo a que Marina nos viera y eso le trajera problemas.

—Oye, pasado mañana es el Autonómico, ¿verdad? ¿Qué tal lo llevas? —le pregunté.

—Oh, pues, muy bien, la verdad. En realidad, el único campeonato que me preocupa es el Nacional. Ganar allí sería lo más grande que me podría pasar. Pero para eso aún quedan dos semanas.

—¿Nerviosa?

—Un poco. Pero más por el hecho de salir de aquí de mi entorno, que de la competición en sí. Eso no me asusta.

—Salir de vez en cuando de la zona de confort viene bien. Y tú eres una chica muy valiente. Estoy convencido de que te irá fenomenal.

—¿Valiente? —me preguntó—. Hay muchas cosas que me dan miedo.

—Como montar en moto —le dije. Acabábamos de llegar al lugar donde la había dejado, frente a su casa—. ¿No te gustaría probar?

—Es que...

—Anda, ¿no confías en mí? Una vuelta corta. —Puse morritos.

—Una vuelta corta —aceptó temerosa—. Pero antes, espera. ¿Me das tu bolsa de deporte?

Se la di. Vi que sacaba una llave de la suya. Se acercó a una puerta de hierro y la abrió. Desapareció dos minutos.

—Ahí dentro están los trasteros. Las he dejado en el mío, así no nos molestaran —aclaró al salir.

Me subí a la moto.

—¡Vamos, sube!

Puso su mano en mi hombro, tomó impulso y pasando la pierna por encima, se sentó, acomodándose a mi espalda. Le pasé un casco y se lo abrochó presurosa.

—¿Puedo cogerme a ti? —preguntó.

—Debes —le dije, ayudándola a pasar sus brazos alrededor de mi cintura—. ¡Pero no me aprietes tanto o me asfixiarás! —le dije entre risas.

—Lo siento, tengo miedo.

—Iré despacito, te lo prometo. Sé que es tu primera vez.

Me miró por encima del hombro, con ojos divertidos, y se echó a reír a carcajadas.

—Perdona —me dijo—. Lo que has dicho... y como lo has dicho... parecía otra cosa.

Lo pensé por un momento y soltando una carcajada, me uní a ella, que reía algo nerviosa.

—No me he dado cuenta. Tienes razón, ha sonado... raro. —Me quedé pensando un segundo si los nervios serían por el paseo en moto, por lo que había dado a entender mi comentario o... por ambas cosas—. ¿Preparada?

—Sí... creo.

Arranqué despacito, intentando que no se asustara. No pensé hacia dónde ir, simplemente, me dejé llevar. A mí me encantaba montar en moto. La sensación de libertad, casi como de volar sin alas. Noté en la presión de su abrazo que, a cada metro recorrido, Lili se iba relajando. Enfilé la Gran Vía en dirección al mar, y acabamos aparcando junto al andén de la estación de tren de San Gabriel.

—Hemos llegado —le dije—. ¿Bajas?

Lili aflojó el abrazo. Se separó de mi espalda y, ayudándose de nuevo con mi hombro, bajó.

—¿Dónde estamos? —me preguntó, quitándose el casco y mirando alrededor. Por su sonrisa supe que conocía el lugar.

A nuestra espalda, el infinito mar, tenuemente iluminado por la luz de una casi luna llena. Y un pequeño rompeolas junto a la playa.

—¿Nos sentamos allí un ratito? —dije señalándole las rocas.

—Claro —asintió.

Dejamos los cascos en la moto, nos cogimos de la mano y andamos unos veinte metros antes de sentarnos sobre una de las frías piedras. Se estremeció.

—No venía aquí desde que era pequeña —susurró, como si temiera despertar los fantasmas del pasado—. Mi madre y yo solíamos venir en primavera, cuando aún no había mucha gente, y pasábamos la mañana jugando con la arena de la playa. Eran días felices. —Suspiró y una lágrima rodó por su mejilla. Me apresuré a limpiarla con una caricia.

—Seguro que era tan bella como tú. ¿Puedo preguntarte que le pasó?

—Murió en un accidente de moto. Estaba muy oscuro y a pesar de las indicaciones y las luces, pasó un camión y...—Rompió a llorar.

—Oh, Lili. Lo siento —dije, cobijándola entre mis brazos—. No debí convencerte para montar y venir aquí. Perdóname, de verdad. Si lo hubiera sabido...

—No, no importa —confesó entre hipidos y alzando la cabeza—. Mi madre adoraba ir en moto. Ahora ya sé por qué. Es cómo volar.

“¿Cómo puede ser que seamos tan iguales?” “Tiene que ser ella, mi alma gemela.”

—Sí, yo también lo creo —dije, limpiando sus lágrimas con el dorso de mi mano—. Pero... ¿sabes? Estar contigo también es así, cómo volar. —Y sin tener la más mínima duda de ello, añadí—: Te quiero, Lili.

Ella me miró, abriendo mucho los ojos, cómo si no creyera que yo hubiera dicho aquello.

—¿Me... quieres? Pero si apenas me conoces, ¿cómo puedes saberlo?

—Bueno, hay mil razones para ello.

—No creo que sean tantas. ¡Estás exagerando!

—Vale, pues al menos tengo... ¡ocho! —contesté después de unos segundos, riendo.

—Y... ¿puedo saber cuáles son? —contestó curiosa, ya sin asomo de tristeza.

—Tus sonrisas me han devuelto la alegría. Tu bondad me ha hecho ver que existe algo más allá de la belleza. Tu tenacidad y constancia han sido mis ganas de ir cada día a entrenar. Tus miedos son mi lucha, y tu valentía, mi fuerza. Tu lealtad hacia tus amigas es para mí un ejemplo de amistad verdadera. Y tus muestras de cariño son un bálsamo para mis heridas.

—He contado siete —dijo pensativamente—. ¿Cuál es la octava?

—La octava y la más importante razón para quererte, es que tú has conseguido que mis días vuelvan a tener sentido.

—Jota —dijo cobijándose de nuevo entre mis brazos—. Yo también te quiero.

9 BESOS QUE PIDEN... MÁS

Las cinco estábamos sentadas en el sofá, rodeando a mi padre, y haciéndole mimitos y carantoñas.

—¡Anda, papi! ¡Llévanos! —suplicaba haciendo pucheros.

—¿Pero que se os ha perdido a vosotras en Elche? —preguntó mirándonos como si nos hubiéramos vuelto todas un poco locas.

—Unos amigos nos han invitado a ver un partido de baloncesto, Rafa. Y nos han conseguido las entradas. No podemos fallarles —dijo Carla.

—¿Y todas tenéis permiso de vuestros padres y saben dónde estaréis?

—Sí —confirmó Irene—. Y yo estaré con ellas en todo momento. —Sabía que mi padre confiaba en ella, que de momento era la única mayor de edad.

—Está bien. Yo os llevo —aceptó finalmente—. Pero, aunque me gustaría, no puedo quedarme porque tengo planes. ¿Cómo pensáis volver?

—Mi padre ha dicho que podía recogerme al salir de trabajar —dijo Lucía. Su padre era bombero en Elche y le pillaba de camino—. Si quieres, puedes llamarle y confirmarlo.

—Vale. Pues dadme media hora para arreglarme y nos vamos.

Corrimos todas al baño a peinarnos y maquillarnos un poco.

Irene se puso frente al espejo y se retocó el gloss. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta gris de Nike con mensaje: *“Love to win. Hate to lose”*. Se había recogido su ondulada melena rubia en una coleta. Parecía más joven de lo que era en realidad.

Carla se cepillaba los mechones pelirrojos de su pelo, que caía en cascada por encima del kimono túnica de estampado étnico que combinaba con unos jeggins.

Lucía estaba sentada en el borde de la bañera, atándose los cordones de sus zapatillas Vans. Se había puesto unos vaqueros rotos y una sudadera con flores estampadas. Se había dejado el pelo suelto, una media melena color castaño chocolate.

Sofía se pintaba la raya del ojo frente al espejo. Íbamos vestidas prácticamente igual, pero no podíamos ser más diferentes. Ella era de piel morena, tenía una larga melena azabache y unos profundos ojos negros. Ambas nos habíamos puesto vaqueros con los bajos doblados, zapatillas converse rojas y jerséis de hilo. El suyo blanco con unos enormes labios rojos. El mío, rosa, con un gran corazón. Me di un último toque de Red Perfect de Avon en los labios, y recogí mi pelo en una trenza semideshecha.

Diez minutos más tarde nos acomodábamos en el coche de mi padre, un Santa Fe de siete plazas que tenía más de diez años, pero que nos había sacado de más de un apuro cuando teníamos competiciones fuera. Mi padre siempre estaba dispuesto a llevarnos.

Hablábamos de la prueba del día siguiente, el Autonómico, que se iba a celebrar en Alicante.

—No volveremos tarde, ¿verdad? —preguntaba Sofía—. Mañana tenemos que estar en el Centro de Tecnificación a las ocho... ¡y odio madrugar!

Nos reímos todas. Sofía era, con diferencia, la más dormilona.

—Tranquila —dijo Lucía—. Mi padre dijo que sobre las diez y cuarto vendría a buscarnos. No llegaremos tarde.

Pensé que tendría algo menos de dos horas para disfrutar de la compañía de Jota tras el partido.

A las seis entrábamos en el pabellón cubierto de la Universidad donde se disputaría el encuentro. Subimos a las gradas y nos sentamos en la primera fila, dispuestas a animar a nuestros chicos. La pista se fue llenando de gente. Me fijé en que, unas cuantas filas más arriba, se sentaba un grupo de padres. Me sonaba haberlos visto en la cafetería de nuestro pabellón algunos viernes, cuando entrenábamos con Sara arriba. Supuse que eran los padres de Víctor, Eloy, Héctor y Jota. Este último era un hombre joven muy guapo, con los mismos ojos verdes que los del chico que me había vuelto loca. Junto a él, una jovencita morena que no conocía pero que tenía cierto parecido familiar con el hombre, y, un asiento más allá, Vanesa. “¡Uff, la tengo hasta en la sopa!” pensé. “Disimula muy bien el no tener ningunas ganas de ver a Jota”. Miré hacia donde estaban mis amigas, e Irene, que se había dado cuenta, me pasó el brazo por la cintura:

—¡Ni caso, Lili! Esa, a tu lado, no tiene nada que hacer.

En ese momento, los jugadores de ambos equipos salieron a calentar. Las chicas y yo, emocionadas, saludamos a los chicos desde la grada. Héctor le lanzó un beso a Irene y Jota me hizo un guiño, ignorando a la pelirroja que estaba más arriba. “Punto para Jota” pensé divertida. “Bueno, y para mí”. Al fin y al cabo, yo había conseguido atraer su atención por encima de Vanesa.

—¡Madrecita mía! —dijo Carla, que era la más lanzada—. ¡Que sexis que están todos! —afirmó, clavando sus ojos en Eloy que pasaba en ese momento botando el balón junto a la grada.

—Sí, es verdad. ¡Son tan guapos! ¡Y tan fuertes! ¡Y tan...! —suspiró Lucía, que se moría porque Víctor le prestara un poquito de atención.

A las seis y media empezó el partido. Nuestros chicos salieron a la vez, y empezaron a correr de un lado a otro de la cancha, mientras nosotras animábamos como nadie. Lucía andaba un poco

perdida con el juego, así que me senté a su lado para explicarle un poquito.

—Eloy es el base. Son los jugadores “clave” del equipo. Son los que organizan las jugadas y dirigen los ataques. Es, por así decirlo, la posición más estratégica. Suelen ser los más bajitos del equipo porque no es tan importante su altura.

—¡No es bajito! —saltó enseguida Carla en su defensa—. ¡Mide casi un metro noventa!

Me reí.

—¡No te enfades! ¡Que no me estoy metiendo con él! —le dije—. Izan es el escolta —continué—. El más rápido y ágil.

—¡Y el más guapo! —añadió Sofia suspirando.

—Jota es el alero. —Miré a mi chico que en ese momento metía una canasta de tres puntos. Aplaudimos entusiasmadas—. Son altos y rápidos y normalmente los mejores iniciando los contraataques. —Me sonrojé.

—¡Lili está enamorada! —afirmó Carla. Todas se rieron.

—Héctor es el ala-pívot. Él y Víctor, que es el pívot, son los más altos del equipo. —Lucía suspiró—. Son los que juegan más cerca del aro, impiden el juego del equipo contrario, hacen tapones y cogen rebotes.

—¿Y tú, desde cuándo sabes tanto de baloncesto? —preguntó entre bromas Irene.

—¡Pues por mi primo! Él juega a baloncesto y, además, siempre que viene a casa me “tortura” con los partidos —expliqué divertida.

Volvimos la atención a la pista. Acababa de reanudarse el partido tras un tiempo muerto. Jota salió de nuevo. Empecé a sentir ese calorillo de nuevo en el vientre. Me parecía súper sexi verle disfrutar tanto de ese deporte que le apasionaba. Le veía en la cancha, concentrado en el juego, entusiasmado. Y no sé por qué, empecé a recordar nuestros besos de la noche anterior. Besos que empezaban a ser insuficientes para demostrar sentimientos. Besos que pedían... más. Y cómo por fin me había aventurado a acariciarle, deslizado mi mano bajo su camiseta. Él se había estremecido, y yo había retirado las manos, pensando que las tendría heladas y le había dado frío. Pero estaban calientes, como su cuerpo. “No, Lili, no dejes de hacerlo. Me encanta que me toques” confesó.

—¡Lili! ¿qué estás pensando? ¡Te has quedado pasmada! —dijo Lucía.

—¡Y estás roja! —añadió Carla

—Hace algo de calor aquí, ¿no? —añadí yo, algo avergonzada.

—Sí, sí, calor... —añadió Irene con retintín.

Sin apenas darnos cuenta, el partido había terminado, con la victoria de los chicos. Así que bajamos a esperarlos a las puertas del vestuario.

El primero en salir fue Héctor, que cogió a Irene de la cintura y le plantó un besazo en los labios.

Después Izan, que, tras acercarse a Sofía y darle un beso en la mejilla le dio las gracias por haber ido a verle.

—De nada, ha sido muy divertido —contestó ella sonrojada.

Jota salió en tercer lugar y, pasando su brazo libre por mi cintura, me dio un suave besito en los labios.

—¡Enhorabuena hermanito! —Oí una voz que venía desde mi derecha. Sin soltarme, Jota le dio un beso a la joven morenita que había visto en la grada.

—Gracias María —contestó—. ¿Y papá?

—Ahora viene, estaba despidiendo a Vanesa y sus padres. —Me miró curiosa, fijándose en que su hermano me retenía a su lado.

—María, te presento a Elia, mi chica.

Mis amigas y sus amigos le miraron alucinados. “¿Su chica?” “¿Yo era su chica?”

—Encantada, Elia. —A pesar de que un rato antes hubiera estado sentada con Vanesa, pareció sincera al decirlo. Me cayó bien.

La copia más madura de Jota que había visto antes en las gradas se acercó.

—¡Enhorabuena, campeón! —Si se dio cuenta de que Jota me cogía la mano en ese momento, no dijo nada—. ¿Vamos? —añadió.

—Nos vamos a quedar un rato, papá. Héctor le ha pedido el coche a su padre. Cuando vengan a recoger a nuestras amigas iremos a casa, ¿vale?

—De acuerdo —dijo mirando a unos y otros—. Pero no hagáis tonterías. ¡Y no vengáis muy tarde!

—No te preocupes, Jorge —añadió Héctor—. Antes de las doce estaremos de vuelta.

Salimos del pabellón y nos sentamos en una cafetería cercana. Habíamos juntado dos mesas. Héctor e Irene se habían sentado juntos en un extremo. Izan y Sofía conversaban en voz baja a nuestro lado. En un determinado momento Izan se había lanzado y cogía la mano de Sofía por debajo de la mesa. Frente a nosotros, Carla y Lucía charlaban animadamente con Víctor y Eloy acerca del partido. Parecían sorprendidos de lo mucho que sabían las chicas. “Otro punto para

mí”, pensé.

Jota sostenía mi mano, haciéndome cosquillitas en la palma. Sonreí, le miré a los ojos y pregunté:

—Tu chica, ¿eh?

—Sí, ¿algo que objetar? Porque si tienes alguna queja podemos discutirlo —me dijo sonriendo.

—Pues... ahora que lo dices...

Jota me cogió en volandas y me sentó en su regazo. Y me dio un beso, uno largo.

—Te quiero en mi vida, Lili. Y no me importa que todo el mundo lo sepa.

Le devolví el beso, rodeando su cuello con mis brazos. Mis amigas aplaudieron.

—Bueno, ya que estamos aquí todos, podríamos hablar del próximo sábado —dijo Carla.

—¿Y qué pasa el próximo sábado? —preguntó Izan intrigado—. El fin de semana que viene no tenemos partido.

—Pues, que es el cumpleaños de Lili —afirmó entusiasmada Lucía.

—¿Ah, ¿sí? No sabía nada —dijo Jota—. ¿Por qué no me lo habías dicho? —me preguntó.

—Lo olvidé —contesté avergonzada.

—¡Lo olvidó! —exclamó asombrada Sofía—. ¡Cómo si los dieciocho se cumplieran todos los días!

—No es eso —contesté defendiéndome—. Es que con tanto jaleo de competiciones pues... no había pensado celebrarlo, la verdad.

—¡Pero eso no puede ser! ¡Hay que hacer una fiesta! —contestó Jota, y mirando a Irene, preguntó—: ¿Habéis pensado en algo?

—¡Claro! ¿Qué clase de amigas piensas que seríamos si no tuviéramos un plan? —se rio—. Habíamos pensado organizar una barbacoa en los Arenales, aprovechando que ya no hace demasiado frío y que el domingo no hay competición. Y por supuesto, estáis todo invitados —añadió refiriéndose a ellos.

—¡Genial! —añadió Jota—. Irene, podrías crear un grupo de WhatsApp para que nos organicemos y vayamos ultimando los detalles.

—¡Hecho!

—Vaya, veo que lo tenéis todo muy claro —añadí yo—. ¿Alguien ha pensado cómo nos las arreglaremos para ir hasta allí?

—Pues... Héctor y Víctor tienen coche —dijo Eloy—. Y somos diez, ¿no? Pues solucionado.

—Yo... no sé si mis padres me dejarán —añadió Lucía.

—No te preocupes, Luci. A la vuelta me camelo a tu padre y ya verás cómo no pone ninguna pega —dijo Irene convencida.

10 LA NOTA PERFECTA

Lili estaba calentando en la pista de entrenamiento. Aún no me había visto. Acababa de llegar y había ido directo a buscar un sitio en la primera fila. Héctor y los demás vendrían un poco más tarde, así que les guardé algunos asientos junto al mío. ¡Quién nos iba a decir hacía apenas un mes, que acabaríamos pasando el domingo por la mañana viendo un campeonato de gimnasia!

Dejé un par de chaquetas extendidas sobre los asientos de la grada, y me levanté para acercarme a saludarla. Bajé las escaleras y me acerqué todo lo que pude a la pista, sin llamar demasiado la atención.

—¡Hola Jota! —saludó Lucía al pasar por mi lado.

—¡Hola! ¡Me has asustado! —le dije sonriendo—. ¿Puedes decirle a Lili que estoy aquí?

—Claro. Ahora mismo se lo digo. Oye, Jota, Víctor... ¿va a venir? —preguntó tímidamente.

—Sí, vendrá. ¿Quieres que le diga que baje a saludarte? —pregunté, sabiendo que a ella le gustaría.

—Yo... no sé. Sí. Bueno, sólo si a él no le importa —contestó enrojeciendo aún más si cabe.

—Descuida, se lo diré.

—¡Gracias! —contestó, y se alejó dando saltitos. Se acercó a Lili y le dijo algo al oído. Ella enseguida levantó la cabeza y sonrió como nunca.

Me sentí a rebotar de felicidad al verla venir hacia mí. Se la veía dichosa. Y sabía que en parte era gracias a mí.

—¡Hola Jota! —saludó alegre al llegar a mi lado.

Miró hacia donde estaban las entrenadoras y luego hacia los pasillos de los vestuarios. Me cogió de la mano y me llevó a un rincón entre dos columnas, bajo las gradas, a salvo de miradas indiscretas. La alcé en brazos y la besé con dulzura en los labios, por miedo a estropearle el maquillaje.

—¡Has venido! ¡Qué feliz me hace!

—Tenía que hacerlo. ¡Tenía que darte mi beso de la suerte! —contesté—. Lo vas a hacer fenomenal, Lili. Estoy convencido de ello.

—Seguro que sí. Aunque hay mucha competencia, hay chicas realmente buenas. Judit, por ejemplo, del Club Rítmica Castellón. Es una de las candidatas al oro, mi principal rival.

—Ummm, ¡dime quien es! Y si pasa por aquí le pongo la zancadilla o algo —dije entre risas.

—¡No seas malo! —me regañó—. Además, no hace falta. Ella no tiene tu beso de la suerte, y

yo sí. Así que es imposible que pueda ganarme.

—Ale, pues por si acaso, ahí va otro —dije besándola de nuevo. ¿Me cansaría alguna vez de ello? Lo dudaba. Entonces, recordé el mensaje que me había mandado la noche anterior:

~Da igual que te bese mil veces. Siempre quiero más. Deberían detenerte por hacerme adicta a tus besos.

La dejé en el suelo con delicadeza, se dio media vuelta y volvió a salir a la pista.

—¡Suerte pequeña! —alcancé a decir antes de que se alejara demasiado como para no oírme.

Mis amigos empezaron a llegar. Primero Héctor y Víctor.

—Víctor, hay cierta jovencita de cabellos castaños que se muere porque bajas a desearle suerte —le dije con una media sonrisa.

—¿En serio? —dijo como con fastidio mirando a Lucía—. ¡No es más que una niña!

—¡No es una niña! Ya es una jovencita. Y tiene sentimientos. Vamos, ve a verla. No te matará ser un poco amable con ella —le dije, sabiendo que, si se negaba, a ella le rompería el corazón.

—Anda, ven conmigo —dijo Héctor—. Bajaremos juntos.

Aceptó a regañadientes. Una vez llegaron abajo, Irene y Lucía se acercaron. No sé qué le diría Víctor a Lucía, pero esta sonrió. Antes de marcharse, él le tocó la naricilla en un gesto cariñoso. En el fondo era buen tío.

Cuando subieron venían acompañados de Izan y Eloy, que también se habían acercado a desearle suerte a Sofía y Carla.

Probablemente habría gente fijándose en nosotros. Y muchos se frotarían los ojos como creyendo no haber visto bien. Cinco chicos jóvenes, y muy altos, en la primera fila de unas gradas repletas de padres, madres, abuelas y hermanos y hermanas animando a las chicas. Resultaba cuanto menos, curioso. Me imaginé a más de uno pensando: “Estos se han equivocado de pabellón hoy, y alguien debería decírselo”.

Todas estuvieron estupendas. Carla, Sofía y Lucía salían en la primera parte. Tenían un ejercicio de cintas. Su tema musical era “La Vals d’Amelie”, y llenaron el pabellón de magia. Estaban perfectamente sincronizadas y su ejecución fue perfecta. Su nota, un 17,500, las catapultó al oro en tríos. Irene nos hizo vibrar a todos con el tema “Thriller” de Michael Jackson, en un ejercicio de mazas. Salvo un par de leves fallos estuvo casi perfecta, logrando una magnífica nota, que la situaba, por el momento, en primer lugar.

Lili era la penúltima. Salió a la pista y se hizo el silencio. Con las primeras notas de Sia comenzó su ejercicio, con una precisión, una elegancia y una seguridad que dejó a todos los allí

presentes sin aliento. Delante nuestra, los jueces vigilantes, atentos a cualquier detalle. Cuando terminó aún hubo un segundo de silencio antes de que el pabellón pareciera venirse abajo con los aplausos y gritos de ánimo de todos los allí presentes. Lili saludó, salió de la pista y corrió hacia Marina, su entrenadora, que la abrazó emocionada. En el momento de escuchar la nota la vi contener el aliento. Dificultad: 10,000. Ejecución: 9,500. La nota perfecta. Lili temblaba de emoción.

La última en salir fue Judit. Lili se lo había puesto realmente difícil, pero al empezar el ejercicio demostró estar a la altura y ser una rival muy fuerte. Sin embargo, en una de las últimas recogidas, se le fue la cinta al suelo. Su nota final: 17,350.

Lili se echó a llorar de emoción. Acababa de proclamarse campeona de la Comunidad Valenciana.

Tras la entrega de trofeos y medallas, y la sesión de fotos en el Photocall, bajamos a felicitarlas.

Lili abrazaba a un hombre rubio de ojos verdes que la levantó en volandas y dio un par de vueltas con ella.

“¡Enhorabuena pequeña!” le decía. Supuse que era su padre.

Lili me vio y pataleó un poco para que su padre la soltara.

—Papá, ¡suelta! Quiero presentarte a alguien —dijo mirando hacia donde yo estaba—. Papi, este es Jota. Jota, él es Rafa, mi padre.

—Encantado —le dije—. Tiene una hija increíble.

—Sí, realmente lo es. Tú eres uno de los amigos de Elia, ¿verdad? ¿Uno de los que juega al baloncesto?

—Sí, así es. Si quiere la próxima vez que juguemos le daré a Lili una entrada de más para que venga a vernos.

—Claro, si son dos mejor, puede que vaya acompañado —me dijo.

—Papi, sé que te prometí que si ganaba iríamos a celebrarlo juntos, pero... ¿te importa que me quede con las chicas? Prometo compensarte otro día, ¿vale? —dijo Lili en ese momento.

—Está bien, pequeña. Ve a celebrarlo con tus amigos.

Lili cogió mi mano, gesto que no pasó desapercibido para su padre, que me miró con gesto interrogante. Hice como que el primer sorprendido era yo.

—¡Vamos a comer! —Lili estaba exultante. "¡Cualquiera le decía que no!" pensé.

11 EL DÍA DE MI CUMPLEAÑOS

Se acercaba la Semana Santa, que aquel año caía algo más tarde de lo habitual. Así que aquella semana en el instituto, era de exámenes. Entre los estudios y los entrenamientos, Jota y yo apenas habíamos tenido tiempo de estar juntos. Salvo momentos fugaces al llegar o salir del pabellón.

Todas las noches hablábamos por teléfono antes de dormir. Hablábamos de lo que habíamos hecho en clase, de los entrenamientos, de los partidos... Del Campeonato Nacional que tendría lugar en Cuenca en menos de diez días. De mis miedos, de sus ilusiones. De nuestros sueños. Nuestras conversaciones se iban alargando, y cada vez eran más íntimas, hablábamos de sentimientos, de anhelos, de deseos. El jueves por la noche me descubrí confesándole que la noche anterior había soñado con él, con sus caricias. Él me dijo que una vez leyó que “Si un beso no te deja con ganas de arrancarle la ropa, no es un buen beso”. Y que conmigo siempre habían sido buenos besos. Si alguien me hubiera visto en ese momento habría afirmado con seguridad que tenía fiebre. Tenía las mejillas sonrosadas y mi piel ardía. Hacía ya días que me despertaba así, de madrugada, entre sueños húmedos y agitados.

El viernes por la noche, tras el entrenamiento, nos habíamos quedado los nueve en la cafetería del pabellón (Lucía no había podido quedarse aquella noche) para ultimar los detalles del cumpleaños. A las cuatro y media vendrían los chicos a recogernos a mi casa con los dos coches. Todas las cosas y comida necesarias estaban ya compradas y preparadas. Habíamos decidido llevar sacos de dormir por si se nos hacía algo tarde. Más que nada porque los Arenales era un lugar precioso para observar las estrellas, y estábamos en abril. Aunque ya empezaba a hacer calorcito, por las noches aún refrescaba.

Y llegó el día once, mi decimoctavo cumpleaños. Como al día siguiente no teníamos competición, Marina nos había dado el día libre. Así que me desperté algo más tarde de lo que venía siendo habitual. ¡Me hacía tanta falta!

Mi primer regalo de cumpleaños vino a saludarme a la habitación. Se subió de un salto a la cama y se puso a darme lametones con su pequeña lengua pegajosa. Era una preciosa cachorrita de bóxer. Mi madre y yo adorábamos los perros, pero desde que ella se fue, no había conseguido que mi padre me dejara tener ninguno. La cogí en brazos y me dirigí a la cocina, dispuesta a comerme a besos a mi padre, al que encontré preparando tortitas, mi desayuno favorito.

—¡Papiiiii, me encanta! ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero? —Me lancé a sus brazos.

—Eyyyy, calma, pequeña —me dijo entre risas—. ¿Ya has pensado un nombre?

—Sí, se va a llamar Alina —dije convencida. Alina Kabaeva había sido la gimnasta que había hecho que yo me dedicara a la gimnasia rítmica. Con apenas tres años podía pasarme horas y horas viendo sus ejercicios en la televisión—. ¿Te gusta?

—Bonito nombre, sí —confirmó mi padre. Y miró el reloj—. Deberías vestirte.

Miré el reloj, sólo eran las diez de la mañana.

—¿A qué viene tanta prisa? Sólo son las diez.

—Bueno, tu segundo regalo está a punto de llegar. No querrás que te sorprenda en pijama, ¿verdad?

Miré entonces la montaña de tortitas de mi padre y pensé que había demasiadas ahí.

—¿No estás haciendo demasiada comida, papi?

Se rió.

—Anda, hazme caso y ve a vestirte.

Fui a mi habitación, dejé a la perrilla en el cesto que había puesto mi padre en mi cuarto, y me puse unos vaqueros y una camiseta de hombros caídos algo vieja. “Tampoco creo que haga falta mucho más para recoger un paquete” pensé. Estaba recogíendome el pelo en un moño semidesecho cuando sonó el timbre.

—¿Puedes ir tú, cariño? —preguntó mi padre desde la cocina.

—Claro.

Abrí la puerta y me emocioné al ver un precioso ramo de rosas rojas. Lo cogí, sorprendiéndome doblemente al ver que el repartidor no era otro que Jota.

—¡Feliz cumpleaños, princesa!

Me había quedado sin habla. ¿Jota? ¿Qué hacía allí? ¿Y cómo sabía mi padre que iba a venir?

—¿Vas a quedarte así de pasmada mucho tiempo? Tengo hambre, y me han dicho que para desayunar hay tortitas —afirmó divertido.

—No, perdona. Pero... ¡pasa! ¡Muchas gracias, Jota! ¡Son preciosas! —Por fin había podido reaccionar.

Jota se agachó a saludar a Alina, que había salido al oír el timbre, a curiosear.

—No me habías dicho que tenías una perrita —me dijo mientras yo cerraba la puerta.

—Es que no la tenía. Ha sido mi primer regalo de cumple —confesé.

—¡Vaya! ¡Se me han adelantado! —dijo con pena—. Por cierto, hay una notita —añadió

refiriéndose a las rosas.

Se levantó y fue en dirección a la cocina. Imagino que la encontró por el olor a café recién hecho que salía de allí.

“Dieciocho rosas rojas para la chica más bonita de Alicante. Una por cada año de vida. Una por cada beso que espero que me des esta noche. Te quiero.”

—¡Buenos días, Rafa! —saludó a mi padre—. ¡Huele estupendamente por aquí!

—Buenos días, Jota. ¿Café? —preguntó devolviendo el saludo.

—Sí, por favor. Con mucho azúcar.

Yo miraba alucinada a uno y a otro, tratando de encontrar algún sitio donde dejar las rosas. ¿Por qué esa familiaridad entre ellos? ¿Desde cuándo lo tenían preparado?

—Tu chocolate, pequeña —dijo mi padre poniendo una taza frente a mí, que me estaba sentando en uno de los taburetes de la cocina—. Jota, siéntate a su lado si quieres, en un minuto está el café.

Cogí una tortita. Le puse mermelada de fresa y un poco de nata montada.

—¿Y esto? —pregunté a Jota señalándole a él, a mi padre y el desayuno. No entendía nada de nada.

—Bueno, le he conseguido a tu padre seis entradas para ver el España-Francia de baloncesto y creo que ha decidido que llevarse bien conmigo era buena idea —dijo riendo—. Y me parece que las tortitas y la oportunidad de desayunar contigo el día de tu cumpleaños, son su manera de darme las gracias. Aunque creo que debo dárselas yo a él. ¡Estás preciosa!

Le di un bocado a mi tortita, pensando que no podía haber empezado mejor el día. Un poco de nata me manchó el labio superior, y, aprovechando que mi padre estaba de espaldas, Jota aprovechó para limpiármela con un beso rápido. Me equivocaba. “Mi día acaba de mejorar”.

Una hora más tarde Jota se marchó a casa. Me dijo que tenía que ultimar algunas cosillas para la tarde, y me prometió que a las cuatro y media estaría allí con los chicos.

Aproveché entonces para darme una ducha y ponerme guapa. Quitar pelillos rebeldes, mascarilla para el pelo... todas esas cosas. Como íbamos a estar cerca de la playa me puse el bikini. Si la tarde se mantenía tan buena como estaba siendo la mañana, podríamos tomar el sol un ratito. Saqué del armario un short vaquero y una camiseta de manga corta. Estábamos en abril, pero a esa hora los termómetros ya marcaban veinticinco grados.

A las doce y media volvió a sonar el timbre. “¿Más sorpresas?”. Y sí, lo eran. Mis cuatro amigas, mis locas del alma, estaban tras la puerta, sosteniendo una caja de regalo enorme y una

pancarta que ponía: “Feliz 18 cumpleaños. Por fin podrás sacarte el carné de conducir, votar, entrar en cualquier discoteca y sobre todo... correrte una súper juerga con todas nosotras, porque... ¡Ya eres mayor de edad!”

—Con que una súper juerga, ¿eh? No sé, no sé, ¡conociéndoos igual acabamos en comisaría!

¡La que se montó en un momento! Todas querían ser las primeras en felicitarme. Entre risas y abrazos llegamos al salón, donde nos tiramos en el sofá.

Alina llegó corriendo desde mi cuarto y se abalanzó sobre mí.

—¿Y esta preciosidaaaaad? —dijo Luci arrebatándomela de los brazos y haciéndole carantoñas.

—Es Alina, me la ha regalado mi padre —dije enamorada.

En ese momento, él se asomaba a la puerta.

—¡Hola chicas!

—¡Hola Rafa! —contestaron todas más o menos al unísono.

—La perrita es preciosa, Rafa. Va a ser difícil competir con ese regalo —dijo Irene apenada mirando la enorme caja.

—Bueno que, ¿no vas a abrirlo? —dijo impaciente Carla en cuanto mi padre hubo desaparecido por el pasillo.

—¡Siiiiii! —exclamé entusiasmada—. Aunque ya sabéis que no teníais por qué regalarme nada. El que estéis aquí conmigo es mi mejor regalo.

—Venga, tonta, ¡te va a encantar! —dijo Sofía—. Además, en realidad parte del regalo es para nosotras.

Irene le lanzó una mirada de advertencia “¡Bocazas!” musitó.

Cogí la caja, la puse sobre mi regazo y la abrí. Había unos cuantos paquetes más pequeños dentro. Cogí el primero, un sobre verde con una L blanca pintada. Dentro, una nota:

“Sí, sabemos que puedes tener mucho peligro al volante. Así que, como queremos caminar por la calle seguras, te regalamos la matrícula de la Autoescuela”

—Jajaja, ¡sois únicas! —les dije—. Muchas gracias.

Cogí el siguiente paquete. Una caja rectangular. También llevaba una nota:

“Aunque te hayas hecho mayor de edad, para nosotras nunca dejarás de ser aquella niña que conocimos hace catorce años dando brincos en Gimnasia”

Al abrirlo me emocioné. Era una Nancy de Gimnasia Rítmica que siempre me había encantado.

Mi madre iba a regalármela por mi cumpleaños justo el año que murió. Una lagrimita resbaló por mi mejilla.

—¿Cómo os puedo querer tanto?

El tercer paquete era algo más pequeño y blandito. Mis amigas se reían por lo bajinis. Leí la nota:

“Para todo hay una primera vez. Y quizá esta llegue pronto.”

Al abrirlo creí morir de vergüenza. Tenía en las manos un precioso (y tremendamente sexy) caftán de encaje de seda blanco. Y entre los pliegues del papel una caja de preservativos.

Me tapé la cara, ahora roja como un tomate, con las manos.

—¡Os voy a matar! —acerté a decir, escondiéndolo rápidamente en la caja por miedo a que mi padre lo viera.

—En realidad, creo que esto es más regalo para Jota que para ti —dijo Carla cachondeándose de mí.

—Sois una panda de brujas. ¡Y ni soñéis con que yo me vaya a poner eso! —dije señalando el paquete dentro de la caja.

—Oh, sí, sí lo harás —dijo Irene convencida entre risas.

—Venga, ¡abre el último! —Lucía era la única que, a parte de mí, estaba sonrojada.

Cogí el último paquete, que resultó ser otro sobre, que cómo no, también contenía una nota.

“Sabemos que el próximo fin de semana es muy importante para ti. Y no queremos perdérselo por nada del mundo. Así que, hemos decidido que este último regalo va a ser: Nuestra compañía”.

Dentro del sobre había una reserva para una habitación triple en el mismo hotel de Cuenca donde me iba a hospedar durante el campeonato y cuatro pases para los tres días. Mis amigas sabían que me daba miedo el salir fuera y decidieron que, si estaban conmigo aquellos días, sería como estar en casa.

—¡Yo me pido compartir habitación con Lili! —dijo enseguida Lucía—. ¡Qué Irene ronca!

—¡Ey! ¡Eso es mentira! —contestó ésta arrojando un cojín a la más pequeña.

—¡Sois las mejores! ¡Os adoro! —Ya casi se me había olvidado la vergüenza que me habían hecho pasar minutos antes.

Nos fundimos las cinco en un súper abrazo.

—Bueno, y ahora... ¡A comer! —dijo Sofía—. Irene, ve pidiendo la comida, ¡hoy invitamos nosotras!

A las dos, mis amigas, mi padre y yo, disfrutábamos de la comida china que las chicas habían pedido. Sabían que era mi favorita, y ese día, dijeron, iba a ser especial para mí. Lo que no sabía era hasta qué punto.

12 LA HORA BRUJA

A las cuatro y media aparcábamos frente al portal de Lili. Yo iba con Víctor, y Eloy e Izan en el coche de Héctor. Llevábamos en los maleteros todas las cosas que habían preparado las chicas para la celebración del cumpleaños.

Bajé y llamé al timbre. Contestó Rafa:

—¿Sí?

—Rafa, soy Jota. ¿Están las chicas preparadas?

—Sí, ahora mismo bajan—contestó él.

—¡Gracias!

—Otra cosa, Jota... Andar con cuidado, ¿vale?

—No te preocupes, Rafa. Cuidaremos de ellas.

Cinco minutos más tarde nos acomodábamos en los coches. Lili, Carla y Lucía con Víctor y conmigo. Irene y Sofía con los demás.

Tardamos una media hora en llegar a la zona de Barbacoas de Arenales. Habíamos tenido suerte y no había aún nadie, así que pudimos elegir una de las mejores mesas, las que tenían forma circular.

Tras las felicitaciones de todos a Lili, descargamos los coches, dejando la comida sobre la mesa y las cosas necesarias para la barbacoa junto a estas. Era temprano, así que las chicas decidieron acercarse a la playa a tomar un poco el sol mientras nosotros vigilábamos todas las cosas.

Izan sacó un par de barajas de cartas.

—¿Jugamos al Chinchón?

—Vale —contestó Víctor.

—Yo también me apunto —añadió Eloy.

—Y yo —dije—. ¿Juegas Héctor?

—¿Tengo elección? Porque preferiría ir a espiar a las chicas —dijo sentándose alrededor de la mesa.

—¡Eres incorregible! —le dije, aunque me pareciera tentadora la idea.

—Mataría por ver a Sofía en bikini —añadió Izan.

—Si está la mitad de buena que Irene...—dijo Héctor.

—¿Es que no os habéis aburrido ya de verlas en maillot? —dijo Víctor—. ¡Pues sí es lo mismo!

—No, no lo es —aclaró Héctor—. Irene está cañón con su maillot de gimnasia, ¡pero desnuda es una diosa!

Izan, que era el más joven de todos, preguntó:

—¿Pero es que vosotros ya...?

—Anda, ¡pues claro! —contestó Héctor—. Y así, en confianza, ¡no sabéis lo que mola hacerlo con una chica tan elástica!

—Jota —dijo Eloy, mirando en mi dirección—. ¿Tú y Lili...?

—No —contesté sabiendo a lo que se refería—. Y no tengo ninguna prisa. A ver, no os voy a engañar. Me muero de ganas. Cada vez que nos besamos, cada vez que nos tocamos... saltan chispas entre nosotros. Pero... estoy casi convencido de que para ella sería su primera vez. Y quiero que sea especial.

—Jajaja —rio Víctor —Jota se nos ha vuelto romántico.

—¡Idiota! —le dije—. Al menos yo tengo alguien en mi vida por la que vale la pena esperar. Tú vas por ahí, acostándote con la primera que se te cruza, y luego “Si te he visto no me acuerdo”. Eres incapaz de ver más allá de unas tetas o un culo bonito, y no te das cuenta de que hay chicas que ven en ti algo más que un trofeo —contesté pensando en la dulce Lucía.

—Niñas —contesto él, sabiendo por donde iban los tiros.

Le ignoré.

—Entonces, ¿chinchón o chicas? —dijo Héctor.

—Vayamos a ver cómo están las chicas. Ya no me apetece jugar al chinchón —dije yo.

Víctor y Eloy se quedaron en la mesa. Izan, Héctor y yo, nos acercamos a la playa.

—Estas preciosidades necesitan escolta, ¿no creéis? —dijo Héctor sentándose en la arena junto a la toalla donde Irene tomaba el sol.

Izan se quitó la camiseta, provocando la inmediata atención de Sofia, y se sentó a los pies de su toalla.

—Hace calor aquí, ¿verdad? —dije yo deshaciéndome también de la camiseta.

—Mucho —contestó Lili, mordiéndose el labio inferior y fijando su mirada en mi pecho desnudo.

—¿Víctor no viene? —preguntó Lucía.

—No, se ha quedado con Eloy. Alguien tenía que vigilar las cosas —dije mirando compasivamente a la chica. “Quizás debería decirle a Lili que hablara con ella” pensé. No me gustaría que la chica se hiciera ilusiones y Víctor acabara de romperle el corazón.

—Oh, vaya —susurró ella.

—Nosotras ya estábamos pensando en volver, ¿verdad? —dijo Irene—. Ya está bajando el sol. En nada empezará a refrescar.

—Sí, es verdad. ¿Nos vamos? —dijo Lili.

—Venga, vamos.

Las chicas se pusieron sus ropas y volvimos al merendero. Eloy y Víctor charlaban. Víctor parecía pensativo. ¿De qué habrían estado hablando?

Media hora más tarde comenzamos a hacer el fuego, y a las nueve ya estábamos todos sentados alrededor de la comida, que era mucha y estaba realmente buena. “¡Hay que ver cómo comen estas chicas!” pensé divertido. Desde luego, con ellas había pocos clichés que se cumplieran.

Una vez terminamos de cenar, Irene sacó un bizcocho de chocolate con dieciocho velas. No nos habíamos atrevido con una tarta por miedo a que se pusiera mala. A Lili le hizo mucha gracia aquello. Después, servimos unas copas de champán. Casi ninguna de las chicas bebía, pero había que brindar, así que todos cogimos una.

—¡Porque tengas un año muy feliz! —dijo Sofía.

—Y porque los próximos años podamos seguir celebrándolo juntos —añadí yo.

Entre risas, regalos, música y copas de champán, nos dieron las doce. Mis amigos habían comprado a Lili un par de libros de la colección Olympia, de Almudena Cid. También una camiseta para entrenar con su nombre en letras plateadas en la espalda.

—Es la hora bruja —dijo Carla mirando el reloj.

—Mirad, casi no hay luna —añadió Eloy—. El cielo se ve precioso con tantas estrellas.

—Lili, ¿te gustaría que cogiéramos unos sacos y fuéramos al claro de allí a contemplarlas? —pregunté.

—Sí, me encantaría —contestó ella.

Héctor e Irene hacía rato que se habían separado de los demás. Imaginé que buscando algo de intimidad.

Sofía estaba recostada sobre Izan, que se apoyaba de espaldas a la mesa, tapados ambos con una manta de lana.

Me acerqué al coche de Víctor, cogí un par de sacos, y tomando de la mano a Lili nos alejamos un poco de los demás, buscando un claro entre los árboles para poder tumbarnos a admirar las estrellas. Unimos dos sacos por las cremalleras, haciendo uno más grande, y nos refugiamos dentro. Lili se apoyó en mi pecho.

—Creo que esta es la mejor música del mundo —dijo entonces.

—¿Cuál? ¿La canción de Sergio Dalma? — pregunté extrañado refiriéndome a la melodía que llegaba del radiocasete que habían traído y que estaba sobre la mesa.

“Tú y yo somos el mundo entero,
por qué tenerle miedo,
si no hay nada más grande,
más grande que el fuego
entre tú y yo.
Que con una mirada,
ganamos la batalla,
no intentes evitar,
lo que ya no se puede parar,
lo que ya nadie puede frenar,
lo que tú y yo tenemos”

Canté.

Ella sonrió.

—¡Ey, no me habías dicho que cantabas tan bien! Tienes una voz muy bonita. Pero no, no me refería a eso, sino al latido de tu corazón.

Sonreí, mirando al cielo.

—¡Mira! Una estrella fugaz. Corre, pide un deseo —le dije—. ¿Ya?

Ella me miró, con ojos anhelantes.

—Ya. ¿Tú crees que se cumplirá? —susurró con la voz entrecortada.

—No lo sé, quizás si lo deseas con mucha fuerza...

Nos miramos. Lili temblaba abrazada a mi cuerpo.

—¿Tienes frío? —le pregunté. Negó con la cabeza.

Entonces nos besamos, y sentí como su mano se perdía bajo mi camiseta, acariciándome el torso. Empecé a sentir calor de nuevo.

Nuestros besos se intensificaron. Mi lengua rozaba la suya y mis manos acariciaban su espalda. Sin dejar de besarme, Lili tomó unas de mis manos y la guio hacia su pecho. La acaricié por debajo de la tela del bikini. Sus pezones se endurecieron. Entonces ella bajó su mano, deslizándola por debajo de la cinturilla de mi pantalón, tocándome por encima de la ropa interior. Estaba duro, excitado.

—Lili —susurré ahogando un gemido contra su cuello.

—Jota, yo... Déjame tocarte.

—Aquí no, princesa. Yo también tengo muchas ganas, pero nos arrepentiríamos después. Quiero hacerte el amor. Pero no aquí. No rodeados de gente.

—¡Te deseo tanto! —se quejó.

—Y yo. Eres preciosa. Perfecta. Y te quiero. Quiero tenerte. Pero... creo que no es el momento. Y, además, ¡ni siquiera tenemos un condón! —Sonreí nervioso.

—Yo sí. —Se sonrojó y sacó uno del bolsillo de su pantalón—. Regalo de mis amigas —dijo riéndose.

Empezamos a relajarnos con nuestras risas.

—Lo guardaremos para otra ocasión. Por cierto, hablando de regalos —le dije—, ya ha pasado tu cumpleaños y aún no te he dado el mío.

—¿Cómo qué no? Esta mañana, las rosas.

—Bueno, eso sólo era parte. ¡Aún hay más! —dije sacando un sobre doblado de mi pantalón.

Ella lo miró. Tenía impreso por uno de los lados el nombre de un hotel: la Posada San José de Cuenca. El mismo hotel donde ella dormiría durante el Campeonato Nacional. Dentro, había una reserva para una habitación doble.

—Yo también quiero estar allí contigo, Lili —dije—. Las chicas me dijeron donde era y... aún quedaban habitaciones libres.

—Pero eso es... ¡genial!

—No pensabas que te iba a dejar enfrentarte a tus miedos sola, ¿verdad? —añadí, dándole un beso.

—Gracias Jota. ¡Te quiero!

13 ¿QUIÉN DIJO QUE ERA UN MAL NÚMERO?

Aquella semana estaba pasando demasiado deprisa. Salía a las siete y media de la mañana de casa para ir al instituto y llegaba cerca de las diez de la noche, completamente agotada tras casi cinco horas de entrenamiento. Jota se quedaba hasta tarde en el pabellón para acompañarme a casa todos los días.

El miércoles fue el último día de clase antes de las vacaciones de Semana Santa, y aunque el jueves no tendría que madrugar para ir al Instituto, había prometido a Marina que iría a entrenar un rato también por la mañana. Estábamos sentados en las escaleras del portal, yo recostada sobre Jota, que masajeara mi espalda dolorida.

—Me duelen hasta las pestañas —me quejé.

—Estás trabajando demasiado, pequeña.

—Ya queda menos. Después del Nacional tendré unas merecidas vacaciones. Y entonces podré devolvarte todas las horas que has estado pendiente de mí —dije girándome hacia él.

Nos dimos un último beso apasionado, que encendió fuego en mi piel. Cada vez nos costaba más despedirnos, y en cuanto me metía en la cama nos enganchábamos al WhatsApp. Nuestros mensajes cada vez eran más atrevidos.

Miré la pantalla que se había encendido avisando de un mensaje entrante:

~Hubiera dado un mundo por meterme en la ducha contigo esta tarde, y acariciarte desnuda bajo el agua caliente.

~Seguro que hubiera calmado mi dolor mejor que cualquier masaje —contesté.

Al tiempo que había ido avanzando la semana lo hacían también mis nervios. Por la competición. Por el viaje. Por el hecho de que Jota y yo dormiríamos en el mismo hotel, a pocos metros de distancia, y quién sabe si acabaríamos compartiendo habitación. Al fin y al cabo, él había hecho una reserva en una habitación doble. Mil preguntas bullendo en mi cabeza. ¿Sería mi primera vez? ¿Cómo sería? Sabía que Jota ya había estado antes con otras chicas y temía no estar a la altura. Para mí sería especial... ¿lo sería también para él?

El jueves fue día de stress total. Entrené mañana y tarde. Aquel día Jota no me había acompañado porque estaba preparando la maleta, cosa que tuve que hacer yo en apenas una hora antes de irme a la cama. Al día siguiente saldríamos muy temprano. Mi padre se había pedido unos días en el trabajo, así que íbamos a ir todos con él.

Cogí toda mi ropa de entrenamiento, incluida la camiseta que me habían regalado los chicos de baloncesto. Esperaba que me diera suerte. También un par de vaqueros, camisetas, y algún jersey

algo más gordito, ya que la temperatura de Cuenca no era la de aquí. Dudé al ver el caftán, aún medio envuelto en el papel de regalo. ¿Debía cogerlo? Sabía que mis amigas me preguntarían por él, así que finalmente lo metí en la maleta.

La pantalla del móvil se iluminó.

~Hola princesa. ¿Nerviosa?

~Mucho.

~Pues no lo estés. Voy a estar contigo en todo momento.

~No sé si eso me pone más nerviosa aún —contesté añadiendo un emoticono sonrojado.

~Jajaja. Buenas noches. Intenta dormir. Nos vemos en unas horas.

A las siete y media nos acomodábamos en el coche. Irene junto a mi padre. Sofia, Lucía y Carla, en los asientos intermedios. Y Jota y yo juntos en los de detrás.

—¿Listos? —dijo mi padre, lanzando una miradita por el retrovisor.

—¡Vamos! —añadí. Estaba atacada de los nervios. Jota apretó mi mano en un gesto reconfortante.

Nuestra idea era llegar sobre las once, deshacer las maletas, descansar un poco y comer algo antes de la primera toma de contacto en el pabellón. A las seis habría una primera sesión de entrenamientos.

El viaje pasó bastante rápido, amenizado por las “Five Sisters”, que nos cantamos todo el repertorio de Cadena Dial.

—Desde luego —dijo Jota—, seréis las mejores gimnastas. ¡Pero no os presentéis nunca a La Voz!

—¡Capullo! —le dijo Carla girándose.

—¿Qué? ¡Si hasta me habéis provocado dolor de cabeza! —contestó riéndose.

A las once, tal y como habíamos previsto, aparcábamos frente a la Posada San José, un precioso edificio del siglo XVII con vistas al desfiladero del río Huécar. En la puerta nos recibió una entusiasmada Marina, que había llegado hacía casi una hora con Victoria, que era la otra gimnasta del club que competía en el Nacional.

—¡Venga! A las cuatro y media nos vemos aquí —nos dijo mirándonos a Victoria y a mí. A esa hora saldríamos en dirección al pabellón.

Subimos a nuestras habitaciones. Lucía y yo compartíamos una que tenía dos camitas pequeñas,

en el segundo piso. Al otro lado del pasillo la habitación sencilla de mi padre. Después de deshacer las maletas, Lucía y yo bajamos al primer piso, donde estaba la habitación de las otras chicas, una con una cama enorme donde dormirían las tres. Me tiré en plancha sobre ella, admirando las preciosas vistas de su terraza.

—¿Has visto ya la de Jota? —preguntó Sofía.

—No, aún no sé dónde está —contesté, sintiendo cosquillitas en el estómago.

—Creo que ha entrado en la de al lado —añadió Irene—, la número 13.

—Luego iré a verla —dije, intentando que mis amigas no notaran mis ganas—. Imagino que aún estará colocando sus cosas.

—Pues no, estamos aquí— corrigió Jota, que entraba en ese momento con mi padre en la habitación.

—¡Guau! ¡Menudas vistas, chicas! —exclamó mi padre dando un silbido y asomándose a la pequeña terraza. Aquel edificio era una de las famosas casas colgadas, y la verdad es que la panorámica de la Hoz desde allí era impresionante.

—¿Salimos a dar un paseo por los alrededores? —propuso Carla—. ¡Todo es tan bonito!

—Claro —dijo mi padre—. Y podemos buscar algún sitio donde comer algo antes de que Lili vaya al entrenamiento.

—¡Qué poquitas ganas! —dije yo, mientras degustaba un sándwich mixto, sentada en la terraza de aquella cafetería frente a la Catedral.

—¿De qué, cielo? —preguntó mi padre, que tomaba una cerveza fresquita.

—Pues de ir con Victoria esta tarde. Sería más divertido un funeral.

Mis amigas se rieron.

—Anda, peque, no te agobies. Será sólo un ratito —dijo Jota—. Es una pena que hoy no podamos acompañarte, pero ya mañana estaremos contigo.

—¿Qué haréis vosotros mientras? —pregunté yo.

—Yo... ¡dormir! —exclamó enseguida Sofía—. Me habéis hecho madrugar mucho hoy...

—¡Siempre estás igual! ¡Dormilona! —dijo Irene con la boca llena.

—Pues yo creo que daré un paseo por aquí por el Casco Antiguo —dijo mi padre—. Me parece una ciudad fascinante.

—Yo me apunto a eso— dijo Jota.

—¡Y nosotras! —exclamaron al unísono Carla, Irene y Lucía.

—Está bieeeeeennn, yo también iré —dijo Sofía—. No me pienso quedar sola en el hotel. Será muy bonito, pero a mí me da un poco de yuyu.

—¡Dormilona y miedosa! —se burló Carla.

—¡Bruja! —contestó Sofía sacándole la lengua.

—No peleéis, chicas —añadió mi padre—. O tendré que ponerme serio —dijo conteniendo la risa.

—Vale papaaaaaaaá —dijo Carla guiñándole un ojo.

A las cuatro y media subíamos al coche de Marina para ir al polideportivo. Estábamos comentando lo bonito que era el hotel elegido, cuando, sin venir a cuento, Victoria soltó:

—Yo lo que no entiendo es por qué ha tenido que venir al hotel ese chico, Jota.

—Pues... —iba a contestar yo de malas maneras, cuando Marina me interrumpió.

—Ha venido porque es amigo de Elia y quiere animarla. Todo el que quiera puede venir a apoyarnos en la competición, siempre. Y lo sabes. Y tú no eres quién para juzgar dónde se debe quedar —contestó a Victoria—. Espero que tu reacción no sea una muestra más de tus celos, porque estoy harta de ellos. Sois compañeras y debéis apoyarnos. La envidia, en este club y en esta vida, no te va a llevar a ninguna parte.

En ese momento, y si no fuera porque iba conduciendo, hubiera besado de la emoción a mi entrenadora. No me imaginaba que se fuera a poner de mi parte, la verdad. De hecho, pensaba que a ella tampoco le hacía ninguna gracia que Jota estuviera por allí.

A las cinco entrábamos en el pabellón. Me llamó la atención lo grande y luminoso que era, en comparación con el espacio tan reducido del que solíamos disponer en el club. Las moquetas ya estaban listas, y algunas gimnastas calentaban sobre el tapiz. Bajamos a los vestuarios a cambiarnos para comenzar cuanto antes. Marina nos daba indicaciones a ambas, que ensayábamos nuestras coreografías cada una en una punta de la pista, hasta las ocho que dimos por finalizado el entrenamiento.

—Y entonces, Marina me defendió —les conté, divertida ante las caras de sorpresa de mis amigas.

Habíamos bajado a la terraza del restaurante del hotel a cenar. Sentados a la mesa, mi padre, Jota, mis cuatro amigas y yo.

—¿En serio? —dijo Luci—. No esperaba esa reacción de Marina.

—Ya, ni yo —contesté—. ¡Tendríais que haber visto la cara que se le quedó a Victoria! —dije

bajando la voz, al ver que se acercaba a la mesa de al lado.

Hizo un amago de saludo con la cabeza, y se sentó, sola, hasta que cinco minutos más tarde llegó Marina y se sentó con ella.

—Bueno, contadme —decidí cambiar de tema dada la cercanía de las mesas—. ¿Qué habéis visto esta tarde?

—¡Oh, Lili!, ¡hemos visto cosas preciosas! Cuenca es taaaaan bonita —dijo Sofia.

—¿A que no te arrepientes ahora de haber venido? —preguntó Carla.

—No, aunque si me hubierais dejado echarme una siestecita, hubiera estado mejor.

—Hemos visitado la Catedral, el Convento de la Merced, la torre de Mangana y el Puente de San Antón —explicó mi padre.

—Yo me he quedado con ganas de ir a ver la Ciudad Encantada. Podríamos ir a visitarla el domingo por la tarde, tras la competición —dijo Jota.

—Claro, si Marina no nos mata de agotamiento antes —dije riendo y levantando la voz, para que esta vez sí, me oyera.

—Rafa —contestó aquella dirigiéndose a mi padre—, si no la hago campeona de España siempre puede ser actriz. Se le da muy bien el drama.

Todos reímos, menos Victoria. “¿Por qué era incapaz de disfrutar siquiera un poco de la vida?”, pensé. “Siempre con cara de amargada”.

A las diez y media subimos a las habitaciones. Mi padre nos vigilaba de cerca a Jota y a mí, que apenas pudimos despedirnos con un beso rápido en la escalera.

—¡Buenas noches, chicas! —dijo Irene refiriéndose a Lucía y a mí, que seguimos nuestro camino escaleras arriba.

—Descansa cariño. —Mi padre me dio un beso en la frente y se marchó a su habitación, dejándonos en la puerta.

Una vez hubo entrado en su cuarto, cogí a mi amiga del brazo.

—¡Coge nuestros pijamas y vamos abajo con las chicas! —le dije—. ¡Estoy demasiado nerviosa como para dormir!

Llamamos a su habitación, y nos abrió la puerta una somnolienta Sofia, que ya se había puesto el pijama.

—¡Bien! —dijo Carla al vernos entrar—. ¡Fiesta de chicas!

—Creo que no voy a dormir esta noche —dije mordiéndome las uñas.

—¡Seguro que sí, tonta! —dijo Irene—. Sólo estás un poco nerviosa. ¿Quieres que baje a por una taza de leche caliente al bar?

—No. Sí. No sé. Es igual.

—Así me gusta, Lili. ¡Las cosas claras! —dijo Lucía riendo.

Mi móvil vibró en el bolsillo.

~*¿No puedes dormir?*

—Es Jota —dije mirando a mis amigas.

~*Nooooo. Estoy muy nerviosa.*

~*Me he subido una tila. Doble. Si quieres podemos compartirla.*

—Me ha dicho que ha pedido una tila y que la comparte conmigo. ¿Qué hago? —dije, mordiéndome el labio.

—¿Qué vas a hacer, boba? ¡Ir con él! —dijo Irene.

~*Haz caso a tu amiga Irene, es muy sabia* —escribió, añadiendo al final un emoticono riéndose.

~*Pero... ¿cómo puedes saberlo?*

~*Estáis en la habitación de al lado, la ventana está abierta, y puedo oiros.*

Me reí.

—¿Hacéis la fiesta de pijamas sin mí? —les dije.

—Claro. Pásalo bien. Y no te acuestes demasiado tarde —dijo Irene acompañándome a la puerta y guiñándome un ojo.

—Estooooo, ¿podríais cerrar la ventana? —pregunté así, distraídamente.

—Sí, ¡petarda! De todos modos, si vas a hacer ruido... ¡muérdele!

Salí al pasillo mientras Irene cerraba la puerta con una carcajada. Me reprendí a mí misma al ver, en un espejo que había en la pared, que estaba mordiéndome de nuevo las uñas. “Te saldrán muñones” pensé. En ese momento, la puerta de al lado, la de la habitación 13, se abrió. Jota, descalzo, aún en vaqueros y con una camiseta blanca me tendió la mano.

—¿Entras? —me preguntó.

Respondí que sí, mordiéndome el labio y tomando su mano. Estaba temblando. No él. Yo.

La habitación era impresionante. Tenía dos zonas diferenciadas. En la entrada, una mesita de madera y cristal, de forma hexagonal, con un par de sillas. En la pared del frente otra algo más

funcional, con una lámpara. La otra zona, separada de la primera por una pared baja y una barandilla de madera, la ocupaban una cama enorme, y a los pies, un silloncito doble y dos individuales y una mesita auxiliar, donde había una taza aún humeante.

—¡Guau! ¡Vaya habitación! —exclamé.

—Y eso no es nada... ¡tengo bañera de hidromasaje! —añadió él.

—Uff, pues no se lo digas a las chicas o las tendrás haciendo cola para entrar —dije riendo.

—No pensaba decírselo. Será nuestro secreto —añadió sentándose en el sillón.

Una única luz encendida junto a la cama, iluminaba la habitación levemente.

—¿Azúcar? —dijo haciéndome una seña para que me sentara a su lado.

—Sí, por favor. Dos —dije, descalzándome y recostándome en el sillón, con la cabeza sobre su hombro.

Me tendió la taza.

—Bebe, te calmará.

—Gracias.

—Pero guárdame un poquito. Yo también quiero.

—¿También estás nervioso? —pregunté.

—Un poco.

—¡Pero si tú no vas a competir! —exclamé divertida.

—No, pero siempre que estoy contigo me pongo nervioso.

Alcé la cabeza, girándome levemente para mirarle, y me mordí el labio.

—Me encanta que hagas eso, Lili.

—¿El qué? —pregunté, casi en un susurro. Sus ojos se veían de un verde súper intenso.

—Morderte el labio.

—¿Por qué?

—Porque me vuelve loco —susurró—. Y entonces me dan ganas de besarte.

—Pues bésame —le pedí.

Jota tomó la taza, la dejó sobre la mesita, y acarició mi mejilla, que ardía. Yo rodeé su cuello con mis brazos y me lancé a sus labios, que me recibieron sedientos. El aire que nos rodeaba se volvió más denso.

Jota se movió y tiró de mi rodilla, haciendo que quedara sentada sobre él, rodeándole con las piernas. Sentí sus manos en mi cintura, recorriendo mis costillas y siguiendo el contorno del sujetador, erizándose la piel. “No seas tímida, Lili” pensé. Y decidida, cogí el dobladillo de mi camiseta y tiré hacia arriba, deshaciéndome de ella. A continuación, tiré de la suya, que cayó en el sillón junto a la mía. Roja de vergüenza, me desabroché el sostén, y los tirantes resbalaron por mis hombros. Jota apartó los mechones de pelo que me cubrían y me rodeó con sus brazos.

—No te escondas, Lili. Eres preciosa —me susurró en el oído.

—Jota, yo... —quería decirle que era virgen, pero no conseguía articular las palabras.

—Shhh. Ya sé lo que vas a decirme. ¿Confías en mí?

Asentí, con la cara oculta en el hueco de su cuello y sin dejar de temblar. Sentía el calor en mi interior, en el vientre, aunque no supe si era debido a la tila que me había tomado con la esperanza de templar mis nervios, o al deseo.

—No tengas miedo, ¿vale? No voy a hacerte daño, te lo prometo.

Jota se incorporó un poco, y sin soltarme de sus brazos me llevó hacia la cama. Separó el nórdico, y me depositó con cuidado sobre el colchón. Mi corazón latía tan fuerte que apenas reparé en el ruido de la cremallera de nuestros vaqueros, que acabaron hechos un revoltijo en el suelo. Admiré el cuerpo de Jota casi desnudo, perfecto, y gemí al sentir su rodilla entre mis muslos, cuando se colocó sobre mí. Acerqué mi mano a su pecho para acariciarle.

—Jota, quiero...

—Dime, Lili —susurró mirándome a los ojos.

—Te quiero Jota, y quiero que seas el primero —dije.

Él volvió a besarme, agarrando mi cintura con una mano y bajándose con la otra las braguitas, que se deslizaron por mis largas piernas. Siguió depositando miles de besos por mi cuerpo, acariciando incansable mi piel desnuda que era fuego. Cuando sentí su mano ahí, entre las piernas, ahagué un gemido, estremeciéndome. Jota me acariciaba con suavidad, acostumbrándome a su tacto, excitándome.

Se separó de mí apenas un segundo, para coger un condón de la mesita. Se desnudó por completo y se lo puso. Entonces se colocó entre mis piernas, que le rodearon por la cintura con la misma fuerza con la que mis brazos rodeaban su cuello.

—Mírame Lili —musitó—. Mírame, por favor.

Clavé mis ojos en los suyos, sintiendo y compartiendo el instante en que los dos fuimos uno. En ese momento mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Te hago daño, pequeña? —me preguntó.

—No —dije en un susurro apasionado, arqueándome hacia él—. Es...maravilloso.

—Sí, Lili, lo es —gimió él.

14 AÑOS PERSIGUIENDO UN SUEÑO

El cielo violeta del amanecer empezaba a teñirse de rojo allá en el horizonte, sobre la Hoz del Huécar. “El sol no tardará en salir” pensé, sentado en el alféizar de la ventana de la habitación. Miré hacia la cama, donde Lili dormía profundamente, desnuda, echa un ovillo bajo las sábanas. Me daba pena despertarla, pero tenía que volver a su habitación antes de que su padre se diera cuenta de que no había pasado la noche allí.

Me senté a su lado, en el borde de la cama. Acaricié con mis labios su mejilla, sintiendo el sabor salado de las lágrimas que había derramado la noche anterior. Al disculparme por haber incumplido mi promesa de no hacerle daño, me dijo que había llorado de felicidad.

—Lili, princesa, despierta —susurré bajito. No quería asustarla.

Abrió los ojos, despacio, como si los párpados le pesaran.

—¡Buenos días! —dijo esbozando una sonrisa que llenó de luz la estancia.

—Está amaneciendo, cielo. Tienes que ir a tu cuarto antes de que tu padre se despierte, o nos matará. ¿Te encuentras bien?

—Ummm, ¡mejor que nunca! No quiero salir de esta cama jamás —dijo haciéndose la remolona.

—Venga, no quiero tener que abandonar mi carrera de deportista, ¡y no tendré más remedio si acabo con las dos piernas rotas! —exclamé entre risas.

—Y luego me dice a mí Marina que soy una “dramas” —rió ella—. Anda, ¿me acercas mi ropa?

Le ayudé a que se vistiera deprisa, aunque en el fondo lo único que quería era desnudarla de nuevo para llevarla a la cama. Después de pasar gran parte de la noche haciendo el amor con ella, aún seguía deseándola.

La despedí en la puerta con un beso, aunque no cerré la puerta hasta que la vi marchar escaleras arriba. Virgen, y a pesar de sus miedos, se me había entregado sin reservas y con total abandono. Entonces supe, con toda certeza, que me amaba casi tanto como yo a ella.

Una hora más tarde, compartíamos mesa y desayuno en el restaurante del hotel. Lili estaba radiante, a pesar de que ninguno de los dos habíamos dormido más de cuatro horas. Se había sentado a mi lado, y si su padre se distraía admirando el paisaje, o se levantaba para coger algo del buffet, ella aprovechaba para darme la mano bajo la mesa, o robarme un beso. ¡Qué bien sabían sus labios! Por cómo nos miraban las chicas, y las risitas, sabía que estaban al tanto de todo. Estaba convencido de que habrían sometido a Lili a un tercer grado de buena mañana. Al

menos ninguna tenía cara de querer matarme.

A las nueve de la mañana comenzaban de nuevo los entrenamientos, y a las cuatro de la tarde daría comienzo la clasificación para la final. Pero ese día Lili no estaría sola. Todos estaríamos allí arriba, en las gradas, apoyándola. Esperaba que la noche anterior no le pasara factura. Si algo no fuera bien, no me lo perdonaría nunca.

Los entrenamientos de la mañana transcurrieron sin incidencias. Lili parecía estar más viva que nunca. Todos sus pases fueron perfectos. Saltaba más alto que nunca, no falló en ninguna recogida y siempre dentro de tiempo. Marina estaba entusiasmada. Victoria no estaba demasiado acertada y acabó centrando todas las críticas de la entrenadora.

—Deberías hacer como Lili y dormir mejor. Ahora estarías más concentrada y descansada.

“Si ella supiera”, pensé sonriendo.

A las cuatro dio comienzo la competición oficial. Cuatro rondas de clasificación, en las que treinta y dos gimnastas de toda España competían por conseguir una de las ocho mejores notas, lo que suponía una plaza en la Final.

Victoria salió en la primera ronda. Los nervios y la presión le jugaron una mala pasada y cometió un error en los primeros diez segundos, lo que le llevó a realizar un ejercicio mediocre, muy por debajo de sus posibilidades y del rendimiento que había tenido a lo largo de la temporada. La baja nota obtenida la dejaba, muy probablemente, fuera de la final. Marina estaba visiblemente decepcionada. Victoria salió tan enfadada que no se percató, al pasar por la zona de calentamiento, que Lili se dirigía hacia ella, en una pirueta previa a una recogida.

—¡Cuidado! —chilló Marina.

Ambas chicas chocaron fuertemente, lo que desestabilizó a Lili, que, al caer, apoyó mal el pie izquierdo.

—Victoria, ¿se puede saber qué haces? ¿Es que no miras por dónde vas? —gritó irritada Marina, corriendo hacia Lili.

Desde la grada podíamos ver los esfuerzos vanos de Lili por levantarse. La miré, y vi que estaba llorando. “Me duele mucho” pude leer en sus labios.

Marina la ayudó, llevándola hacia el lateral del tapiz.

—Victoria, ¿Qué haces ahí parada? —exclamó la entrenadora—. Ve a pedir ayuda, ¡vamos!

Desde la grada, y sin poder hacer nada, seguíamos con incertidumbre cada segundo, angustiados. Dos minutos más tarde entraba ayuda médica. Pusieron un spray y un vendaje en el tobillo de Lili.

Victoria subió adonde estábamos en la grada.

—Yo... lo siento. No era mi intención, yo no quería hacerle daño a Elia —se disculpó.

Yo no lo tenía tan claro.

—¿Cómo está? —preguntó Rafa secamente.

—Parece una tendinitis. Habría que hacer más pruebas para descartar algo más grave. Los médicos le han aconsejado que se retire de la competición, pero ella está empeñada en salir.

—Si Lili dice que puede, es que puede —dijo su amiga Irene—. Y con lo cabezota que es, dudo mucho que alguien pueda hacerla cambiar de opinión.

—Aún tiene dos rondas por delante —añadió Carla—. Quizá en un rato se encuentre mejor.

En ese momento deseé estar abajo con ella para acompañarla. ¿Qué estaría pasando ahora por su cabeza?

Las gimnastas fueron pasando por el tapiz. El nivel competitivo era muy alto, y la final iba a estar muy reñida. Comenzó la tercera ronda. Y llegó el turno de Lili, que salía en quinto lugar. Las cuatro gimnastas anteriores habían estado magníficas. La vi cojear levemente mientras llegaba al lugar donde comenzaba su actuación. Rafa, las chicas, y yo, unimos nuestras manos, como si con aquel gesto pudiéramos infundirle fuerza y mandarle nuestra energía.

Y Lili volvió a obrar la magia. En ningún momento perdió la sonrisa, y, a pesar de que debía estar doliéndole una barbaridad el tobillo, hizo el ejercicio casi perfecto. Al terminar las cuatro rondas había obtenido la sexta mejor nota, por lo que estaba clasificada para la Final.

—¿Te duele? —pregunté.

Lili estaba recostada en el silloncito de mi habitación, y yo sostenía su tobillo con mis manos, masajeando levemente, tal y como me había indicado el médico. Había convencido a Rafa para que Lili cenara allí conmigo en lugar de bajar al Restaurante, para ahorrarle las escaleras. Después de cenar vendrían a por ella. Aún no me creía que no hubiera puesto pegas.

—No lo sé —admitió ella sinceramente.

—¿Qué? —pregunté mirándola intensamente. Al verla ahí recostada no podía evitar recordar la noche anterior.

—No sé si duele, Jota —dijo ella, sonrojada, como si fuera capaz de leer mis pensamientos—. Cuando me tocas —añadió suavemente—, es todo lo que siento. A ti, acariciándome.

Miré el reloj. Eran ya casi las once. Un silbido me avisó de un WhatsApp entrante. Era Irene.

~Le he prometido a Rafa que acompañaría a Lili a su cuarto, pero sé que ella me odiará para siempre si la saco de allí... Pórtate bien.

~Ah. Otra cosa. En la puerta acabamos de dejarte algo de ropa para ella. Buenas noches.

~Gracias. Os debo una. O mil —contesté, justo después de coger la mochila que habían dejado en el pasillo.

—Lili, ¿te preparo un baño caliente? Los médicos han dicho que el calor te haría bien.

—Pero... mi padre debe estar a punto de recogerme —protestó.

—Estoooo, creo que no. Por cierto, le debemos una a Irene —dije guiñándole un ojo.

Lili se sonrojó.

—Entonces... ¿voy a pasar la noche aquí? —preguntó, mordiéndose el labio.

—Si tú quieres, sí. ¿Quieres? —pregunté, temiendo que la respuesta no fuera afirmativa.

—¿Lo dudas?

Quince minutos más tarde le ayudaba a sumergirse en la burbujeante bañera de hidromasaje. Parecía haberse olvidado de su timidez, y había sido una tortura no tocarla mientras se desnudaba. Jamás había deseado a nadie como a ella.

—¿No quieres entrar, Jota? El agua está muy calentita.

—Yo... bueno. No quisiera hacerte daño en el pie.

—Anda, no seas tonto. La bañera es suficientemente grande para los dos, y me vendría bien un masaje como el de antes.

—Está bien —dije quitándome la camiseta. Sus ojos azules se abrieron aún más cuando me deshice de los pantalones y la ropa interior. Sí, ella también me deseaba.

Me metí en la bañera, en el lado opuesto al de ella, estremeciéndome al contacto del agua caliente. Tomé su tobillo y lo masajé.

—¿Crees que lo ha hecho a propósito? —Lili hizo un gesto de dolor. Supuse que se refería a Victoria—. Siempre me ha envidiado tanto...

—No sé, Lili. Al principio pensé que sí. Pero luego, cuando llegaron los médicos, parecía tan preocupada...

—Ya no me duele tanto —dijo refiriéndose a su tobillo ligeramente inflamado.

—Sabes que estás a tiempo de retirarte, Lili. Y decidas lo que decidas, todos te vamos a

apoyar.

—Llevo catorce años persiguiendo un sueño, Jota. No voy a renunciar ahora que estoy tan cerca.

—Está bien, entonces he de cuidarte muy bien esta noche. Y así mañana estarás mucho mejor —dije, sin dejar de masajearla.

Me costó un mundo salir del baño. Lo hice envuelto en una toalla, para regresar con la mochila de Lili.

—A ver, tu pijama debe estar por aquí —dije rebuscando, hasta que toqué una tela suave. Tiré hasta sacar la prenda—. ¿Y esto? —dije enseñándole a Lili el caftán de seda. Ella enrojeció súbitamente.

—Cosa de mis amigas, ya sabes —dijo avergonzada. Y al ver mi cara, añadió—: Ni lo sueñes, no pienso ponérmelo.

—¿Y no podemos discutir eso? —dije sonriendo.

—¡No! —contestó—. ¿Me dejas una camiseta? —pidió haciendo un puchero.

—Por favooooorrrr. —Puse morritos.

—Es que... me da vergüenza —confesó.

—No me lo puedo creer. ¡Pero si hay maillots con los que enseñas más! —dije riéndome, recordando lo que había dicho Víctor el día de su cumpleaños.

—Pero... ¡es diferente! —se defendió.

—Andaaaa —supliqué.

—Ufff. Está bien, pero... ¿puedes dejarme sola un momento? —me pidió.

Esperé sentado a los pies de la cama. Cuando Lili salió, con aquel caftán semitransparente y el pelo húmedo, creí ver un ángel. No podía haber mujer en la Tierra más hermosa.

Se acercó a mí. Apenas cojeaba, pero estaba temblando. Enterró sus manos en mi pelo y yo me hundí en su pecho, aspirando su aroma.

—¿Cómo te puedo querer tanto? —susurré.

Lili se agachó, nos besamos y caímos en la cama entrelazados, olvidando todos los miedos, las dudas. Solo nosotros, amantes, cómplices, enamorados.

La luz que entraba por la ventana me despertó. Estaba solo. Lili me había dejado una nota:

“No he querido despertarte. Era un poco tarde, así que he subido a mi cuarto.

Dentro de un ratito nos vemos. TQ. Lili”

Había llegado el gran día. Y yo no podía sentirme más feliz. Lili me había regalado las dos mejores noches de mi vida. Ella bajó las escaleras del Restaurante dando saltitos, señal de que estaba mucho mejor. Y, además, me había besado delante de todos, sin esconderse de su padre, cosa que me encantó.

A las nueve de la mañana llegábamos todos al pabellón. Al haber obtenido la sexta nota de clasificación, la actuación de Lili era en tercer lugar. La vi prepararse para salir en una esquina del tapiz. Estaba radiante. Tomó aire, y mirando hacia donde estábamos en la grada, sonrió. Se colocó en el centro de la moqueta, de espaldas al público. Su ejercicio comenzaba con un equilibrio de 180 grados sobre la pierna izquierda, sosteniendo la pelota con el pie derecho. Nada más girarse, lo vi. En sus cristalinos ojos azules había un brillo especial. Amor, pasión, determinación. Con su sonrisa eterna convenció a todos, público y jueces, de que estaba totalmente recuperada de la lesión del día anterior. Su posición más característica, un equilibrio sobre un pie con el otro tocándose la cabeza, y los dos giros siguientes fueron ejecutados a la perfección. Hubo un “ay” generalizado cuando tuvo que estirarse algo más de lo normal para recoger la pelota con la espalda y que no acabara en el suelo. Pero al fin, un ejercicio casi perfecto.

Aquella mañana Lili había llegado al pabellón dispuesta a comerse el mundo, y, como no podía ser de otra manera, lo consiguió. Entre lágrimas recibió su medalla de oro. Por fin había cumplido su sueño: Elia Ribera era Campeona de España de Gimnasia Rítmica.

15 SEMANAS PARA CONSTRUIR UNA VIDA... ¿JUNTOS?

En las últimas cuatro semanas, Jota y yo nos habíamos vuelto inseparables. Tras el Campeonato de España, las pruebas se habían ido espaciando, y, por lo tanto, también los entrenamientos. Faltaban apenas dos semanas para que acabara el curso, y me venía bien algo de tiempo extra para estudiar, pero echaba de menos compartir todas las tardes con Jota, aunque fuera cada uno en una pista del pabellón, o que me acompañara a casa por las noches. A veces él venía a recogerme al Instituto y comíamos juntos, o yo me escapaba de la biblioteca para llegar a tiempo de verle entrenar y volver a casa cogidos de la mano. Como aquella noche.

—¿Cansado? —pregunté, apreciando que caminaba algo cabizbajo.

—Un poco. Los finales de temporada suelen ser así. Fede está empeñado en que mantengamos el primer puesto de la clasificación y nos exige más que nunca. ¡Tengo tantas ganas de que llegue Julio!

—¡Y yo! —afirmé entusiasmada. Estábamos planeando un viaje a Grecia, los dos solos. “Tendré que decírselo pronto a papá”, pensé. Aunque ya había aceptado nuestra relación y no teníamos que esconder nuestro amor ante nadie, aún no sabía cómo se lo iba a tomar. No quería enfrentarme a él, pero tampoco estaba dispuesta a renunciar a aquel viaje.

En ese momento llegábamos a mi casa. Le vi vacilar ante la moto aparcada en la puerta. Supe que se debatía entre subir a casa un rato o dejarme más tiempo para estudiar. Sabía que yo estaba preocupada por los exámenes finales y la Selectividad.

—¿Quieres subir un rato? ¿O que demos un paseo? —le pregunté. De vez en cuando nos íbamos con la moto hasta la playa de San Gabriel para pasear por el rompeolas, que se había convertido en nuestro rincón favorito.

—Prefiero subir y hacerte mimitos en el sofá, si no te importa —me dijo poniendo carita de pena, pero sonriendo a la vez.

—¡Claro, cariño! Subes, preparo una tortilla de patata para cenar y nos comemos un bocadillo frente a la tele, ¿vale? —dije mientras recogía el correo del buzón.

—Mmmm, suena genial. Y si tu padre no está y puedo meterte mano, ¡mejor!

Al ver que no reaccionaba a su broma, me miró. Me había quedado paralizada con el correo en la mano, leyendo el membrete de una de las cartas.

—Lili, cariño, ¿estás bien? Te has puesto blanca.

Le tendí el sobre. Era de la Federación Española de Gimnasia Rítmica.

—Es para ti —confirmó—. ¡Venga! ¡Ábrelo!

—No, hazlo tú. Yo... no puedo —le pedí. Estaba temblando.

Jota abrió el sobre y empezó a leer para sí mismo. Cuando llegó a la parte central, leyó en voz alta.

—“Y en vista de los excelentes resultados deportivos y los logros obtenidos, tenemos el honor de convocar a la gimnasta Elia Ribera, en el Centro de Alto Rendimiento de Madrid, el próximo 1 de septiembre, para la jornada de control y primeros entrenamientos con la Selección Española de Gimnasia Rítmica”.

—Pero esto... —dije temblando.

—¡Esto significa que te vas a Madrid, Lili! —dijo Jota abrazándome y levantándome en volandas—. ¡Un paso más hacia tu sueño!

No pude evitar que se me saltaran las lágrimas.

—Pero nosotros... tú estarás aquí, y yo...

—No te preocupes ahora por eso, cariño —me dijo—. Anda, vamos a darle la buena noticia a tu padre.

Creo que papá no se lo tomó demasiado bien. No es que no le hiciera muchísima ilusión la convocatoria, al fin y al cabo, entrenar con la Selección Española era el sueño de cualquier deportista. También mi sueño. Pero sabía que le dolía dejarme marchar. Sería la primera vez que nos separáramos. Él no podía dejar su trabajo y yo tendría que ir a Madrid. Aun así, me dio un fuerte abrazo y un beso enorme, y sin soltarme, me dijo:

—Me alegro muchísimo por ti, princesa. Todo esfuerzo tiene su recompensa y tú te lo has ganado. Va a ser una experiencia inolvidable.

En cuanto me liberé del abrazo de oso de mi padre, mandé un mensaje al grupo de las locas, mis amigas.

~Chicas, empezad a ahorrar, porque me han dicho que hay unos cuantos sitios en Madrid donde hacen unas cupcakes deliciosas y tendremos que probarlas.

La primera en contestar fue Carla:

~¿Madrid? ¿Por qué en Madrid?

~Lili, ¿qué has bebido? —preguntó Irene, añadiendo un emoticono haciendo burla.

~Me han convocado para entrenar con la Selección Española de Gimnasia Rítmica. ¡En quince semanas me voy a Madrid!

~¡Oleeee! Ya estaban tardando, Lili. ¡Cuánto me alegro! —dijo Sofía.

~*¡Es maravilloso, Lili! ¡Enhorabuena!* —contestaron casi al unísono Carla e Irene.

~*Pues no te enfades, Lili, pero... ¡yo no quiero que te vayas! Te voy a echar muchísimo de menos* —dijo Lucía añadiendo un emoticono lloroso.

~*Y yo a vosotras, Luci. Muchísimo* —dije, pensando especialmente en ella, que era casi como mi hermana pequeña—. *Pero prometo que me escaparé siempre que pueda, y espero que vengáis a verme algún fin de semana que otro, cuando no esté de competición.*

~*¿Te das cuenta de que ahora vas a viajar por todo el mundo?* —añadió Sofia, que siempre había sido la más aventurera.

~*Sí, es verdad* —contesté. Esa parte no me entusiasmaba demasiado. Seguía teniendo miedo a estar lejos de casa.

~*Chicas, es tarde y Lili estará cansada. Yo creo que esto se merece una fiesta de pijamas, así podremos celebrarlo y hablar de muchas cosas* —dijo Irene.

~*Yo ofrezco mi apartamento de la playa* —dijo Sofia—. *El fin de semana que viene mi padre tiene guardia y no van a estar allí. Seguro que no les importa que lo tomemos prestado.*

Jota, que estaba a mi lado, sonrió.

—Pregunta si podemos apuntarnos, anda.

~*Los chicos también pueden venir* —añadió Sofia como si hubiera oído a Jota—, *pero eso sí, mis padres no se pueden enterar o me matarán, así que... ¡confidencialidad máxima!*

Saboreé la idea. Desde que habíamos vuelto de Cuenca no habíamos tenido oportunidad de estar solos, ni de dormir juntos.

~*Pero, ¿y los exámenes?* —preguntó Lucía.

~*¿Piensas estudiar por la noche también?* —contestó Carla.

~*No, pero...*

~*Pues ya está, estudiamos todo el día y subimos a la hora de cenar* —dijo Carla.

~*¡Compraremos pizza! ¡Y mucho helado!* —añadió entusiasmada Sofia.

~*¡A ver si luego no me dejan entrenar con la Selección porque esté hecha un tonel!* —escribí, acompañando mi sentencia de emoticonos riendo.

~*¡No seas boba, Lili! ¡Si tú te puedes comer una vaca y no engordas ni un gramo!*

—dijo Lucía.

~*Jijiji, estaba de broma, Luci.*

~*Vale, pues ya está decidido, el sábado ¡fiesta de chicas!* —dijo Irene.

~*Y de chicos* —añadió Carla, con un guiño.

~*Ok, loquis. Os dejo, a ver si el nudo este que tengo en el estómago me deja comer algo. Mañana nos vemos.*

Al final medio me comí un sándwich que nos había preparado mi padre. Y a pesar del cansancio, apenas pude dormir en toda la noche. “¿Dónde iba a vivir?” Imaginaba que podría solicitar plaza en la residencia Joaquín Blume. “¿Y si no daba la talla y me mandaban de vuelta a casa tras la jornada de Control?” ¡Me sentía tan insegura!

Me preocupaba, además, como nos afectaría a Jota y a mí como pareja. Entre la distancia, los entrenamientos, las competiciones... ¡lo veía tan difícil! Y ya no me imaginaba una vida en la que él no estuviera presente. Era un sueño cumplido, sí, pero se me antojaba que el camino iba a ser muy duro.

Me estiré todo lo que pude y cogí otro trozo de mi pizza favorita, la Cremona estilo Bourbon.

—¿Has arreglado algo estos días, Lili? ¿Has mirado ya lo de la Residencia? —preguntó Irene.

Estábamos los diez sentados entre cojines, en el suelo del salón del apartamento de Sofia. En el centro, una mesa baja, en la que habíamos dejado las cuatro pizzas familiares que habíamos pedido.

—Ya he hecho la solicitud. Espero llegar a tiempo. Si no me la conceden tendré que buscar un piso de estudiantes para compartir, porque no me puedo permitir alquilar yo sola. ¡Los precios en Madrid son una pasada!

—¡Pero si casi seguro que no te va a hacer falta! —exclamó Izan—. En cuanto Jota...

Le miré extrañada. Jota se atragantó con el trozo de pizza.

—Joder, Izan, eres un bocazas —dijo Eloy mirando a su amigo.

—¡Ah!, ¿Es que no se lo has dicho aún? —contestó Izan, poniendo cara de “Tierra trágame, que he metido la pata”. Jota negó en silencio.

Miré a Izan y luego a mi novio, que estaba sentado a mi lado.

—¿Decirme qué? —pregunté. Empecé a ponerme nerviosa.

—No te asustes, Lili. No es nada malo. Al contrario, es algo que seguro te hará ilusión, pero

no quería decírtelo hasta que fuera algo más definitivo.

—Ha hablado con Fede y los directivos del Club y van a gestionar su ingreso en el Real Madrid B —añadió Víctor.

—¡Pero eso es estupendo! —dijo Lucía—. ¡Podrías iros juntos a Madrid! ¡Qué guay! —añadió.

Sonreí al pensar en ello.

—¿Y te parece bonito que tenga que enterarme así? —le dije dándole un codazo.

—¡Ey! ¡No te enfades conmigo, pequeña! Sólo quería esperar a que fuera un hecho —contestó él—. No quiero que nos hagamos ilusiones y que luego no pueda ser.

—Sabes que es casi seguro que sí —dijo Héctor—. Si no, no habrías solicitado información a la Universidad para hacer el cambio de expediente.

—¿Has hecho eso? ¿Pero bueno, de cuántas cosas más me voy a enterar hoy? —pregunté medio enfurruñada, aunque contenta de que hubiera estado moviéndose para que no tuviéramos que separarnos. Significaba mucho para mí.

—Pues de que está buscando trabajo de informático en Madrid para que podáis vivir juntos —añadió divertido Eloy.

—Recordadme que os borre a todos de mis contactos si es que me marchó, ¡panda de cabrones! —dijo Jota.

Todos estallamos en carcajadas. Y yo me sentía realmente feliz. Si todo salía bien tendríamos quince semanas para construir una vida juntos. Y ahora sí, empezaba a pensar que todo iba a salir bien.

—¿Quién quiere helado? —preguntó Sofía, dejando el trozo de pizza sobre la mesa.

Casi todos levantaron la mano.

—Yo voy, Sofi. Tú terminate ese trozo de pizza que te estás quedando en los huesitos... ¡y además hay que borrar todo rastro del crimen para que tus padres no sospechen! —añadí riendo.

—¡Yo te ayudo, Lili! —dijo Jota levantándose y siguiéndome hasta la cocina.

Entró cerrando la puerta tras de sí.

—No estás enfadada conmigo, ¿verdad? —preguntó Jota al tiempo que me atraía hacia él para abrazarme.

—No, claro que no. Entiendo que no quisieras contarme nada aún —dije, acomodando mi cabeza en el hueco de sus brazos—. Ahora que lo sé todo, estoy convencida de que me llevaré una

desilusión si finalmente no puede ser.

—Podrá ser, si lo deseamos con fuerza —contestó él—. ¿Tú lo deseas? —me preguntó, levantando mi barbilla para mirarme a los ojos.

—¿Bromeas? ¡Me encantará! Me cuesta imaginarme una vida lejos de ti ahora. Después de estos meses juntos, de todo lo que hemos vivido, me aterra pensar en una separación, aunque sólo sea temporal.

Nos dimos un pico. Pero las ganas que nos teníamos después de aquel mes sin apenas intimidad, nos hicieron querer más. Jota me subió en brazos a la encimera de la cocina y me besó apasionadamente. Yo le devolví el beso, rodeándole con las piernas.

En ese momento, Sofía abrió la puerta de la cocina.

—¡Chicos! ¿No encontráis el hel...? —Se quedó cortada al encontrarnos en aquella situación. Yo enrojecí.

—Estoooo, ya me llevo yo el helado —dijo riendo mientras se acercaba al congelador—. Vosotros —dijo señalándonos con el dedo—, fuera de aquí no vayáis a romper algo. La segunda puerta de la derecha es vuestra habitación —añadió haciéndonos un guiño.

Nos reímos. Al salir de la cocina oímos como Sofía les decía a los demás que nos íbamos a escapar para casarnos en secreto en Las Vegas para que nadie pudiera separarnos, y que habíamos decidido ir adelantando la Luna de Miel. Todos rieron a carcajadas cuando Luci protestó, con toda su inocencia, porque a ella no le dejarían viajar a Las Vegas para nuestra boda. ¡Mi pequeña!

Corrimos hacia la habitación que nos había dicho Sofía. Debía ser la de su hermano mayor, por lo que pude deducir por los pósters de motociclistas que llenaban las paredes. Jota me atrapó entre la puerta y su cuerpo. Entre beso y beso, fuimos desprendiéndonos de la ropa, que voló por toda la habitación.

—¿Has traído preservativo? —pregunté sonrojándome. Aún no me sentía cómoda hablando con él de ello.

—Sí, está en el bolsillo del pantalón —dijo buscándolo con la mirada por el suelo del cuarto—. Lili, prométeme que, si vivimos juntos, empezarás a tomar la píldora, ¿vale? —dijo con fastidio sacando el envoltorio del vaquero.

—Lo haré. Yo también odio las gomitas —dije divertida.

Pasaron cuatro semanas más. Aprobé el curso con buenas notas y también la Selectividad. Me apetecía mucho estudiar Veterinaria, aunque ahora que me iba a marchar al CAR no sabía si

tendría que dejar aparcados los estudios por el momento, así que decidí esperar al primer año antes de matricularme.

A Jota le confirmaron que a partir de septiembre jugaría en el Real Madrid B, pidió el traslado de expediente a la Politécnica de Madrid y con un poquito de enchufe de los padres de Vanesa, encontró un trabajo a tiempo parcial como informático en una clínica. Odiaba que les debiera nada a ellos, pero, al fin y al cabo, eran amigos de su padre y lo hacían por el cariño que le tenían, y no por la relación que le había unido a su hija.

Con toda la pena de nuestro corazón, tuvimos que renunciar a nuestro viaje a Grecia, porque todos nuestros ahorros fueron para pagar la fianza del pequeño estudio que alquilamos cerca del CAR y para tener algo con lo que vivir los primeros meses.

—Ya tendremos tiempo de ir, Lili —me consoló Jota—. A partir de septiembre, estaremos juntos. Y eso ya va a ser un gran viaje; la aventura de nuestras vidas —y continuó—. Además, aunque no sean vacaciones, intentaré acompañarte siempre que pueda a las competiciones, que serán muchas y alrededor de todo el mundo.

16 PREMIOS Y RECONOCIMIENTOS

El traslado estaba siendo algo más complicado de lo que pensaba. Estábamos a dos semanas del reto más difícil que se me había planteado hasta el momento. Al menos, todo el tema del papeleo de la Universidad ya estaba solucionado, si no, en plenas vacaciones de agosto hubiera sido una odisea. También teníamos arreglado ya el ingreso en el nuevo equipo. Tan sólo tendría que ir en una semana a pasar las pruebas médicas, y sería jugador de pleno derecho del Real Madrid B.

Pero antes, esa misma noche, teníamos una gala a la que acudir. El periódico de mayor tirada de la ciudad entregaba sus premios Importante. Y, casualmente, tanto el Club de Gimnasia Rítmica al que pertenecía Lili, como la Fundación Lucentum, habían resultado premiados; un reconocimiento a su labor de Incentivación a la práctica del Deporte entre los más jóvenes. Así que todos estábamos invitados. Después de la fiesta iríamos juntos a celebrar nuestra “despedida”.

Mi hermana María peleaba en ese momento con el nudo de mi corbata.

—¡No entiendo por qué no se lo pides a papá! —dijo ella—. Mira, me ha quedado torcido.

—Pues porque papá está ocupado. Además, ¡está perfecto, hermanita! —dije dándole un beso en la mejilla—. Por cierto, ¡estás muy guapa hoy! —El rosa pálido del vestido resaltaba su piel morenita.

—¡Gracias! Tú también estás muy guapo —y añadió—: Voy a echar de menos tus piropos.

—Yo también voy a echarte de menos. Menos cuando me taladras la cabeza con que te consiga una cita con Víctor— reí revolviéndole el pelo.

—¿Qué haces? ¡Qué me despeinas! —contestó enfadada dándose la vuelta y mirándose frente al espejo—. ¡Si es que no me quieres nada! ¡Para un amigo guapo que tienes!

—¡Uy! Si te oye Eloy ahora mismo le rompes el corazón. Él, que siempre ha estado secretamente enamorado de ti —contesté entre risas.

Miré el reloj. Las siete. En media hora vería a Lili en el Auditorio donde tendría lugar la Gala. Creo que iba a ser la primera vez que nos veríamos vestidos de fiesta. Y me moría de curiosidad, aunque seguro que, como siempre, estaría preciosa.

A un par de kilómetros de distancia...

—Papá, ¿estás listo ya? ¡Vamos a llegar tarde! —grité desde el pequeño recibidor de la entrada. Sería la primera mujer del mundo que se retrasa por culpa de un hombre. Y no porque

fuera más lento que ella, sino porque siempre se esperaba al último momento para todo.

—Sí, ¡enseguida salgo!

Me agaché para acariciar a mi cachorra, que había crecido mucho y ya pesaba casi quince kilos. Jota y yo nos habíamos vuelto locos encontrando un piso en Madrid donde nos dejaran tener mascotas. No quería tener que renunciar a ella. Al final lo habíamos conseguido, así que Alina nos acompañaría en nuestra nueva vida.

En ese momento mi padre salió del cuarto poniéndose la chaqueta. Al levantarme, Alina se enredó en mi vestido, entre mis pies y casi acabo en el suelo.

—¡Guau! ¡Estás preciosa, cariño! —dijo mi padre— Eres el vivo retrato de mamá —añadió dándome un abrazo.

—¡Anda, déjame, tonto! O lloraré y arruinarás mi maquillaje —le dije con ojos vidriosos.

Me miré al espejo. Me había ondulado el pelo, que llevaba semirecogido, dejándolo caer en cascada por mi espalda. El vestido era de muselina de seda del mismo azul que mis ojos, con escote palabra de honor. Y como únicos complementos, unas altísimas sandalias de tiras y un clutch plateados.

Salimos de casa con el tiempo justo, y cuando llegamos al aparcamiento del Auditorio, todas mis amigas ya estaban allí.

—¡Lili! ¡Estás guapísima! —dijo Irene, acercándose a darme dos besos.

—Gracias, tú también. Ese vestido te sienta de maravilla. —Llevaba un precioso vestido color granate, con cuerpo de encaje, y su rubia melena recogida en un moño desecho.

—¡Ey! ¿Y a mí no me vas a decir nada?

—Pues claro, Luci. ¡Tú también estás preciosa! —Mi “hermanita” llevaba un vestido de gasa lila, cogido sólo en un hombro—. Pareces una diosa griega.

Carla y Sofia rieron. La primera llevaba un vestido atado al cuello en color verde esmeralda, y la morena uno con escote palabra de honor blanco con estampado de flores.

—Pues los chicos no se quedan atrás... ¡mirad, por favor, que guapos! —dijo Lucía.

Sus amigos se acercaron a ellas, los cinco con traje de chaqueta y corbata. Así vestidos, cualquiera de ellos podría ser portada de la revista GQ. Jota me dio un beso en los labios, gesto que imitaron Héctor, Izan y Eloy, que por fin se había declarado a Carla en su celebración de cumpleaños de la semana anterior. Estaba guapísimo con su pantalón y corbata gris, la chaqueta negra y aquella barba de tres días que le sentaba divinamente.

—¿Vamos dentro chicos? ¡Hay que darse prisa para coger buenos sitios! —dijo Irene cogiendo

de la mano a Héctor.

—¡Venga! —dijo Víctor, ofreciéndole su brazo a Lucía. Seguía sin hacerle mucho caso, pero al menos ahora era amable con ella y había tenido el detalle de no dejarla apartada.

Me había quedado embobado mirándola. No podía ser más hermosa. Sabía con seguridad, que sería el centro de atención de la Gala.

—¡Estás preciosa! —le susurré al oído al acercarme para besarla—. ¡Y altísima!

—¡Quién fue a hablar! Aun con tacones no te llego ni a la barbilla —contestó entre risas.

—Hola Jota —escuché venir una voz desde mi derecha, al tiempo que Lili apretaba sus dedos alrededor de mi mano.

—Hola Vanesa —contesté sin muchas ganas. Sabía que iba a estar allí, mis padres me lo habían advertido, pero pensaba que podría evitarla toda la noche, o al menos, lo esperaba.

—Me han dicho que te vas a Madrid. Espero que tengas mucha suerte en tu nuevo equipo. Sé que era tu sueño ir a la capital —dijo con retintín, casi escupiéndole las palabras.

—Sí, bueno, gracias. ¿Vamos Lili? —dije instándola a seguir adelante.

Entramos dentro. Nuestros amigos ya habían pasado y nos habían guardado dos sitios en la primera fila. Lili recogería el premio del club, como gimnasta destacada del mismo, acompañada de Marina y las entrenadoras de las más pequeñas. Desde aquel lugar podríamos hacerle muchas fotos.

La gala comenzó. En una pantalla tras el escenario se reproducían imágenes de cada uno de los dieciséis premiados, reconocimientos a personas y empresas de todos los ámbitos, económico, cultural y deportivo, de la ciudad.

Primero llegó el turno de nuestro equipo. “Ex-equipo” pensé, con cierta nostalgia. En el escenario del Auditorio, Fede, como entrenador de las categorías base del Lucentum, el presidente de la Fundación, y algunos de los otros directivos recogieron el premio. Mi entrenador dirigió al público unas palabras, agradeciendo a sus jefes la oportunidad de entrenar a futuras estrellas del baloncesto. “Como Jota, nuestro alero, al que seguro el año que viene veremos triunfar en el Real Madrid”. Agradecí sus palabras con una sonrisa.

A continuación, Lili y Marina encabezaron la comitiva del club de Gimnasia Rítmica, subiendo al escenario para recoger su premio. Como suponía, hubo un murmullo en la sala al verla subir. Estaba impresionante.

—Yo también quiero decir algunas palabras —comenzó Lili tras recoger el premio—. Cuando

tenía cuatro años, convencí a mi madre de que quería hacer gimnasia rítmica. En la tele veía a aquellas chicas, dejándose el alma en el tapiz, dando lecciones de belleza y elegancia, y deseaba ser como ellas. Cuando llegué al Club, era una pitufa de poco más de un metro de altura, que lloraba cuando su mamá se alejaba demasiado, y a la que Marina recibió y cuidó como si de otra madre se tratara. Catorce años después, he cumplido mi sueño de ser Campeona de España y estoy a punto de dar el salto a la competición internacional. Y todo gracias a ellas, nuestras entrenadoras, que desde que éramos niñas nos han enseñado el valor de la disciplina, el esfuerzo y la constancia. Gracias. Por todo. Os merecéis este premio y todos los que puedan venir. Por hacer de nuestra infancia algo inolvidable.

Marina y Lili se fundieron en un abrazo, ganándose el aplauso de todo el Auditorio. Las chicas estaban emocionadas.

Tras un par de premios más, el presentador dio la Gala por finalizada. “Ahora empieza, de verdad, nuestra noche”, pensé, mirando a mis amigos. “Esto sí que va a ser emocionante”.

—Jota, ¿te importa esperarme aquí? —le dije cuando salíamos al pasillo—. Tengo que ir al baño.

—Claro, cariño. Te espero allí junto a mis padres.

Pasé por al lado de Vanesa y Victoria, sin mirarlas siquiera, y entré en los servicios, seguida de mi amiga Irene que se coló en el baño conmigo.

—¡Has estado magnífica, Lili! Nos hemos emocionado muchísimo con tu discurso.

—Uf, pues en casa me parecía demasiado cursi —contesté yo.

—¿Cursi? ¡Nooooo! ¡Ha sido perfecto! Sencillo y emotivo.

Cuando estábamos a punto de salir, oímos que Vanesa y Victoria entraban, cuchicheando.

—Ya lo tenemos todo hablado, Vicky. Al final ha salido como ambos esperábamos —dijo Vanesa, hablando casi en susurros.

Irene hizo ademán de abrir la puerta, pero la retuve, haciéndole un gesto con la mano para que guardara silencio.

—¿Entonces te vas con Jota a Madrid?

Mi cara se contrajo.

—Sí. En menos de un mes provocará una discusión con la sosa esa, Elia, y cuando se separen yo me iré a vivir con él al estudio que ha alquilado. Ya he solicitado plaza en la Universidad, para hacer el último curso de Enfermería. Y también me voy a presentar a las pruebas para entrar en el

equipo de animadoras del Real Madrid —dijo.

—¡Seguro que lo consigues, tía! ¡Y entonces, te veré por la tele! —contestó Victoria.

—¡Vamos a ser famosos! —exclamó Vanesa eufórica.

—Acuérdate de invitarme a alguna fiesta, ¿eh? —dijo Victoria entre risas mientras abandonaban los servicios.

Irene me miró, indignada. Dos gruesas lágrimas caían por mis mejillas.

—Tranquila, Lili —fueron las únicas palabras que acertó a decir mi amiga, antes de que saliera llena de rabia de los servicios, y presenciara, además, como Vanesa le daba un beso en la mejilla a Jota en el pasillo, que en ese momento sonrió.

“No puedo creerlo” pensé. Mi parte racional me pedía, como Irene, que me tranquilizara para pedirle una explicación a Jota. Mi parte pasional, la que siempre acababa dominando mi vida, hizo que me dirigiera hacia él, le soltara una sonora bofetada, ante su mirada estupefacta y la de todos los allí presentes y le espetara:

—¡Aléjate de mí! ¿Me oyes? ¡No quiero volver a verte, ni oírte! ¡Jamás! —Las lágrimas brotaban a borbotones de mis ojos enrojecidos—. ¿Querías fama? Pues, ¡aquí tienes tu minuto de gloria! —grité, viendo que éramos el centro de atención de la gente que aún permanecía en el Auditorio.

—Pero... ¡Lili! —contestó titubeante, poniéndose la mano en la mejilla enrojecida.

—¡Que me olvides Jota! ¡Olvídate de estos últimos seis meses! ¡Vete con ella! —dije señalando a Vanesa, que escondía una sonrisa triunfal tras una fingida mueca de disgusto—. Es lo que deseas, ¿no?

—Lili, cálmate... No entiendo qué es lo que ha pasado, pero...

—Pero nada, Jota. Se acabó. Te desearía que seas feliz, pero no puedo. Ella acabará haciéndote daño —dije, mirando con desdén a la pelirroja— y sólo espero que te duela la mitad de lo que me está doliendo a mí ahora —espeté, con una crueldad inusual en mí.

Y dejándole allí, inmóvil, me di media vuelta y me marché.

17 LA HORA DE PARTIR

Las dos enormes maletas descansaban junto a la puerta de casa, como dos silenciosos guardianes de nuestra pequeña morada. Mi padre, sentado a mi lado en el sofá, me tendió una tila más. Ya debía ser la tercera del día, había perdido la cuenta, y si por el volumen de compras de las últimas dos semanas, Horniman's no me había hecho socia accionista, poco debía faltar.

Irene apoyaba su mano en mi rodilla izquierda, y mi pequeña, Lucía, me miraba con ojos tristes desde su posición, sentada en el suelo entre mis pies. Carla y Sofía suspiraban apenadas, sentadas en el otro sillón.

A las cinco de la tarde salía el AVE que me llevaría a Madrid, a mi nueva vida. Una vida que había perdido la mitad de su sentido dos semanas atrás. Deseché la idea de mi mente. “Piensa sólo en lo bueno, Lili, en las muchísimas experiencias que vas a vivir, lo mucho que aprenderás, que viajarás” habían repetido una y mil veces mis amigas, que no me habían abandonado ni un segundo en todo este tiempo. Me habían ayudado en todo. Llamaron a la residencia, solicitando una habitación para mí, suplicando incluso, ya que estaba fuera de plazo. Tuve mucha suerte, pues, días después, una de las deportistas había tenido que marchar y se quedó una libre. Hablaron también con el dueño del piso que habíamos alquilado, con el que finalmente llegaron a un acuerdo, consiguiendo que nos devolviera uno de los dos meses de fianza que habíamos adelantado. No quise aceptarlo todo, así que Irene hizo llegar a Jota por medio de Héctor la mitad de lo recuperado.

Di un sorbo a la tila caliente, lo que me reconfortó. Casi había sido mi único alimento en muchos días, en los que mi cuerpo había sido incapaz de aceptar nada sólido. Había perdido casi tres kilos, y apenas tenía energía, lo que preocupaba a mi padre y a mi entrenadora. Temían que no fuera capaz de superar la jornada de control y tuviera que volverme sin cumplir mi objetivo. Yo sabía que en cuanto me pusiera el primer día a entrenar, volvería a ser la Lili que era. La gimnasia era lo único que podía devolverme la fuerza, las ganas de luchar, y de vivir.

—¿Vamos, pequeña? —dijo mi padre, interrumpiendo mis pensamientos.

Mi mirada vagó hacia el viejo reloj de péndulo del salón. Era de los pocos recuerdos que conservábamos de mi abuela paterna, a la que apenas llegué a conocer. Eran las tres y media, a las cuatro teníamos que estar en la estación. Asentí con la cabeza.

Abracé una vez más a mi pequeña Alina. Sabía que la próxima vez que la viera sería mucho más grande. El hecho de renunciar a ella hacía un poquito más duro y difícil el viaje, pero no podía llevarla conmigo a la Residencia. Le di un besito en la cabeza, entre sus orejas, y, mirándole con ojos llorosos le prometí:

—En cuanto pueda, buscaré un lugar donde podamos vivir juntas, ¿vale? Mientras, papi te cuidará estupendamente. —Alina tenía la cabeza ladeada, escuchándome como si pudiera entenderme, y me dio un lametón, secándome las lágrimas que habían aparecido de nuevo. Había llorado más en quince días que en toda mi vida, y eso que siempre había sido muy sensible y llorona.

Eran las cuatro y media. A mi alrededor, todas las personas importantes de mi vida, luchaban por contener las lágrimas de la despedida.

—No llores de tristeza, mi niña —me decía mi abuela, sin soltarme—. Solo es emoción de ver partir a mi pequeña mariposa, en pos de su sueño. —Y, tratando de secar mis lágrimas añadió—: Tu madre estaría orgullosísima de ti, Lili. No lo dudes.

Marina me dio un fuerte abrazo.

—Sé fuerte, Elia. Y recuerda siempre nuestro lema “Valora lo que tienes, supera lo que te duele, lucha por lo que quieres”. Que nada, ni nadie, te quite la ilusión que te llevó hasta nuestro Club, la que te trajo a nuestras vidas. La ilusión de ser una gran gimnasta olímpica.

Héctor, Izan, Eloy y Víctor también estaban allí. Se acercaron a mí, temerosos de mi reacción.

—Estaremos atentos a las competiciones y te veremos por la tele. Mucha suerte, princesa —me dijo Héctor dándome un abrazo.

—Sentimos que las cosas hayan terminado así, Lili —dijeron acercándose Izan y Eloy—. Toma, te hemos traído un regalo —añadieron tendiéndome un paquete, que abrí con manos temblorosas. Era otra camiseta, con mi nombre y una pequeña mariposa—. Así tienes una de recambio —explicó Eloy—. Sabemos que la otra te dio suerte en el campeonato de España.

Víctor también se acercó. Al darme dos besos dejó caer una nota en la pequeña mochila que llevaba como equipaje de mano.

—Aunque no lo creas, él quería venir —me dijo en un susurro al oído—. Te echaremos de menos, Lili —añadió después, mientras se alejaba.

Mis amigas fueron las siguientes. Se acercaron las cuatro a mí. Me habían prometido no llorar, pero era imposible evitarlo. Entre lágrimas nos fundimos en un abrazo a cinco, un abrazo de equipo. Aunque en gimnasia participáramos individualmente, en la vida siempre lo habíamos sido.

—Dentro de un mes, para el puente, os quiero a todas allí, ¿vale? —les dije—. Ya tengo preparada la “Primera Ruta Madrileña del Cupcake” —añadí con una sonrisa.

—¡Te queremos Lili! —dijeron todas a la vez—. Sé la mejor, y no te olvides de nosotras,

¿vale? —añadió Lucía.

—No podría —afirmé convencida, dándole un apretón—. Sois mis hermanas, y siempre vais a estar en mi vida.

Mi padre se acercó y me abrazó fuerte.

—Mi pequeña. Te voy a echar muchísimo de menos. Me quedo cojo sin ti, pero sabes que me hace inmensamente feliz que vayas a cumplir un gran sueño. Vive cada momento, pero si algún día tienes miedo, o sientes que no puedes más, avísame para que vaya a traerte de vuelta a nuestro lado, ¿de acuerdo? Te quiero.

Y así, llena de tristeza por la partida, pero sintiendo el cariño de todos, subí a aquel tren.

Me acomodé en un asiento junto a la ventanilla, abrí mi mochila y saqué mi mp3. En mi regazo cayó la nota que había dejado Izan. La cogí fuertemente. Me puse los auriculares y sintonicé Cadena Dial. En ese momento, Eva Ruiz, una de las finalistas de La Voz Kids, interpretaba una bella canción.

“Si algún día me faltases,
tal vez tenga que aprender,
a vivir en este mundo,
tan absurdo, sin tu piel,
a vivir en este mar,
sin tu risa salvavidas.”

En mis manos, arrugada, la nota. La abrí, despacio, tratando de contener las lágrimas que pugnaban por salir de nuevo, mientras seguía escuchando la canción.

“¿Con quién voy a compartir,
mis victorias, mis heridas?”

Leí la nota. Y sin entender cómo aún podían quedarme lágrimas por derramar, rompí a llorar.

“¿Qué has hecho con mi vida?,
si yo no sé vivirla si no estás.
¿Qué has hecho con mis manos?,
si solo por tu cuerpo saben volar.
¿Qué has hecho con mi voz?,
si solo por tu amor puedo cantar.
¿Qué has hecho con mi vida?,
sin ti me falta el aire al respirar.

¿Qué has hecho con mis ojos?,
sin ti solo se acuerdan de llorar.
¿Qué has hecho con mi piel?,
si solo con tus dedos, sabía despertar.”

El tren comenzó su camino. El cielo, solidarizándose con mi tristeza, comenzó a descargar. Y yo, cegada por las lágrimas, no pude ver a aquel chico, mojado por la lluvia, que se despedía de mí desde la distancia. Aquel chico que lo había sido todo para mí, y que me había dejado en una nota el recuerdo de sus palabras:

“Te quiero y siempre te querré. Mucha suerte, Lili, pequeña mariposa”

18 MESES SIN ÉL

Caminaba distraída, como siempre, mirando al suelo y dándole patadas a una piedrecita que me había encontrado en el camino unos treinta metros atrás. Pensaba en la llamada que me había sorprendido hacía unas horas: ¡Irene y Héctor se casan! Ambos se habían retirado de la competición y tenían la oportunidad de trabajar como entrenadores en varios colegios de Valencia, donde Irene, además, había obtenido una plaza para trabajar de auxiliar de enfermería, así que habían decidido irse a vivir juntos. Quizás influido por su madre, una mujer muy tradicional, o sencillamente movido por el profundo amor que sentía por Irene, la noche anterior, celebrando San Valentín, Héctor le había pedido que se casara con él. Irene, que llevaba casi dos años locamente enamorada de aquel chico, aceptó sin dudar lo más mínimo, a pesar de que, tal y como me había confesado por teléfono, le preocupaba que no fuera más que una locura de juventud.

Una ráfaga de aire helado me sacudió, estremeciéndome, y traté de cobijarme bajo la gran bufanda y el grueso plumas que llevaba. Le había dicho a mi amiga que haría todo lo posible por asistir, aunque lo tenía realmente complicado por el calendario de competiciones. Entre marzo y abril había varias pruebas internacionales importantes. Primero el Grand Prix en Moscú. Después el G.P. de Thiais, en París. Y por último el Campeonato de Europa en Minsk. En el año y medio que llevaba compitiendo con la Selección Española me había consagrado como una gran gimnasta. A pesar de la dureza de los entrenamientos, de la alta competición, del estrés de los viajes, de no saber en ocasiones ni en qué lugar del mundo estaba despertando, de la soledad, aun habiendo hecho grandes amigas entre mis compañeras, seguía luchando cada día por ser la mejor, por mi sueño. Hasta ahora mi mayor logro había sido la medalla de plata en el Europeo del año anterior, con un ejercicio de cuerda, pero sabía que técnicamente aún me podía superar. Y en ello estaba. El ejercicio de cinta de aquella temporada, bien ejecutado, podía suponerme mi primera medalla de oro en una competición internacional. Elegante, hermoso y sumamente emotivo. Casi sin querer, recordé del día en que gané el campeonato de España, el que me había llevado hasta donde estaba ahora. Y como siempre que recordaba aquello, me acordé de él. ¿Iría también a la boda? Estaba segura de que sí. Sabía por las chicas que finalmente había renunciado al Real Madrid y seguía en Alicante. Y aún era uno de los mejores amigos de Héctor. ¿Habría cambiado? En mis cortas escapadas a Alicante no habíamos coincidido, llevaba dieciocho meses sin verle. Dieciocho meses sin él.

Alguien posó una mano en mi hombro, sobresaltándome.

—¡Lili! ¿Qué haces tú por aquí con el frío que hace, quilla? Vente, vamos a tomarnos un chocolatito caliente en la cafetería.

Era Miguel, uno de nuestros vecinos. Llevaba los auriculares puestos y ropa de deporte. El

primer año en la Residencia se me había hecho muy duro, me asfixiaba entre aquellas cuatro paredes, así que decidí buscar un piso para compartir. Rocío, Sonia y yo, todas integrantes de la Selección, encontramos un coqueto apartamento cercano al CAR. Era pequeñito, pero nos daba libertad, al no tener que cumplir los estrictos horarios de la Residencia de Deportistas. Al mes de estar allí, llegaron los chicos, nuestros vecinos. Miguel, David, Javi y Alex eran atletas, y también entrenaban en el Centro de Alto Rendimiento. Apenas nos veíamos debido a nuestras rutinas y competiciones, pero en las pocas ocasiones en las que habíamos coincidido, lo pasábamos bien. Eran muy divertidos.

—Es que... no he cogido dinero, Miguel. Estaba algo agobiada y he salido a tomar un poco el aire sin pensar en nada más. Ya iba de vuelta a casa.

—¿Refreshando las ideas? ¡Con este viento deben estar congeladas! —rio—. Anda, es tu día de suerte, porque soy andaluz y no catalán, que ya sabes que tienen fama de agarraos. ¡Te invito a ese chocolate!

—Está bien —acepté. Porque estaba helada y me apetecía mucho el chocolate. Y quizás me viniera bien tener alguien con quien hablar.

Entramos en una cafetería a dos calles de nuestro portal. Miguel se acercó a la barra y pidió dos chocolates mientras yo me sentaba en un silloncito frente a la ventana. Me quité el abrigo y la bufanda, cayendo en la cuenta de que, con las prisas, había salido a la calle con la camiseta del pijama. Me sonrojé, deseando que nadie se diera cuenta. La verdad es que no sería difícil. Era una fría tarde de San Valentín, y excluyéndonos nosotros dos, los únicos clientes del café eran una pareja comiéndose a besos en un rincón. “¡Qué envidia!” pensé. Lejos de mi familia, de mis amigos, de... él. ¡Me sentía tan sola! Aparté la mirada.

Miguel se sentó frente a mí, dejando los chocolates sobre la mesa.

—¡Bonita camiseta! —dijo con una carcajada—. ¿Ese no es tu pijama? —preguntó bajando la voz.

—Shhhh —le dije—. Olvidé que me había puesto el abrigo encima sin más. Pero si te callas la boquita y me guardas el secreto, nadie se enterará.

—Tranquila, soy una tumba. ¡Te lo juro por Snoopy! —dijo entre risas, haciendo referencia al dibujo del pijama.

—¡Joder, Miguel! —resoplé.

—Anda, ¡no te enfades conmigo, quilla! Cuéntame que te ha pasado, venga. Una no sale en pijama a la calle a menos que sean Carnavales, haya habido un terremoto o haya recibido una mala noticia. Lo primero imposible, porque a un gaditano no se le escapa un Carnaval, y lo segundo

tampoco, porque no he sentido moverse la tierra hoy.

—No es nada, Miguel. De hecho, he recibido una gran noticia. Una de mis mejores amigas se casa —dije, dando un sorbo al chocolate. “¡Qué rico está!” pensé.

—¡Pero eso es estupendo! ¿Cuál es el problema entonces?

—Pues... es que me da mucha pena no saber si voy a poder ir, por las competiciones y eso, y mucho miedo saber que, si voy, lo voy a ver y... no sé si estoy preparada para ello.

—A ver, espera, que no te he entendido bien. ¿Todo esto es por Jota?

—Sí. No. No sé —contesté, tan indecisa como siempre. En Nochevieja, durante la fiesta que se celebró para los deportistas del CAR que no habían podido volver a sus casas, Miguel me había besado. Tras rechazarle, y convencida de que le debía una explicación, le hablé de Jota. “Después de más de un año sigo enamorada de él” le había dicho—. No sólo es por Jota. También hay más cosas. Llevo unas semanas de mucho estrés. Entrenamos ocho horas diarias sin apenas descanso. Estoy agotada y me siento terriblemente sola. Hace casi dos meses que no veo a mi padre ni a mi perrita. Todas mis amigas celebraron ayer San Valentín. Y yo... —Me mordí el labio nerviosa.

—¡Ey, chiquilla! Que si es por eso yo te invito ahora mismo a cenar y lo solucionamos. En un momentito nos montamos una cena romántica —me dijo haciéndome ojitos—. Por cierto, ¿te han dicho alguna vez que ese gesto tuyo de morderte el labio es tremendamente sexi?

—Unas pocas, jajaja —reí—. ¿Sabes? Eres un sol —añadí, acercándome para darle un beso en la mejilla, que recibió con una gran sonrisa—. Me gustaría agradecerte todo lo que haces siempre por mí. Pero de la forma que tú quieres, no. Yo... no puedo.

—Sí, lo sé —asintió, poniendo carita de pena—. ¡Hijo de puta con suerte! —exclamó. Obviamente se refería a Jota—. Aún no puedo creer que después de todo lo que te hizo, sigas enamorada de él. Ese no sabe lo que hizo eligiendo a la bicho esa en lugar de a ti.

A punto estuve de echarme a llorar al recordarlo. Miguel se acercó para darme un abrazo, lo que me reconfortó. Y me dio pena no poder corresponderle como sé que le hubiera gustado. Era un chico guapo, cariñoso y tremendamente divertido, pero en mi mente y en mi corazón, solo había sitio para Jota.

—Bueno, ¿y tú? ¿Qué hacías paseándote bajo el temporal? —le pregunté, tratando de distraer mi mente de otros pensamientos.

—No estaba paseándome, ¡he salido a entrenar!

—¿Haciendo marcha para entrar en calor? —pregunté, esbozando una sonrisa.

—Es que, ya sabes, es San Valentín y Alex está con su chica y... bueno, ¡que me han echado!

—dijo haciendo un puchero—. Expulsado de la casa de Gran Hermano por mis propios compañeros —añadió resoplando.

—Jajaja —me carcajeé—. ¡Con que tú también eres un dramas! Si te viera mi ex-entrenadora, diría que tú y yo seríamos la perfecta pareja teatral.

—¡No te rías! Claro, como tú no tienes que compartir habitación... Ahora tendré que vagar como Golfo, el perro vagabundo, suplicando por un techo bajo el que refugiarme. —Hizo morritos tratando de aguantar la risa.

—A ver, eso tiene solución. Si quieres vienes a mi casa, ponemos una peli de acción y comemos palomitas... ¡celebremos una fiesta de solteros en el Día de los Enamorados!

—¿Y Rocío y Sonia? —preguntó él.

—Ellas también están celebrando San Valentín, me temo. —Sonreí—. Han salido, así que me parece que estaremos solos.

—Ummm, suena bien. ¿Me romperás un brazo si te meto mano? Porque no creo poder resistirme —sonrió.

—¡Más te vale no intentarlo, campeón! O tendrás que aprender a correr con un cabestrillo. —En el fondo, su chulería y su insistencia tenían su encanto.

Nos acercamos a la barra a pagar los chocolates mientras me colocaba la bufanda y el abrigo de nuevo. Salimos a la calle, y casi corrimos hasta nuestro portal. Estaba anocheciendo y la temperatura había bajado por debajo de los cinco grados.

Llegamos a la puerta, discutiendo entre risas y tratando de decidir qué película ver. Yo quería ver una de Quentin Tarantino, con mucha sangre, y él una de miedo, con la única intención de que me asustara y me refugiara entre sus brazos. Al abrir, una perraza de veinticinco kilos de peso se me tiró encima.

—¡Aliiiiiii! ¡Mi pequeña! —exclamé echándome al suelo de la entrada, dejando que me cubriera de lametones.

—¿Pequeña? —preguntó Miguel divertido. Él aún no había tenido el honor de conocerla.

—Alina, pero... ¿cómo has llegado hasta aquí? —Una sonrisa enorme iluminó mi rostro—. ¿Papi? ¿Papá? ¿Dónde estás?

Me levanté, y salí corriendo hacia el salón. Tres días antes, hablando por teléfono, le había contado entre lágrimas lo sola que me sentía. “¿Quieres que vaya a buscarte, cariño?”, me había preguntado. “No, papá, ya estoy mejor, sólo necesitaba desahogarme un poco, gracias. Es que... ¡os echo tanto de menos!”. “Lo sé, pequeña. Y nosotros a ti. Prometo cogerte unos días pronto y

Alina y yo iremos a verte.”

Y ahora, había cumplido su promesa. O tal vez no. Me quedé clavada en el suelo al ver que, el que estaba sentado en el sofá de mi salón, sosteniendo un pequeño ramo de flores, no era mi padre, sino Jota.

19 SAN VALENTINES Y UN REGALO

—Hola. —Fue la única palabra que acerté a pronunciar al verla. Estaba más bella que nunca. Quizá algo más delgada. Y también parecía cansada. Una leve sombra oscura bajo los párpados me preocupó. ¿Dormiría lo suficiente? Temía que el ritmo frenético de entrenamientos le estuviera pasando factura. La había seguido por televisión en cada competición, y sabía que durante el último año había viajado por más de media Europa.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó temblorosa.

—Yo... Tu compañera Sonia me ha dicho que se tenía que marchar, pero que podía esperarte, que no tardarías en volver. —La miré. Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas. Parecía feliz. ¿Lo sería? Sentí que los celos me carcomían al ver al chico que se acercaba a ella, situándose a su lado. ¿Sería él el motivo de su felicidad? El corazón se me encogió al pensarlo.

—Lili, estaré abajo en la cafetería —le dijo aquel, posando su mano en el antebrazo de ella, mientras me miraba fijamente—. Si necesitas algo no dudes en llamarme, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias, Miguel. Estaré bien —contestó ella poniendo su mano sobre la de él y apretando levemente.

El chico se despidió con un beso en la mejilla, dio la vuelta y salió del apartamento. “Le ha llamado Lili” pensé entristecido. Sabía lo que ese nombre significaba para ella, y que sólo lo reservaba a las personas que le importaban.

—¿Quieres tomar algo? No hay demasiada comida, casi siempre comemos en el CAR, pero hay café, chocolate, zumos... —me preguntó dirigiéndose a la cocina, separada del salón tan solo por una pequeña barra americana.

—¿Tienes tila? —pregunté, casi en un susurro

—Sí ¿Doble?

—Por favor —contesté—. Con dos de azúcar. —Sonreí al recordar que ella también la tomaba así.

Mientras se calentaba el agua en el microondas, cogió dos tazas, y puso dos bolsitas y dos cucharadas de azúcar en cada una de ellas. Una vez el agua comenzó a hervir, la sacó y la vertió en las tazas. Su mano temblaba ligeramente cuando me tendió la bebida.

—¿Qué haces en Madrid, Jota? —preguntó, sentándose a mi lado en el sofá, pero evitando mi mirada.

—Mañana empiezo aquí cerca un curso de entrenador de básquet. Llevo unos meses ayudando a Fede con los más peques y estoy disfrutando mucho la experiencia.

—¿Has dejado el equipo? —preguntó sorprendida, mirándome por primera vez a los ojos desde que había llegado.

—No, aún no, pero... estoy muy cansado, Lili. Los entrenamientos y los partidos ya no son lo mismo desde que tú... bueno, ya no es igual —confesé avergonzado.

—Y, ¿por qué...por qué estás aquí? —preguntó confundida.

—No podía soportar ni un día más sin verte, Lili, lo necesitaba. Tu padre me dijo que iba a venir y le convencí para que me trajera con él —confesé.

—¿Mi padre está aquí? —dijo ella incorporándose y mirando alrededor.

—Se ha quedado en el hotel. Le supliqué que me dejara unas horas a solas contigo. Me ha dicho que vendría mañana. Sacará a pasear a Ali mientras estés entrenando y luego irá a verte al CAR. Se la llevará de vuelta a casa el miércoles —expliqué.

—Ajá —asintió, sin añadir nada más. Y yo, respiré aliviado. No parecía demasiado enfadada o decepcionada.

—Lili, necesito que hablemos, que lo aclaremos todo. Cada minuto que pasa, cada día, siento que se nos escapa la oportunidad de, al menos, ser buenos amigos. Tú eres especial para mí. Yo... aún te quiero —confesé avergonzado, y deseando oír lo mismo de sus labios.

—Me contó Irene que habías roto con Vanesa —dijo, casi ignorando mis últimas palabras, aunque por como tragó saliva, supe que le habían afectado.

—En realidad nunca volvimos a estar juntos, Lili. El día de la gala, cuando pasó todo, se estaba despidiendo de mí. Me dijo que al vernos juntos se había dado cuenta de que realmente estaba enamorado de ti. Me pidió perdón y me deseó suerte —expliqué.

—Te engañó, Jota. Nunca deseó tal cosa. Desde el primer momento quiso separarnos —admitió ella.

—Lo sé, Lili. Como no entendía qué es lo que había pasado, hablé con Irene. Me contó lo que habíais oído en el baño, la conversación entre Vanesa y Victoria —cogí aire y continué—. Cuando fui a pedirle explicaciones me mintió, lo negó todo. Dijo que todo era una farsa, que tú y tus amigas lo habíais inventado para alejarnos. Incluso insinuó que habías puesto laxante en mi botellín de agua tras nuestra ruptura, para evitar que ella y yo nos viéramos durante el partido de ese sábado y pudiéramos aclarar las cosas y reconciliarnos.

—¿Que... qué? —enrojeció enfadada—. ¡Claro, y de paso me eché yo también en mi botella para auto-boicotearme! ¡No te jode!

—Tranquila, Lili —dije. Dejé a un lado el ramo de flores, acababa de darme cuenta de que aún

no lo había soltado, y posé mi mano sobre la suya, intentando calmarla. Cogí también su taza y la dejé sobre la mesita del salón—. Yo jamás dudé de ti —afirmé mirándole a los ojos—. Con aquellas palabras hizo que aflorara toda mi rabia. Le dije cosas horribles. Que estaba enferma. Que no quería volver a verla, que saliera de mi vida para siempre. Unos días más tarde intentó suicidarse cortándose las venas, pero su madre la encontró a tiempo. Me rogó que fuera al Hospital a verla, pero fui incapaz. Teresa me dijo que estaba muy arrepentida, que le había reconocido a ella que fue quien había puesto los laxantes como venganza por, según sus palabras, haberla despreciado en el bar aquella noche, y que esperaba que algún día pudiera perdonarla. Pero no he podido hacerlo. Vanesa me destrozó la vida.

—¿Y por qué se supone que debo creerte? Si hubiera sido así las chicas me lo habrían contado —dijo algo enfadada.

—Las chicas no sabían nada —contesté—. Sus padres quisieron mantenerlo en secreto. Cuando Vanesa se recuperó, marchó a Granada con sus tíos. No he vuelto a verla desde entonces. Lo único que supo Irene es que rompimos y ella se fue.

Lili parecía confundida, pero por su mirada, supe que confiaba en mí. Sólo estaba tratando de digerir mis palabras.

—Irene me dijo desde un principio que era mala persona... ¡cuánta razón tenía!

—Sí, tenía razón, y aun así, tú creíste a Vanesa, y en lugar de hablar conmigo, me alejaste de ti. Me mató que no confiaras más en mí, Lili. Después de todo lo que vivimos juntos...

—Yo... lo siento. —Rompió a llorar, tapándose la cara con las manos, avergonzada. Me acerqué a ella y la abracé, cobijándola entre mis brazos—. ¡Fui tan estúpida! Debí escucharte. Debí hacer caso a mi corazón, tragarme mi orgullo e irte a buscar antes de marcharme. Yo nunca quise perderte. Perdóname, Jota —suplicó, limpiando sus lágrimas con el dorso de su mano, mojando la camiseta.

—Claro que te perdono, Lili. Perdóname tú a mí también por no haber tenido valor de acercarme el día de tu marcha. Estuve allí, en la estación, pero tuve miedo a tu reacción y te vi partir, desde la distancia, sintiendo como el corazón se me partía en mil pedazos. Estos han sido los dieciocho meses más duros de mi vida.

—Lo sé. Las chicas... bueno, siempre me decían que te llamara, que lo estabas pasando realmente mal. Las pasadas Navidades, cuando fui a Alicante, me encontré con tu hermana María.

—¿En serio? No me dijo nada —contesté sorprendido.

—Le pedí que no lo hiciera —susurró algo avergonzada—. Le pregunté por ti. Me dijo que habías perdido la ilusión por todo, pero pensé que era por tu ruptura con Vanesa. Lo siento

—añadió de nuevo.

—No tienes por qué disculparte más. Lo importante es que por fin lo hemos aclarado todo. No quiero que haya más malentendidos entre nosotros. Si hay algo que te haga dudar, que te preocupe, habla conmigo, ¿me lo prometes?

—Sí, así lo haré.

Le acaricié la mejilla, limpiando las últimas huellas de sus lágrimas.

Lili se estiró hacia mí, regalándome el aroma de su pelo, que había permanecido en mi recuerdo todo este tiempo. “Sigue oliendo igual de bien” pensé. Cogió el ramo de flores que había dejado a mi lado.

—Son muy bonitas. ¿Son para mí? —preguntó tímidamente.

—Claro, ¿para quién si no? —respondí divertido.

—Gracias. Es mi primer regalo de San Valentín en diecinueve años —dijo, esbozando una tímida sonrisa.

—¿Nunca antes...?

—No. Bueno sí, en el cole hacíamos tarjetas para regalar a quién quisiéramos, pero eso no cuenta —respondió.

—¿Y... Miguel? —pregunté, temeroso de recibir una respuesta que no me gustara.

—Miguel sólo es un buen amigo —contestó convencida—. Y en los últimos meses un gran apoyo, aunque por nuestros calendarios de competiciones hayamos coincidido poco.

—Yo... creí que después de todo este tiempo igual me habrías olvidado y... —suspiré aliviado.

—No podría, Jota. Sólo hay sitio en mi corazón para ti —confesó mirándome a los ojos. Los suyos parecían anhelantes. ¿Qué haría si la besara?

—Tengo que irme, Lili —dije sin ganas, desechando la idea del beso. Temía asustarla—. Mañana he de madrugar, supongo que tú también y...

Miró el reloj, y sorprendida exclamó:

—¡Son casi las diez! El tiempo siempre vuela cuando estoy contigo —dijo en un suspiro.

—Sí, es verdad. Me gustaría verte algún día más esta semana... ¿crees que podríamos? Tampoco quiero que tu padre me acuse de robarte tiempo para estar con él —confesé, al tiempo que me levantaba del sofá.

—¿Cuándo vuelves a Alicante? —preguntó mordiéndose el labio.

—El viernes por la noche. A las ocho sale el tren —contesté.

—Te llamaré, te lo prometo —afirmó convencida.

Y por cómo me miró cuando cerró la puerta tras de mí, supe que lo haría.

20 AÑOS ENAMORADO DE UN ÁNGEL

—Papi, ¡no deberías comer tanto dulce! —le reñí, quitándole la cuchara de una mano y el plato con el coulant de chocolate de la otra.

—¡Déjame anda! ¡Es el único placer del que disfruto! —gruñó—. Además, ¡sólo lo haces porque quieres comértelo tú! —dijo frunciendo el ceño mientras yo lamía los restos de chocolate de la cuchara.

Me reí. Ambos disfrutábamos del postre tras la cena. Habíamos bajado a tomar unas tapas a un pequeño bar cerca de mi casa.

—¡Es que está taaaaan rico! Y ahora apenas puedo disfrutarlos. Cada cucharada de chocolate son dos horas de trabajo en el gimnasio —contesté con una mueca de fastidio—. Diana siempre está muy pesadita con el tema del peso, y si engordo un kilo ya me está agobiando. ¡Estoy convencida de que esa mujer se alimenta de lechuga y brócoli!

—Hija, ¡es que en cada nueva edición de la “Ruta del Cupcake” os ponéis como el quico! Lucía me contaba entre lágrimas que la última vez volvió de Madrid con dos kilos más.

—Jajaja, ¡qué exagerada! Si luego además ella los pierde en una semana de entrenamiento...

—Sí, eso es verdad. Y más ahora que está entrenando muchísimo. Esa jovencita va a llegar lejos, Lili, como tú. Se está esforzando mucho para llegar donde tú estás. —añadió amorosamente. Desde mi marcha, había “adoptado” un poco a Lucía, a la que acompañaba a entrenamientos y competiciones cuando sus padres no podían. Y yo estaba encantada de que ambos se hicieran compañía, si eso les ayudaba a no echarme tanto de menos.

—Siempre ha sido la mejor —confirmé.

—Bueno, y ahora hablemos de cosas más serias —me dijo mi padre—. ¿No me vas a contar nada de ayer?

—¿Ayer? ¿A qué te refieres? —contesté haciéndome la distraída.

—Lo sabes perfectamente, cariño. Me hice más de cuatrocientos kilómetros con un joven copiloto preguntándome cada cinco minutos si creía que aceptarías verle o le darías con la puerta en las narices. Te juro que me planteé abandonarlo en una gasolinera en dos ocasiones —dijo divertido.

—¡Ay, papi! ¿Por qué lo trajiste contigo? —suspiré.

—¿Por qué dices eso? ¿No te alegras de que lo hiciera? —preguntó intrigado.

—Sí. No. No sé.

Mi padre soltó una sonora carcajada.

—Ay, princesa... tan indecisa como siempre.

—Es que... a ver, no es que no me alegrara verlo. Me gustó mucho que aclaráramos las cosas, que habláramos, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó, animándome a seguir.

En ese momento, Javi y Miguel entraron en el bar y se acercaron a saludarme.

—Lili, Sr. Ribera —dijo Miguel con un gesto de cabeza—. ¿Disfrutando de la cena? —añadió divertido al verme saborear el coulant.

—Y de la compañía —añadí yo con una sonrisa—. ¿Vais a cenar? ¿Queréis sentaros con nosotros?

—Gracias Elia —contestó Javi—. Pero ahora mismo vienen Alex y David y no queremos estropear este ratito con tu padre.

Ambos chicos se sentaron en una mesa algo alejada.

—¿Por dónde íbamos? —pregunté siguiéndoles con la mirada.

—Por el “pero”. Imagino que ese chico no tendrá nada que ver, ¿no? —preguntó mi padre mirando a Miguel. Cuando hablamos en Año Nuevo le conté que había intentado tirarme los tejos.

—¿Pero qué perra os ha entrado con Miguel! —exclamé algo enfurruñada—. No, papá, no tiene nada que ver. Sólo es un amigo.

—Ajá —afirmó no muy convencido.

—En serio, papá. Yo... sigo enamorada de Jota. No sé por qué motivo. Ni tampoco sé si eso me hace bien o me complica la vida. Pero no puedo pensar en nadie más así... de esa manera. ¿Tú me entiendes?

—Claro que sí cariño. ¡Quién mejor que yo! Sabes que, después de más de veinte años, sigo enamorado de tu madre. Para mí no volverá a haber nadie como ella en mi vida. Me robó el corazón y ya no puede pertenecer a nadie más, salvo a ti, que eres el tesoro más grande que me dio a cambio —añadió con los ojos brillantes.

—Nunca me has contado como os conocisteis, papi.

—Pues... éramos muy jóvenes. Ella apenas tenía la edad que tienes tú ahora. La primera vez que la vi estaba en la playa del Postiguet. Había una exhibición de vuelo de cometas. Tu tía Eva y yo intentábamos volar una cometa en forma de mariposa que habíamos fabricado nosotros mismos. Tu madre estaba con sus amigas junto a la barandilla y nuestra cometa cayó a sus pies. Me acerqué

a recogerla, y al llegar junto a ella me enamoré. Parecía un ángel con aquel vestido blanco. Tenía tus mismos ojos, del azul más claro que había visto nunca.

“¡Qué cometa más bonita!” exclamó. “Se parece a Lili” añadió. “¿Quién es Lili?” le pregunté. “Lili, la pequeña mariposa. ¿No conoces ese cuento?” Al negar con la cabeza añadió: “Quizás algún día te lo cuente”

Aquella mañana cruzamos nuestra mirada infinidad de veces. Al finalizar la exhibición ya se había marchado, pero no pude quitármela de la cabeza. Al día siguiente, guiado por mi instinto, volví a la playa. Y allí estaba ella, sentada en un banco del paseo. Y me sonrió y en ese momento supe que mataría por ver cada día aquella sonrisa.

—¡Qué bonito! —y añadí pensativa—. Un momento... ¿has dicho que eso fue hace veinte años? ¡Pero sí esos son los que cumplo yo en menos de dos meses!

—Algo más de veinte, sí. Corrimos demasiado. Cometimos algunas locuras y... mamá se quedó embarazada de ti cuando apenas llevábamos juntos un mes. Cuando nos casamos ya estaba de casi cinco meses —explicó avergonzado—. Todo el mundo decía que estábamos locos, que éramos muy jóvenes y nos arrepentiríamos de aquello, pero el tiempo demostró que estaban equivocados. Hasta tu abuela, que había dejado de hablarnos, tuvo que reconocer que nos amábamos. —Una lágrima rodó por su mejilla—. Aún la amo —corrigió.

—Papá... —dije secándole la cara con una caricia—. ¿Tú crees que Jota me quiere?

—Cariño, yo sé que estáis en una edad difícil. Las cosas ahora no son como hace veinte años, o cuarenta. Pero ese chico se ha preocupado por ti desde el mismo día de tu partida. Ha celebrado conmigo cada una de tus victorias. Ha sufrido cada vez que te veíamos caer —y añadió—: Sí te quiere, Lili. No sé si tanto como yo quería a tu madre. Pero sé que para él eres su mundo, y que se derrumbó cuando te marchaste.

—Yo... ¿crees que debería volver con él? —pregunté—. Le quiero. En todo esto tiempo no he dejado de quererle. Pero tengo miedo. No sé si soportaría perderlo de nuevo.

—Una vez alguien dijo “más vale arrepentirse de lo que uno hace, que de no haber tenido el valor de hacerlo”. Sé valiente, hija. Yo creo que ambos os debéis una segunda oportunidad.

21 MARZO. LLEGA LA PRIMAVERA.

Miré una vez más la foto que me había puesto de fondo de pantalla en el móvil. Lili me miraba sonriente. Estaba muy graciosa con un abrigo de pelo blanco con capucha y orejitas.

~21 de marzo, llega la primavera. Pero aquí estamos a seis grados bajo cero. ¡Qué frío!

Me había mandado el WhatsApp la tarde anterior, desde Moscú, donde competía ese mismo día.

En ese momento estaba sentado junto a mis amigos en casa de Héctor, planeando qué hacer en su despedida de soltero. Víctor quería que fuéramos a Granada un fin de semana.

—Ese es el último lugar del mundo al que querría ir —aseguré—. Con la mala suerte que tengo últimamente, seguro que me la encuentro.

—¡Ostias, tío! ¡Es verdad! —contestó Víctor—. Perdóname Jota, no me acordaba.

—No te preocupes —le dije dándole unas palmaditas en el hombro. Hacía ya tanto que Vanesa había desaparecido de mi vida que entendía que mis amigos olvidaran que se había marchado allí.

—¿Y si vamos a Benidorm? ¡Seguro que allí hay un montón de guiris buenorras con las que ligar! —preguntó Eloy. Él y Carla eran los únicos del grupo que ya no estaban juntos. Hasta Lucía se había ido ganando con su dulzura a Víctor, que ahora bebía los vientos por ella.

—Uff, no me apetece nada —dijo Izan.

—Ni a mí —añadió Héctor—. ¿Por qué no nos quedamos por aquí? Al fin y al cabo, también va a ser una despedida de mi “terreta”. No tenemos que salir de Alicante para pasarlo fenomenal. Yo con que estéis vosotros, ya soy feliz.

—Además, seguro que a las chicas les mola la idea de que luego nos veamos. Podríamos desayunar todos juntos —dijo Izan—. ¿Tú qué opinas, Jota?

Me sorprendió mirando ensimismado la foto.

—Perdona, no te he oído, ¿qué decías? —me excusé, algo avergonzado.

—Nada, nada, ¡estás perdonado! —contestó mi amigo entre risas.

—Joder, Jota, estás peor que la primera vez —dijo Eloy divertido—. ¡Sí que te ha dado fuerte!

—Es que, hasta ahora, no había conocido a nadie como ella —contesté.

Un mes antes...

Miré algo intranquilo el reloj. Eran las siete y media y el tren saldría en media hora. A Lili y a mí nos había resultado imposible vernos antes aquella semana, aunque habíamos hablado por WhatsApp las últimas noches. La anterior me había prometido que se escaparía para despedirme en la estación.

A las ocho menos veinte la vi entrar corriendo. Llegó a mi lado jadeante y con las mejillas sonrojadas por el esfuerzo.

—¡Hola! —saludó con la voz entrecortada—. Siento haber llegado tan tarde. Diana no me ha dejado salir antes y he perdido un par de autobuses.

—No pasa nada, Lili. Lo que cuenta es que estás aquí. ¿Quieres sentarte un rato? —dije señalando un banco junto al andén.

—Sí, por favor. ¡Me falta el aliento!

“Y a mí también. Cada vez que te veo.” Pensé.

Nos sentamos juntos.

—¿Qué tal el curso? —me preguntó, mientras trataba de volver a respirar con normalidad.

—Oh, realmente bien. He aprendido bastante. La gente piensa que el ser un buen jugador te convierte en buen entrenador. Pero son muy diferentes las cosas cuando las vives desde el otro lado.

—Ya. Imagino.

—Seguramente vuelva en un par de meses. En mayo me han confirmado que habrá otro curso y me guardan la plaza si quiero participar.

—Eso sería genial. ¡Ojalá podamos coincidir por aquí entonces! Ya sabes, el calendario de competiciones es algo intenso —dijo con voz algo apagada.

—Sí, lo sé. Lili... Oye, ¿estás bien? Quiero decir... Pareces cansada. Y estás algo más delgada.

—Estoy bien, Jota. La Alta Competición es dura, hay mucha disciplina, pero la constancia y el esfuerzo son mis aliados para conseguir el éxito. No te preocupes por mí, ¿vale?

—Si me preocupas, Lili. Tú... me importas.

—Lo sé. Y eso es lo único que me faltaba para ser completamente feliz —añadió sonriente.

—¿El qué? —pregunté

—Tú. Aquí. Dándome fuerzas para seguir luchando por todo lo que vale la pena. La gimnasia. Y esto —dijo señalándonos a los dos. Y levantándose, añadió—: Venga, sube a ese tren o lo

perderás.

Me levanté, y al acercarme para darle dos besos, se puso de puntillas y me besó en la boca.

—¿Y esto? —pregunté, llevándome la mano a los labios, sorprendido pero feliz.

—No quiero pasarme el resto de mi vida llorando por haberte perdido. Te quiero demasiado, Jota —añadió mordiéndose los labios, como siempre hacía cuando estaba nerviosa.

—Yo también te quiero, Lili. ¿Nos veremos pronto? —pregunté, esperanzado y lleno de alegría, mientras me acercaba al tren, que estaba a punto de salir.

—Si no pasa nada, ¡en la boda! —dijo ella alzando la voz—. ¡Pasadlo bien en la despedida!

El timbre interrumpió mis recuerdos. Las cuatro chicas entraron en tropel en el salón, llenándolo de alegría y risas. Repartieron besos y abrazos y se sentaron junto a nosotros. Como siempre que había competición, y si el calendario de partidos y demás nos lo permitía, nos juntábamos para ver a Lili en la televisión.

—¡Hemos traído helado! —dijo Sofía mientras se sentaba en el regazo de Izan.

—¡Y pizza! —añadió Lucía revolviéndole el pelo a Víctor, que la miró embobado.

—¡Y una gran sorpresa! —dijo Carla, que se agachó para besar a Eloy en la mejilla. Era una suerte que siguiera habiendo buen rollo entre ellos a pesar de no estar juntos.

—¿Una sorpresa? —preguntó Héctor, tomando entre sus brazos a la que en breve sería su mujer.

—Yo les he dicho que es una locura —dijo ella, que como siempre había sido la voz de la sensatez—. Pero están todas convencidas de que es una idea genial.

—Shhhh, ¡atentos! —interrumpió Lucía—. ¡Ya sale Lili!

Seguíamos en directo la actuación desde el Complejo Deportivo Druzhba. En el rótulo de la pantalla, su nombre: Elia Ribera (ESP).

—¡Vamos Lili! —aunque no pudiera oírme, necesitaba decirlo, como si estuviera convencido de que le iba a llegar ese grito de aliento a través de la televisión.

Lili extendió la cinta en el suelo, y se preparó sujetándola con el pie a medio camino entre los dos extremos. Era el primer estreno en esa temporada de aquella coreografía, que, según ella, le podía llevar a lo más alto. El pitido dio paso a unos acordes de piano de una melodía que enseguida reconocimos: “Time to say goodbye” de Andrea Bocelli. Lili comenzó el ejercicio con una voltereta lateral, lanzando la cinta con el pie a lo más alto. A continuación, una serie de giros,

“fuetés” o algo así había dicho Carla que se llamaban, ejecutados con una gran precisión y sin perder en ningún momento la verticalidad. Un par de lanzamientos altísimos y dos recogidas perfectas, seguidas de varios equilibrios en los que Lili dejó una vez más patente su gran elasticidad. Y siempre con una enorme sonrisa, que no perdió siquiera cuando la cinta se le enredó ligeramente tras una secuencia de pasos. Y el final, espectacular.

En aquel salón nos descubrimos todos conteniendo la respiración. Lucía contenía las lágrimas de emoción. Un 9,750 en dificultad, un 8,500 en ejecución. En total, 18,250, nota que la situó en la primera posición. Todos nos levantamos de un salto, celebrando juntos su victoria. Sabíamos que aún quedaba por delante mucha competición, pero, pasase lo que pasase, Lili era nuestra campeona.

—Bueno, ¿y cuál era esa sorpresa tan genial? —preguntó Víctor trayéndonos de vuelta a la realidad desde aquel mundo mágico al que Lili nos había transportado.

—¡Nos vamos a París! —exclamó una entusiasmada Sofía.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? —preguntó Eloy—. ¿París? ¿Y qué se nos ha perdido en París?

—Lili —contestó Irene—. Ella quería venir a la despedida, pero como estará compitiendo en el Grand Prix de Thiais, le llevaremos la despedida allí.

—¡Pero eso es genial! —contestó Izan—. Sólo que... ¡nos va a costar un pastón!

—En realidad no tanto, cariño —replicó Sofía—. Tenemos un amigo común cuyos tíos nos prestan una preciosa villa en la Rue Joliot-Curie, a las afueras de la ciudad, muy cerca de donde se disputa el Gran Premio.

—¿Un amigo común? —preguntó Héctor.

—Ese debo ser yo —respondí asombrado—. Aunque he de decir que soy el primer sorprendido. Mi padre no se habla con su primo Claude desde hace años.

—Digamos que le debes una a tu hermana, Jota —añadió Lucía—. Ella ha sido la intermediaria.

—¿María? —pregunté aún más sorprendido.

—¿Tienes más hermanas que no conozcamos? —preguntó divertido Eloy.

—No, es sólo que... no sé, no me lo esperaba —contesté.

—Creo que no hay nada que pueda hacerla más feliz que verte feliz a ti, Jota —dijo Irene—. Y ella sabía que esto te gustaría.

—¿Y cómo iremos hasta allí? —preguntó Víctor.

—¡Pues en avión! —contestó Carla convencida, mirándole como si hubiera preguntado una tontería—. Hemos encontrado unos vuelos baratísimos al Aeropuerto de Orly, a pocos kilómetros de la villa.

—Jajaja... ¡Lo que no consigáis vosotras! —exclamó Héctor.

—No hemos conseguido entradas para el Gran Premio —dijo apenada Lucía—. Tendremos que seguirla por televisión, y tratar de “secuestrarla” tras la última competición, antes de que vuelvan a Madrid. Celebraremos ese día vuestra despedida de solteros, ¡todos juntos!

Las chicas tenían razón. Era una idea genial y una gran sorpresa. Estaba entusiasmado, inmensamente feliz. Ni siquiera el hecho de que Lili quedara finalmente en tercer lugar pudo empañar aquel momento, aunque supe, por cómo se marchó del pabellón, que ese puesto la decepcionaba. ¡Había trabajado tanto!

22 RUE JOLIOT-CURIE: UN NUEVO PARAÍSO

—Diana, ¿puedo descansar un poco? —supliqué. Llevaba horas, repitiendo el mismo ejercicio, una y otra vez, y la rodilla izquierda, que arrastraba una pequeña lesión desde el Grand Prix de Moscú, estaba empezando a dolerme una barbaridad.

—Sí, Elia —contestó mi entrenadora, que se había dado cuenta de mis continuos gestos de dolor—. Ve a comer si quieres, te pasas por el fisio y vuelves sobre las cinco, ¿de acuerdo?

—Vale, gracias. —Me despedí de mis compañeras mientras me ponía la chaqueta del chándal y me colgaba al hombro la bolsa de deporte.

—¡Y ponte hielo! —añadió cuando ya salía por la puerta.

—¡Lo haré! —me había girado para contestar, y al seguir avanzando me choqué contra otro deportista, lo que casi me hizo caer de culo.

“Algunas cosas no cambian” pensé, mientras recordaba sonriente que así era cómo había empezado todo con Jota.

—¡Lili! ¡Eres tú!

—Hola, Miguel —saludé a mi amigo—. ¿Has terminado de entrenar?

Tenía el pelo mojado y olía a jabón.

—Sí ¿Sales a comer? —preguntó.

—Sí, pero no me quedo aquí. Voy a casa. La rodilla me está dando problemas y necesito descansar y ponerme un poco de hielo.

Parecía algo desilusionado.

—¿Estás solo para comer? —pregunté. Y sin darle tiempo a responder, añadí—: ¿Quieres venir? Las chicas no vendrán hoy, así que creo que puedo improvisar una ensalada de pasta o alguna tortilla para dos.

—Ummm, suena rico. ¡Vale! —dijo cambiando la cara.

Caminamos el par de manzanas que separaban el CAR de nuestro edificio, aunque por cómo me latía la rodilla hubiera dado un mundo por evitarme el paseo. Deseé estar recuperada para el Grand Prix de Thiais del siguiente fin de semana. En dos días viajábamos a París.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Miguel cuando ya llegábamos al portal, como si hubiera leído mis pensamientos.

—El miércoles volamos —le dije.

—¿Tendréis tiempo para hacer turismo? La competición empieza el viernes, ¿verdad?

—Sí. Creo que el jueves por la mañana nos darán algunas horas libres —contesté, deseando que así fuera.

—No dejéis de visitar el Parc de Cluny, junto a la Abadía. Es un lugar mágico. En primavera se ve precioso, sus árboles rosados, los lechos de flores blancas junto al camino... Y tiene unos impresionantes jardines de agua.

—¡Oh! ¡Suena bien! Lo tendremos en cuenta. Creo que además queda muy cerca del hotel.

Acabábamos de llegar a casa. Dejé mi chaqueta en el perchero y me subí las mangas de la camiseta, dispuesta a cocinar.

—¿Por qué no me dejas a mí y descansas? —me dijo Miguel abriendo el congelador y sacando algunos cubitos de hielo que envolvió en un trapo de cocina—. Anda, ya has escuchado a tu entrenadora. Ve al sofá.

—Pero... no hace falta —mentí. La verdad es que me moría por descansar la pierna y que se pasara aquel intenso dolor.

—Veeenga, ¡no seas cabezota! —insistió, empujándome hacia el salón.

Me acomodé entre los cojines. Miguel cogió uno, lo puso sobre la mesita y la acercó para que pudiera poner la pierna estirada. Después, puso el trapo con el hielo sobre la rodilla, incitándome a cogerlo.

A continuación, rebuscó entre los armarios hasta encontrar el botiquín, y me acercó un vaso de agua y un ibuprofeno.

—Gracias —balbuceé.

—De nada. Miguel López, siempre para servirle, señorita —dijo haciendo una reverencia.

Me reí.

—A ver que tenemos por aquí... —dijo mientras abría la nevera y los armarios, uno tras otro.

—Miguel, en serio. Puedo hacerlo yo.

—¡Que no! ¿Qué pasa? ¿Es que no te fías de mí? —preguntó con gesto divertido—. Llevo desde los dieciocho años viviendo fuera de casa... ¡y ya tengo veinticinco! Te aseguro que es suficiente tiempo como para aprender a preparar un poco de pasta —dijo mientras llenaba la olla de agua y la ponía a hervir sobre la vitro.

—Vale, vale. No te enfades —contesté con una gran sonrisa—. Pero no pongas la cocina patas arriba o Sonia me matará. ¡Es una maniática del orden y la limpieza!

—No te preocupes. Por ser tú, hasta voy a limpiar. ¡La dejaré brillante, como la Torre del Oro!
¡Aquí están! —exclamó señalando triunfante los Farfalle de colores.

Reí de nuevo. Con Miguel siempre era fácil.

—¿Cuándo os vais vosotros? —pregunté, sabiendo que el Campeonato del Mundo de Atletismo se disputaba en breve.

—Salimos el viernes —confirmó, al tiempo que cortaba algo de lechuga y tomate sobre la encimera.

—China, ¿no?

—Sí —contestó totalmente concentrado en su tarea.

—Me encantaría ir a China —suspiré.

—¡Te lo cambio por París! —respondió divertido—. ¡Ay!, La Ciudad del Amor —suspiró.

—Jajaja. ¡Tú lo que quieres es conquistar alguna parisina!

—¿Yooo? ¡Ni hablar! Bueno... igual sí. Ya que cierta alicantina no me hace caso... ¡Es que estoy muy solo, quilla! —respondió entre risas.

—Yo quiero pasear por la muralla china, visitar la Ciudad Prohibida... ¡comer comida china!
—dije relamiéndome.

—¡Que te crees tú que la comida de allí es igual que la que te sirven aquí en el restaurante!
—contestó riendo—. Esta es mi segunda vez allí. En la primera se nos ocurrió probar comida callejera, ¡y casi acabo en el Hospital con una intoxicación alimentaria!

—¡Qué exagerado!

—Que no, quilla, que te lo digo muy en serio. Por experiencia propia te digo que, cuando vayas a competir a cualquier sitio, te limites a comer lo que te pongan en el hotel, que ahí sabes que no acabarás envenenada. Anda, prueba esto que sí que es comida rica, rica —dijo pasándome un plato de ensalada de pasta, mientras él se sentaba en el otro sofá con otro plato.

—¡Gracias! ¡Sí que está rica! ¡Qué bien me cuidas, Miguel! —le dije sonriendo.

—Y más que te cuidaría si me dejaras —añadió por lo bajinis, casi como si no quisiera que me enterara.

Le lancé un cojín.

—¡Migueeeel!

—¿Qué? ¿Qué no te lo crees? ¡Y mucho mejor que el Jota ese que tiene camelá! Si yo fuera él, ya me habría venido aquí a vivir contigo. ¡Mucho cuerpo y muy poca cabeza tiene ese tío!

Sacudí la cabeza. “¿Qué voy a hacer contigo, Miguel?” pensé.

Miércoles. Eran las cinco de la tarde y ya estábamos instaladas en el avión. El día anterior había tenido un poco de bajón. Me seguía molestando la rodilla y no creía estar al cien por cien. Incluso, hablando con Diana y el equipo médico, me había planteado no ir a Francia y reservarme para el Europeo. Pero cuando se lo conté a mis amigas no se podían creer que yo, que tan luchadora era, me rindiera antes de intentarlo siquiera. ¡Habían insistido tanto! Me habían dicho en el grupo que hasta habían organizado una fiesta para verme por la tele. Antes de apagar el móvil por el vuelo, leí el último WhatsApp de Jota de la noche anterior:

~La ilusión no se lesiona, Lili. Yo creo en ti y en tu talento. Y el día que tú lo hagas, volarás y ni siquiera el cielo será un límite para ti. Sé que puedes con esto. Y que mis pensamientos están contigo. Te quiero.

Jueves. Por la mañana habíamos dado un breve paseo por el Parc de Cluny, como había sugerido Miguel. “Nota mental: darle las gracias” pensé. Realmente era espectacular.

Rocío aplaudió entusiasmada junto a un templete de madera precioso que descubrimos al lado del lago.

—¿No os recuerda al que sale al final de la peli “Crepúsculo”? —preguntó emocionada.

—Este es mucho más bonito —respondió Sonia, admirando las paredes de madera tallada.

—Si alguna vez me caso —dijo Rocío—, me gustaría que fuera en un sitio como este.

Yo sonreí, pensando en la boda de mi amiga, y deseé que pasaran rápido aquellas tres semanas. ¡Me moría por verlas y por volver a besar a Jota!

Sábado. Al final y pese a la rodilla lesionada, había conseguido la medalla de plata, superando en una décima mi puntuación en Moscú. Estaba feliz. Iba leyendo un WhatsApp de Jota mientras salía del pabellón.

~¡Enhorabuena cariño! Sabía que lo conseguirías. Ya estás un paso más cerca.

*~Gracias —escribí—. Tú siempre has creído en mí. ¡Te echo tanto de menos!
Daría cualquier cosa por verte.*

Estaba tan distraída que casi no oí a mis compañeras susurrar a mi espalda, mientras se daban codazos.

—Sonia, tenías razón, ¡es guapísimo!

—¡Ey! ¡Tened cuidado! —les dije frotándome el costado tras recibir yo también un golpe de una de las chicas del Conjunto.

En ese momento, llegó su respuesta:

~No tienes que dar mucho. Unos pasos más y podrás hacerlo.

Levanté la mirada, confundida, y ahí estaba él. Apoyado en una barandilla junto al pabellón, con una chaqueta tres cuartos de cuero que le quedaba de muerte, dándole un aire malote que me volvía loca. Corrí a lanzarme a sus brazos, sin importarme lo que pensara Diana, que caminaba detrás de las chicas.

—¡Jota! ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has venido? ¿Cómo...? —le acribillé a preguntas mientras le abrazaba, hundiéndome en su pecho, mi refugio.

—Shhh, tranquila, las preguntas de una en una. ¿Crees que podrías escaparte unas horas conmigo? —preguntó mirando el semblante serio de mi entrenadora.

—Uff, dame un minuto, lo intentaré.

Fui donde esperaba Diana, abriéndome paso entre mis compañeras de Selección, que cuchicheaban divertidas.

—Diana, yo... ¿podría...?

—Salimos del Hotel a las once de la mañana, Elia. Si no estás allí mañana, puedes hacer las maletas y volverte a Alicante en el primer tren.

—¡Gracias! —dije dándole un abrazo—. ¡Mil gracias!

Ella se revolvió incómoda. No era nada dada a las muestras de afecto. En eso me recordaba mucho a Marina.

—¡Diviértete! —exclamaron mis compañeras, mientras yo bajaba las escaleras para encontrarme con mi amor.

—¿Dónde me llevas? —pregunté a Jota mientras me cogía la bolsa de deporte y me daba la mano.

—No vamos lejos, a menos de un kilómetro. ¿Qué tal tu rodilla?

—Parece que va mejorando. Creo que podré caminar. —Le miré de nuevo. Aún no podía creerme que estuviera allí, conmigo.

—¿Cómo has venido? ¿Dónde te quedas? —tenía tantas preguntas que hacerle.

—Encontré un vuelo muy barato y tengo familia aquí, en París. Mis tíos están de visita en

España y me han dejado su casa. Espero que no te importe —contestó.

—¿Importarme? Dormiría al raso si fuera necesario, con tal de pasar la noche a tu lado. Y... ¿por qué has venido?

—Bueno, yo... quería sorprenderte. Tenía muchas ganas de verte. Sé que has estado un poco agobiada la última semana, y tu cumpleaños está tan cerca...

—¡Aún queda algo más de una semana! —exclamé divertida. Y entonces, me acordé de algo—. Oye, ¿tú no tenías que estar celebrando la despedida de Héctor?

—22, Rue Joliot-Curie. Ya hemos llegado —anunció, ignorando mi pregunta.

Levanté la vista. Era una preciosa villa adosada de dos plantas con un pequeño jardín delantero. Jota abrió la blanca reja que franqueaba la entrada y me animó a pasar.

—Es más grande de lo que parece a primera vista —dijo, casi como excusándose.

—¡Es preciosa! ¡Y perfecta! —contesté dándole un codazo mientras abría la puerta—. Además, ¿para qué íbamos a necesitar nosotros una casa más gran...?

Una avalancha de serpentinas y confetis me impidió terminar. Cuando abrí los ojos, que había cerrado por la sorpresa, me encontré allí a todos mis amigos, que se abalanzaron sobre mí a felicitar me por mi medalla de plata. Y si antes la casa me había parecido bonita, ahora, con todas aquellas personas a las que tanto quería, se parecía mucho más al Paraíso.

—Pero... ¿vuestra despedida? —pregunté a Irene mientras la abrazaba.

—¿Qué pasa? ¿No te parece buen sitio París? —me contestó ella riendo.

—Lili, tú nunca has oído eso de “¿Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma”? —preguntó Héctor dándome un achuchón—. ¿Crees que íbamos a permitir que mi futura mujer tuviera una despedida de soltera triste? ¡Eres una de sus mejores amigas! ¡No podías faltar!

—¡Madre mía! Tenía clarísimo que mis amigas estaban locas, pero... ¡os están contagiando! —dije entre risas, mirando a los demás.

Jota se acercó para abrazarme.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —me preguntó al oído.

—¿Gustarme? ¡Me encanta! ¿Ha sido idea tuya?

—Sinceramente, no. Fue idea de las chicas. Se compincharon con mi hermana y lo organizaron todo ellas solitas... Nosotros fuimos los primeros sorprendidos. —confesó.

—Es increíble Jota. No podía imaginar mejor manera de pasar estas últimas horas en París —y sonrojándome, añadí—: Bueno, o quizás sí.

Al descubrir el hilo de mis pensamientos, él también enrojeció. ¿Por qué con él siempre me sentía así, como en una infinita primera vez? Odiaba sentirme como una quinceañera.

—¡Chicos! ¡París nos espera! —dijo Eloy acercándose a nosotros—. En una hora tenemos la reserva de la cena.

—Pero... ¡yo no tengo nada que ponerme! —exclamé mirando mi ropa. Había salido del pabellón con el chándal de la selección, y la poca ropa que llevaba se había quedado en el Hotel de concentración.

—Sí tienes, Lili —dijo Sofía—. Ven, vamos arriba. Tú y yo somos de la misma talla, seguro que hay algo que te pueda prestar.

—¡Seguro! —dijo Izan— ¡Su maleta pesa más que todos nosotros juntos!

—¡Idiota! —dijo Sofía sacándole la lengua—. Pues que sepas que casi todo lo que llevo es ropa interior... ¡que tú no vas a ver! —me cogió de la mano, tirando de mí hacia arriba.

El que se puso colorado entonces fue Izan.

—Jolin, ¡vaya carácter tiene tu muchachita, campeón! —añadió Víctor dando unas cariñosas palmadas en el hombro de su compañero.

Todos reímos.

Media hora más tarde subíamos a los taxis que nos llevaban al Restaurante. Sofía me había dejado un vestido negro algo corto, con las mangas de encaje. Jota sostenía mi mano en su regazo, lo que evitó que me mordiera las uñas, no así el labio.

—¿Nerviosa? —me preguntó, dándome un apretón en la mano.

—Emocionada —confesé—. Es mi primera vez en París.

—Me encanta ser parte importante de tus primeras veces —me susurró al oído.

Y en ese momento creí que podía morir por combustión espontánea.

Cenamos en una brasería con vistas a la Torre Eiffel, el Café du Trocadero.

—Es una pena que sea tarde para subir. Las vistas son espectaculares —dijo Jota durante la cena.

—Nosotros volveremos en nuestra Luna de Miel —dijo Irene—. Os mandaremos muchas fotos para daros mucha envidia.

—¡Qué mala! —dijo Lucía—. La verdad es que es una ciudad preciosa. A mí también me encantaría volver.

—Volveremos, princesa —dijo Víctor depositando un beso sobre la palma de su mano.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —rio Eloy, que estaba sentado enfrente de él.

—A ti lo que te pasa es que tienes mucha envidia, ¿no? —dijo Carla, haciendo burla a su ex.

—¡Chicooooos! ¡Haya paz! —dijo Izan. Y cogiendo su copa, añadió—: ¡Brindemos! Por Héctor e Irene, que en tres semanas estarán cometiendo la mayor locura de sus vidas. Por Lili, que dentro de diez días cumplirá veinte años pasando mucho frío en Minsk, donde se convertirá en Campeona de Europa. Y por todos nosotros, porque sigamos celebrando juntos los caprichos del destino, que nos llevó a entrenar junto a vosotras hace dos años.

Todos brindamos, riendo, felices. Y aquel fue sólo el primer brindis de muchos más aquella noche. Tras el Restaurante salimos a bailar y a tomar unas copas, hasta que a las dos, completamente agotada, supliqué a Jota que me llevara a casa. Víctor y Lucía se apuntaron a venir con nosotros en el taxi, no sin antes obtener de los demás la firme promesa de no volver demasiado tarde.

Lo primero que hice al llegar a la Villa fue quitarme los zapatos. Hacía tanto tiempo que llevaba zapatillas que los tacones me estaban matando. Subí las escaleras, ignorando el rumor sordo de mi rodilla, que me pedía descanso y un poco de hielo.

Jota me llevó hasta el dormitorio que ocupaba la buhardilla. El colchón descansaba directamente sobre el suelo enmoquetado de aquella cálida estancia. Me ayudó a sentarme a los pies de la cama.

—¿Te duele? —preguntó, acariciando mi rodilla—. He visto que cojeabas al subir.

—Sólo un poco. —No mentía, aunque sabía que probablemente cuando se enfriara, al día siguiente, dolería mucho más.

—¿Te traigo un poco de hielo?

—Sí, por favor. Y un poco de agua, si no te importa —tenía la boca seca.

—Claro, ponte cómoda —dijo ahuecando unos cojines que apoyó sobre la pared—. Enseguida subo.

—Jota, yo... no tengo pijama. —No había caído en pedirle alguno a mis amigas.

Se quitó la camiseta.

—Toma. Esto servirá. Enseguida subo —dijo sonriendo.

La cogí y aspiré su aroma, pensando lo bonito que sería levantarse con ese olor en la almohada cada día y recordé una frase de un libro que había leído recientemente: “Huelen como quiero que huelan mis sábanas el resto de mi vida”.

Me levanté, me quité el vestido, las medias y el sujetador y me puse su camiseta. Era tan larga

que me llegaba hasta casi las rodillas. Me senté en la cama con la rodilla estirada, masajeándola con los dedos.

—No tendríamos que haber salido —dijo Jota, que entraba en ese momento en el cuarto, sacudiendo la cabeza—. Mañana estarás peor.

—No te preocupes, tenemos los mejores fisios en el equipo, Jota. En una semana estaré recuperada.

Se sentó a mi lado en la cama, pasándome un vaso de agua fresca y poniendo con cuidado sobre mi rodilla un paño con hielo. Lo examiné detenidamente en la penumbra de la habitación. ¡Estaba taaan sexi sólo con los vaqueros! Esos abdominales marcados, perfectos. ¡Había pasado tantas noches recordando su cuerpo! Y entonces, algo llamó mi atención, algo que dos años antes no estaba ahí.

—¿Qué es esto? —dije señalando una sombra en su pectoral izquierdo, junto al corazón—. ¿Es un tatuaje? Creía que los odiabas —dije haciendo una mueca divertida. Y acercándome más, lo vi—. ¡Oh! Es una mariposa.

—Es Lili, la mariposa —confesó a media voz—. Me lo hice cuando te marchaste. Mi abuelo tenía la antigua creencia de que los tatuajes eran cosa de brujería y tenían poderes mágicos. Lo tatué con la esperanza de que fuera cierto y te retuviera siempre junto a mí, en mi corazón.

—¿Y ha funcionado? —le pregunté.

—Estamos aquí, ¿no? —contestó, en un susurro lleno de deseo.

Lo acaricié con la yema de los dedos, acercándome para depositar en aquel lugar un beso. Y después deslicé mi mano hacia abajo, haciéndole cosquillas alrededor del ombligo. Nos reímos. Y el deseo, que había ido creciendo durante aquellos largos meses separados, estalló entre nosotros, y nos besamos con pasión, robándonos el aliento. Se inclinó sobre mí, acariciándome por debajo de la camiseta, estremeciéndome.

—¡Ay! —exclamé

—¿Qué pasa? ¿La rodilla?

—No, esto. —Le enseñé un cubito de hielo—. El paño se ha abierto, se han desparramado por toda la cama y... ¡están muy fríos! Será mejor que los recojamos, antes de que se derritan y lo mojen todo.

Nos reímos con ganas, mientras tratábamos de pescarlos por todo el colchón. Jota se levantó y los dejó en el lavabo. Después regresó a mi lado. Seguía sonriendo, pero en su rostro había mucho más.

—Lili, no he traído... ya sabes. —Jota jadeaba junto a mi oído.

—No te preocupes. Empecé a tomar la píldora antes de venir a Madrid. Aunque no tenía sentido que siguiera tomándola después de lo que pasó, descubrí que regulaba mis ciclos y me calmaba los dolores. Así que no la dejé. Y... en todo este tiempo no ha habido nadie más. Sólo tú —confesé mirándole a los ojos.

Aquella noche pude sentirle al fin, piel con piel. Otra primera vez con él.

23 SON MUCHOS DÍAS SIN VERTE

Caminábamos de la mano junto al lago del Parc de Cluny. A pesar de no haber dormido más que un par de horas, y de que había tenido que poner todo su empeño en sacarme a rastras de la cama, ambos estábamos radiantes. Lili se había despedido ya de todos, recibiendo en la mayoría de las ocasiones meros gruñidos como respuesta.

Se había empeñado en que viéramos amanecer en aquel lugar, y la verdad es que empezaba a pensar que había valido la pena. La superficie cristalina del agua se había cubierto de amarillos, dorados y naranjas, entremezclados con los reflejos rosados de los árboles que bordeaban todo el camino. Los pájaros despertaban, llenando la mañana de una suave melodía. Lili se estremeció. No llevaba más abrigo que la chaqueta del chándal, y apenas eran las ocho de la mañana. La cobijé entre mis brazos.

—Ven —dijo ella—. Sé donde podemos resguardarnos un poco y seguir disfrutando de esta belleza.

Tomo mi mano y tiró de mí, apremiándome a caminar más deprisa. Mi otra mano, en el bolsillo, apretaba con fuerza la pequeña cajita que había viajado conmigo en la maleta. Llegamos a un templete de madera labrada, escondido entre árboles, pero muy cercano al lago, y nos adentramos en su interior. Apenas eran ligeras paredes con grandes ventanales sujetando un techo, pero enseguida notamos la diferencia de temperatura. Los primeros rayos de sol se colaban por cada rendija o abertura, dotando al lugar de una luz especial. Lili se acercó a una de las ventanas y se apoyó sobre la barandilla, mirando al lago.

“Ahora o nunca”, me dije, acariciando el pequeño estuche y tratando de infundirme valor.

—¿No es precioso? —dijo, interrumpiendo mis pensamientos—. Rocío dijo el otro día que, si se casaba alguna vez, le gustaría que fuera aquí.

Sonreí.

—Lili —dije, tomando su barbilla con mi mano, obligándola a girarse.

—Dime.

—Sé que aún faltan unos días para tu cumpleaños, pero como no voy a poder estar a tu lado este año, me gustaría entregarte ya mi regalo.

—Pero no tienes por qué...

—Shhh —dije poniendo mis dedos sobre sus labios, al tiempo que sacaba del bolsillo el pequeño estuche aterciopelado.

Lili abrió mucho los ojos.

—Dame tu mano, princesa. No te asustes. —Cogí su mano entre mis dedos. Sudaba ligeramente, y estaba temblando.

—Jota...

—Lili, me he pasado toda la noche en vela, observándote mientras dormías, feliz, calmada, preguntándome cómo sería despertar cada mañana a tu lado, y dándole mil vueltas a todo lo que llevo tanto tiempo queriendo decirte.

Ella sonrió nerviosa.

—Sé que somos muy jóvenes y quizás sea pronto para pensar en el futuro —la miré—, pero cada vez se me hace más difícil no hacerlo, teniendo en cuenta que no puedo imaginar un futuro que no sea continuación de este presente tan increíble que estoy viviendo contigo. No sé qué será lo que me hace pensar tanto en ello, quizá la tristeza de tenerte lejos tan a menudo, de sentir que veintitrés son demasiados días sin verte, o quizá sea la alegría de saber que pronto estarás de vuelta y de que contigo volverá mi felicidad. —Tomé algo de aire—. Has cambiado mi vida, Lili. Te conocí cuando menos lo esperaba, pero llegaste a mí cuando más te necesitaba. Nunca creí que sería capaz de sentir por nadie lo que comencé a sentir por ti en apenas dos meses. Parece increíble, pero es totalmente cierto. Me haces sonreír aún sin tener la intención de hacerlo, incluso cuando no te veo. Haces que me sienta dichoso durante horas por el mero hecho de tenerte a mi lado. Le das brillo a mi mirada cada vez que pronuncias mi nombre. Haces que entre en calor con sólo mirarme a los ojos, provocándome unas ganas incontrolables de abrazarte, de besarte... para no dejarte ir.

Una lágrima resbaló por su mejilla, aterrizando en nuestras manos unidas.

—No llores, por favor. Si no, no podré seguir —supliqué enjugando sus lágrimas y tratando de contener las mías—. Estoy enamorado de ti, Lili... tanto como creo que no lo había estado nunca. Y no me preguntes por qué. No sé qué es lo que te hace especial, lo que hace que esta relación lo sea, simplemente lo eres; lo es. Has hecho que me sienta el hombre más feliz del mundo... Y quiero que tú también lo seas. Quiero ser tu amigo, tu mejor amigo, aquel al que puedas acudir siempre que lo necesites, aquel con el que rías cuando seas feliz, con el que puedas llorar cuando estés triste, con el que puedas compartir conversaciones de madrugada... Quiero ser tu compañero, compartir tus éxitos y tus logros, que también serán los míos. El que te ayude a superar los malos momentos, cuidarte y consentirte cuando estés enferma. Quiero ser tu amante, aquel que sacie tu deseo, el único con el que vivas todas tus primeras veces.

Ambos sonreímos.

—Por eso —continué, sacando el anillo del estuche y deslizándolo en su dedo—, no quiero

que este regalo sea sólo un detalle por tu cumpleaños. Quiero que sea una promesa. La promesa de que, si algún día, da igual que sea mañana, dentro de un mes o de cinco años, tienes la certeza de que quieres estar conmigo para siempre, aceptes ser mi mujer.

—Ya la tengo, Jota —dijo en un susurro.

—¿Qué? —pregunté sin entender, mirándola a los ojos.

—Hace ya mucho que tengo esa certeza, que ansío estar contigo para siempre. Y que sí, acepto. Quiero ser tu mujer.

La cogí en volandas, abrazándola tan fuerte que por un momento temí aplastarla. Lili, mi pequeña mariposa, ya nunca más volaría sola.

La despedida en la puerta del Hotel fue el único recuerdo triste de un viaje de ensueño. Lili marchaba a Madrid, y allí estaría menos de una semana antes de volar a Minsk, lugar donde se disputaba el Campeonato de Europa. En su dedo, el anillo con una pequeña ágata verde engarzada, piedra que se decía atraía la suerte a los deportistas. Sabía que no podría llevarlo puesto durante el campeonato, pues el reglamento lo prohibía, pero me dijo que intentaría engancharlo de algún modo en su pelo.

—Veintitrés días —suspiró.

—Pasarán rápido, ya lo verás —mentí. Sabía que a mí también se me harían eternos—. Te llamaré todos los días. Disfrútalo, cariño. Sabes que ese día, aún en la distancia, estaremos todos contigo. —La besé en los labios, ante la mirada reprobadora de su entrenadora. La ignoré. Lili iba a ser mi mujer, le pesase a quien le pesase.

El día once, el día de su cumpleaños, establecimos una conexión vía Skype con Minsk, desde la casa de Lili, donde nos habíamos reunido todos para felicitarla. Por supuesto, no dijimos nada de nuestro compromiso. Decidimos mantenerlo en secreto hasta que tuviéramos una fecha, entre otras cosas porque no queríamos quitar el protagonismo a nuestros amigos en su gran día. Ya sólo quedaban trece días para la boda, doce para nuestro reencuentro.

El día antes del campeonato Lili me mandó una foto con su compañera Rocío, haciendo turismo por la capital de Bielorrusia.

~Aquí hace mucho frío y no tengo tus abrazos de oso. ¡Te echo muchísimo de menos! Prométeme que esta será la última vez que nos separemos tanto tiempo.

~Te lo prometo —contesté yo, completamente convencido de ello.

El día dieciséis nos reunimos todos de nuevo, esta vez en mi casa. Mis padres, mi hermana, Rafa, nuestros amigos... Todos delante de la pantalla, viviendo desde lejos un gran sueño, casi

como fuera el nuestro. El piano del “Time to say goodbye” acompañó con su melodía a una Lili que estuvo, una vez más, elegante y perfecta en cada uno de sus movimientos.

“Está la rítmica, y luego el arte. Y eso es lo que hace Elia Ribera”, “La elegancia española superó a la técnica rusa”, “Elia, oro en el Europeo, ¡ahora a por el Mundial!”. Esos fueron sólo alguno de los titulares que publicaron los medios junto a su foto, llorando en lo más alto del pódium, besando su tan deseada medalla de oro. Entre los mechones de su pelo, semi-oculto, visible sólo a mis ojos, el símbolo de nuestra promesa.

24 ABRIL. LA BODA

Faltaban dos días para la boda. Había pasado tres días en cama y aún me sentía muy débil. Todo empezó el día que volvimos de Minsk. El viaje en avión fue una tortura, mareada y vomitando sin parar. A mi llegada a Madrid fuimos directas al Hospital, donde me administraron suero para evitar una deshidratación. Rocío, Carmen y Alba, estas últimas integrantes del Conjunto, cayeron al día siguiente. El diagnóstico: una intoxicación alimentaria tras comernos unos kebab en la calle cuando celebrábamos nuestra victoria. Diagnóstico que, además, me supuso una bronca descomunal por parte de Miguel, y tener que estar aguantando que me diera la murga durante los tres días más largos de mi vida. “Te lo advertí, Lili” “Tendrías que haberme hecho caso” “Si es que no se para que te digo ná. ¡Cabezota!”

—Papi, ¿me has bajado la otra maleta? —pregunté, reclinada en el sofá, mientras tomaba una taza de caldo, con la enorme cabezota de Alina reposando sobre mis piernas.

—Cariño, vuelves a casa una semana nada más... ¿de verdad necesitas la otra? Piensa que luego tendrás que volver en el AVE tú sola y cargar con ellas hasta aquí.

—No volveré s... —Me callé, consciente de que había estado a punto de escapárseme.

—¿Qué dices? —preguntó él.

—Nada. Te decía que ya lo sé, papi, pero es que son tres días en la casa rural, y luego cinco más en casa. Y tengo que llevar el vestido de la boda. Y los zapatos. Y...

—A ver, Lili. Si quieres pasamos todo a la otra, que es más grande y llevas el vestido colgado en la percha, igual que llevas tus maillots. Así además no se te arrugará. Y algo de ropa tienes en casa, ¿no?

—Vaaaale. Me apañaré con la otra —acepté a regañadientes.

—Así me gusta. Piensa que llevamos también a Ali en el transportín. Y que a mitad de camino seremos tres.

—Ya, lo sé. ¿Has hablado ya con Jota? ¿A qué hora le recogemos?

—No he hablado aún con él. Pensaba que lo habías hecho tú. ¿Por qué no le llamas?

Jota estaba en el Campus Clinic para Entrenadores en Albacete. Al día siguiente se clausuraba, con lo cual vendría con nosotros de vuelta a Alicante. Me disponía a llamarle cuando en ese mismo instante, sonó mi teléfono.

—¡Hola princesa! ¡Terminé por hoy! ¿Cómo estás? ¿Ya recuperada? Sabes que me ha dado muchísima rabia no poder estar contigo estos días, como te prometí.

Miré mi anillo. Lo llevaba enganchado a la correa del reloj, escondido, para evitar las preguntas de mi padre.

—¡Justo ahora iba a llamarte! Estoy mejor, gracias. No te preocupes, papá me ha cuidado bien. Aún no he empezado a comer sólidos, pero los líquidos ya los retengo. Eso sí, ¡he perdido dos kilos!

—Pobrecita mi niña. Pero... míralo por el lado bueno, te ahorrarás la bronca de Diana a la vuelta si te pasas con las comilonas durante esta semana —dijo riendo.

—Sí, eso es verdad... ¡Pero se me ha quedado grande mi vestido de dama de honor!

—No digas tonterías cielo. Estarás tan preciosa como siempre.

—¡Tú que me miras con buenos ojos!

—Eso quiero yo, verte, pero bien de cerca —dijo haciendo una pausa. Y continuó—: ¿A qué hora vendréis mañana? La clausura del campus está prevista para las doce, así que para la hora de comer estaré libre.

—Vale, espera, que le pregunto a papá —contesté—. Papi, dice Jota que para la hora de comer estará libre —pregunté tapando el móvil contra el pecho.

—Pues dile que le recogeremos en la puerta del Polideportivo sobre las dos.

—Jota, sobre las dos, ¿te parece bien? Te recogemos en la puerta.

—Me parece bien. Si queréis cuando lleguéis podemos comer algo en la cafetería de aquí, que es baratita y se come muy bien.

—Vale. Ya lo veremos. ¡Qué ganas tengo de verte!

—Y yo, mi amor. Ya cuento las horas. Cuídate, ¿vale? Mañana ya estaré yo para mimarte. Te quiero.

—Yo también te quiero, Jota —contesté susurrando, aunque sin evitar que mi padre me oyera y sonriera tiernamente.

A las once de la mañana salíamos de Madrid, y tras una breve parada para repostar y tomar una tostada, que me había sentado estupendamente, retomamos el camino a Albacete, donde llegamos a las dos en punto. Jota nos esperaba en la puerta. Bajé del coche y casi corriendo, me lancé a sus brazos.

—¡Princesa! ¡Cuánto te he extrañado!

Nos besamos. Quisimos que fuera un beso inocente pero las ganas nos pudieron.

—¡Ey! ¡Guardad algo para el resto de la semana! —dijo divertido mi padre mientras cogía la

maleta y la bolsa de deporte de Jota y las ponía en los asientos traseros, junto al transportín de Alina.

—Lo siento Rafa —dijo Jota dándole la mano sin soltarme de la cintura—. Han sido demasiados días sin vernos, y cada vez es más duro.

—¡Qué me vas a contar a mí que no sepa! —contestó mi padre sacudiendo la cabeza—. Venga, vayamos a comer algo.

Al entrar y aspirar el aroma de aquella cafetería, mis tripas protestaron con un rugido.

—¡Vaya! Parece que has recuperado el apetito —dijo un sonriente Jota.

Yo estaba roja de vergüenza.

—Sí, eso parece —contesté.

—Ale, pues a comer —nos animó mi padre—. Aún estás muy flojita y mañana tenéis una boda a la que asistir.

Después de tomarme una sopa caliente y algo de pollo a la plancha me sentí mucho mejor.

—Mañana... ¡Ya estaré lista para comer tarta! —dije animadísima.

—Bueno, ya veremos cómo estás mañana, ¿vale pequeña? Tienes que recuperarte bien. ¡En poco más de un mes comienza el Mundial! —dijo mi padre.

—¿Habéis conseguido las entradas? —pregunté, mirando a Jota. Aquel año el Mundial tendría lugar en Guadalajara, y esperaba que mis amigos pudieran asistir.

—¡Por supuesto cariño! Todos estaremos allí. Y compramos una de más, como nos pediste.

—Gracias, si no te importa me gustaría dársela a Miguel. Me la pidió hace una semana, en cuanto supo que no tendría competición para esas fechas.

—Claro que no me importa. Si quieres, cuando volvamos a Madrid, yo mismo se la daré —contestó Jota. Le pellizqué por debajo de la mesa, haciendo una seña hacia mi padre, que acababa de darse cuenta del plural.

—¿Volvamos? —nos miró a uno y a otro—. A ver, chicos, ¿qué es lo que no me estáis contando?

—Perdona, Rafa, no te enfades. Queríamos contártelo después de la boda, pero supongo que soy un poco bocazas —dijo encogiendo los hombros—. Lili no va a volver sola a Madrid. Ya lo he arreglado todo, vamos a vivir juntos. Voy a trabajar allí como informático y he hecho algunos contactos en el Campus que me van a permitir ayudar como entrenador en algunos colegios, hasta que empiece el curso de nuevo y pueda quedarme como entrenador titular.

—Pero... ¿estáis seguros? En el piso donde está Lili no cabéis. ¿Dónde vais a vivir?

—Aguantaremos allí hasta finales de verano. Para septiembre nos mudaremos a un apartamento cercano los dos solos. Ya no somos capaces de vivir más tiempo separados, papi —expliqué yo— ¿Estás enfadado?

—No hija, ¿por qué iba a estarlo? Yo sólo quiero que seas feliz. Y si es lo que deseas, no soy quién para negártelo. —Y mirándonos a los dos añadió—: Sé que sois lo suficientemente maduros y responsables como para tener cuidado y no andaros con tonterías. Aún os queda mucho por vivir.

—Descuida. Lo haremos, Rafa. —Jota sabía perfectamente a lo que se refería—. Gracias por aceptarme en tu pequeña familia.

—De nada. Sabes que si le haces daño a mi niña te buscaré, ¿verdad? —dijo aguantándose la risa.

—Lo sé, lo sé.

A las cinco de la tarde llegábamos a la Finca Bon Any en Muchamiel, el lugar donde tendría lugar la boda. La finca era además casa rural, así que todos los amigos de los novios, dormiríamos allí aquella noche y la del día siguiente, tras el enlace.

En la puerta nos recibieron unos efusivos Héctor e Irene, que nos abrazaron emocionados. Tras despedirnos de nuestro padre, caminamos hacia la entrada.

—¡Venid! Os enseñaremos vuestra habitación —dijo Irene— Héctor, cariño, ¿ayudas a Jota con las maletas? Lili aún debe estar recuperándose.

—Es verdad, ¿cómo te encuentras? —preguntó Héctor cogiendo mi maleta.

—Estoy mucho mejor, ¡gracias! —dije, tomando la mano que me ofrecía mi amiga.

—Venía todo el camino amenazando con comerse ella sola toda la tarta —dijo Jota, provocando las carcajadas de la pareja.

—¡Eso no es verdad! —contesté enfurruñada mientras entrábamos en el gran salón de la casa.

—¡Liliiiiiii! —Mi pequeña Luci se levantó del sofá de un salto y vino corriendo a mis brazos.

—¡Mi chiquitina! ¿Cómo estás? —pregunté sin aflojar nuestro abrazo.

—Muy bien. ¿Y tú? ¡Estás muy delgada!

—Enseguida me recuperaré, ya lo verás.

El gigante Víctor se acercó y me dio un abrazo.

—Más te vale. Esta noche hay fiesta de pijamas... ¡y pizza y helado! —dijo divertido,

saludando a Jota.

—¡Oh, no! Lucía te ha conducido “al lado oscuro” —dije riendo.

—Si es que no sé qué tenéis, que al final todos acabamos cayendo —contestó él, cogiendo por la cintura a su chica.

—Incluso por segunda vez —admitió Eloy, que en ese momento entraba por la puerta de la mano de Carla.

—¿Pero... vosotros? —pregunté.

—Hemos vuelto, sí —contestó ella, y guiñando un ojo, añadió—: ¡No hay quien se resista a Carla Díaz!

—¡Qué alegría! —contestaron a dúo Irene y Lucía.

—¡Qué calladito os lo teníais! —añadió Héctor.

—¿El qué? —preguntó Izan que entraba en ese momento seguido de Sofía.

—¡Ea! ¡Ya estamos todos! —dijo Irene.

—Pues nada, que Eloy y Carla vuelven a estar juntos —expliqué.

—¡Genial! ¡Los diez mosqueteros juntos de nuevo! —añadió Jota.

Nos miramos todos. Estábamos juntos, felices... ¡y teníamos que ultimar una boda!

—Venga, cada uno a su cuarto. Hay que dejar las maletas y sacar los vestidos... ¡Y me muero por enseñaros cómo está quedando todo! —exclamó Irene.

Media hora más tarde caminábamos por la finca. Los decoradores daban los últimos detalles a las mesas, que estaban dispuestas alrededor de la piscina, y los floristas se afanaban en colocar centros florales por doquier. En un rincón algo apartado de la casa principal, junto a una arboleda, un altar preparado bajo un arco forrado de tul blanco y decorado con gerberas de color fucsia. Una alfombra roja que llegaba hasta los dos asientos dispuestos junto al altar, y sillas a ambos lados decoradas con paniculata y gerberas.

—¡Es precioso, Irene! —exclamé maravillada.

—Sí, lo sé —contestó ella—. La verdad es que para haberlo organizado todo con tan poco tiempo no está mal, ¿eh?

Eran las once de la noche. Como aquella vez antes de que me marchara a Madrid, disfrutábamos de unas pizzas sentados en el suelo de aquel enorme salón.

—¿Quieres más, Lili? —preguntó Víctor, ofreciéndome el último trozo de mi pizza favorita.

—Ayyyyy, me lo comería encantada. Pero me da un poco de miedo —contesté.

—Yo creo que también voy a parar, ¡o mañana no me podré abrochar el vestido! —dijo Irene—. Además, estoy agotada. ¿Vienes? —dijo mirando a Héctor con ojos melosos.

—¡No podéis dormir juntos el día antes de la boda! —dijo Lucía—. Mi hermana dice que da mala suerte.

—Eso son tonterías cielo —dijo Víctor—. ¡Déjales que disfruten de su última noche de solteros!

—Eso, eso, dejadnos —dijo Héctor sonriendo.

Todos los demás reímos.

—Nosotros también nos vamos, chicos —dijo Jota cogiéndome de la mano—. Lili necesita descansar.

—¿Y el helado? —preguntó Sofía.

—Lo dejaremos para mañana por la noche, ¿vale? —contesté—. ¡Qué descanséis!

Jota y yo subimos al piso de arriba. Nuestra habitación estaba pegada a la de Héctor e Irene. Al pasar junto a su puerta, oí a Irene sollozar, y a Héctor hablando bajito, tratando de calmarla. Miré a Jota.

—¿Llamamos?

Jota asintió, y cuándo estaba a punto de hacerlo, la puerta se abrió, mostrando a un Héctor en pantalón de pijama algo agobiado.

—Lili, no sé lo que le pasa, se ha puesto a llorar de repente, y me ha dicho que no quiere casarse. Me ha pedido que fuera a buscarte.

—Tranquilo, Héctor. Estoy segura de que sólo son nervios. ¿Podéis bajar abajo y avisar a las demás chicas para que suban? Creo que va a ser necesaria una reunión del Gabinete de Crisis —dije sonriendo, tratando de quitarle importancia.

—Sí, claro, ahora mismo vamos —dijo Jota.

—Héctor —le dije sujetándole del brazo— quizás sea buena idea que duermas con Jota hoy. La mejor solución a nuestras crisis siempre es una noche de chicas.

—No hay problema, Lili. Pero por favor, no dejes que se arrepienta de esto, ¿vale?

—No te preocupes. Mañana a mediodía, Irene será la esposa de Héctor “el Genio” González —reí.

Los dos chicos bajaron en busca de las chicas, que subieron corriendo.

Yo sostenía por los hombros a una desconsolada Irene, tratando de calmarla a los pies de la

cama, para que pudiera dejar de balbucear cosas sin sentido y explicarnos que le pasaba.

—Tranquila Irene, cálmate. Esto sólo son nervios- le decía, acariciándole con suavidad la espalda.

Lucía se había tirado al suelo, entre las piernas de nuestra amiga, y poniendo las manos en sus rodillas, le dijo:

—Vamos Ire, respira, así, mejor... A ver, ¿qué te pasa?

—Pues que no estoy segura de esto, chicas —dijo entre hipidos y sollozando—. Joder, si es que sólo tengo veintidós años, no sé en qué estábamos pensando cuando decidimos casarnos.

—¿Pero tú estás enamorada? —preguntó Sofía

—Pues claro. Quiero a Héctor como nunca he querido a nadie. Y sé que quiero compartir el resto de mi vida con él. Pero...

—¿Pero... qué? —pregunté yo.

—Pues que la gente habla, y... ¡jolín, que me han llegado a preguntar si es que me caso porque estoy embarazada!

—¿Y desde cuando a ti te importa lo que piensen los demás? —preguntó Carla—. Tú siempre has sido la más sensata, la más madura, la que nos daba consejos a las demás. Nunca te has dejado influir por nadie. Si la gente quiere pensar que te casas por estar embarazada y no porque estés enamorada, que lo piensen. Ya se darán cuenta de lo equivocados que estaban con el tiempo.

—¡Muy bien dicho, Carla! —dije yo—. Aquí lo único que importa es lo que sentís el uno por el otro. Mi padre me dijo no hace mucho que “más vale arrepentirse de lo que uno hace, que de no haber tenido el valor de hacerlo”. Si crees que no puedes pasar ni un día más sin él, que es el amor de tu vida, sé valiente y cástate.

—Yo no he visto a nadie preparando con más ilusión una boda en sólo dos meses —añadió Sofía—. Y estoy convencida de que, si tuvieses miedos o dudas, no lo habrías hecho.

—Eso es verdad —dijo Irene limpiándose con el dorso de la manga la nariz—. Gracias, chicas. Sois las mejores. Prometedme que pase lo que pase, estemos en el lugar del mundo que estemos, siempre seremos amigas.

—¡Prometido! —respondimos las cuatro a la vez.

—Otra cosa... ¿Os importa quedaros conmigo esta noche? Sé que preferiríais volver con vuestros chicos, pero no sé si quiero que Héctor me vea con esta cara y salga corriendo antes de mañana —dijo, limpiándose los ojos enrojecidos y sorbiendo los mocos.

—Claro boba —dije yo—. Iremos a buscar otro colchón y dormiremos aquí contigo. Los

chicos lo entenderán.

—Por supuesto... ¡tú llegaste antes! —afirmó Lucía sonriendo.

A la mañana siguiente.

Quedaba apenas hora y media para la ceremonia. Las cinco chicas reíamos y picábamos trozos de la fruta que los del catering estaban cortando para la fuente de chocolate que habría tras el banquete. Irene estaba en plena sesión de maquillaje y peluquería. Nos habíamos levantado temprano para pasar todas por las manos expertas de Iris y Miriam, nuestras estilistas en las competiciones, y ya sólo faltaba la novia.

—Acaba de llegar Marina —dije mirando por la ventana—. Y no os lo vais a creer... ¡lleva vestido!

—¿En serio? —preguntó una asombrada Lucía—. Estaba convencida de que vendría en chándal —añadió conteniendo una carcajada.

—Jijiji. Creo que no somos las únicas sorprendidas. Jota y Fede se han acercado a saludarla y yo diría que éste último la está mirando muy intensamente.

Miré otra vez por la ventana. Jota estaba guapísimo con un traje de chaqueta gris claro.

—Nosotras también deberíamos subir a vestirnos, ¿no? —dijo Carla.

—Irene, te dejamos en buenas manos. Dentro de un ratito iremos a buscarte a tu cuarto-dije yo dándole un besito en la mejilla.

—A ver, chicas, los besos mejor a distancia, ¿vale? —dijo Iris—. ¡Que le vais a estropear el maquillaje!

—Uy, hay que ver como se ponen las artistas por nada —dijo Sofia con mucha “guasa”.

Las cuatro subimos a vestirnos. Llevábamos todas vestidos de gasa de seda del mismo color fucsia. El mío y el de Sofia con escote palabra de honor en forma de corazón y fruncidos en la cintura. El de Lucía con dos tirantes anchos y el de Carla cogido en un solo hombro. En cuanto estuvimos listas nos acercamos a la habitación de Irene. Su madre, emocionada, estaba terminando de abrocharle la larguísima hilera de botones de un precioso vestido de corte sirena con mangas de encaje. Una corona de flores adornaba su ondulada melena rubia, que se había dejado suelta.

—¡Estás increíble Irene! —exclamé.

—Preciosa —corroboró Sofia.

—Me haréis sonrojar, chicas —contestó Irene.

En ese momento su padre entró en la habitación con un ramo de flores silvestres del mismo tono que las de la corona y nuestros vestidos.

—Mi niña. Estás muy guapa.

—Gracias, papá.

—¿Vamos? Hay un jovencito abajo que está algo impaciente por ver a su novia —dijo su padre.

Al bajar la escalera con las altas sandalias, noté un pinchazo en la rodilla izquierda. “Voy a tener que hablar con el fisio de nuevo porque el tratamiento no está funcionando bien” pensé.

Llegamos al comienzo de la alfombra roja. Al fondo, junto al altar, Héctor ya estaba esperando. En la primera fila, junto a sus padres, Jota, Izan, Víctor y Eloy.

Los primeros acordes de la canción “Young and Beautiful” de Lana del Rey empezaron a sonar. Pensé en la letra, sabía que la habría escogido Irene. Sonreí.

“¿Me querrás todavía,
cuando ya no sea joven y hermosa?
¿Me querrás todavía,
cuando no tenga nada más que mi dolorosa alma?
Sé que lo harás, sé que lo harás,
sé que lo harás.
¿Me querrás todavía, cuando ya no sea hermosa?”

Sofía y yo íbamos las primeras. Detrás, Lucía y Carla, y por último Irene acompañada de sus padres. Al llegar junto a Héctor, antes de sentarme en la primera fila de la izquierda, le oí suspirar aliviado. En sus labios pude leer un “Gracias”.

La ceremonia civil fue muy emotiva. Todos quisimos dedicarles unas palabras a nuestros amigos. A la una y media de la tarde, Héctor e Irene se convertían en marido y mujer.

25 VIDAS PARA VIVIRLAS CONTIGO

Tras el banquete, durante el cual apenas dejamos comer a los novios, entre los “Que se besen” y las fotos, comenzó el baile.

—¿Bailamos? —pregunté a Lili que miraba embobada a los novios. Estaba radiante.

—Claro —dijo, ofreciéndome su mano.

Al tomarla vi que llevaba puesto el anillo.

—¿Nadie te ha preguntado? —dije, mientras la tomaba de la cintura para bailar una canción lenta.

—Les dije a las chicas que era tu regalo de cumpleaños. Que te habían dicho que el ágata daba suerte a los deportistas y quisiste que fuera mi amuleto. Nadie imagina que hay algo más —me dijo mirándome a los ojos.

—En cuanto pase el Mundial decidiremos una fecha y lo haremos oficial, ¿de acuerdo? —susurré a su oído.

—¡Tengo tantas ganas! Antes imaginé que era yo la que vestía de blanco y tú el que me esperaba ante el altar. ¡Ha sido tan bonito! —confesó.

—Sí, es verdad. Hasta a Víctor se le ha escapado alguna lagrimilla.

En ese momento, Lucía y Víctor se acercaron a nosotros.

—¿Has visto a Marina y Fede bailando juntos? —dijo Lucía.

—¡Ah! ¿Pero Fede sabe bailar? —me carcajeé.

—Pues parece que mejor que nosotros —dijo Eloy acercándose por el otro lado—. Míralos, son el centro de atención de la fiesta.

—Parece que hoy está siendo un día lleno de sorpresas —dijo Lili, mirando divertida a su ex-entrenadora.

Tras unas cuantas horas, y después de muchos bailes más, aprecié un gesto de dolor en Lili.

—¿Estás bien? ¿Te molesta otra vez la rodilla?

—Estoy bien. Sólo algo cansada. Han sido muchos días en cama y la falta de ejercicio hace que esté un poco “oxidada”. En cuanto vuelva al fisio y a los entrenamientos me recuperaré.

—Ven, vayamos a sentarnos en la mesa —le dije.

—Se me ocurre algo mejor —dijo ella tomando mi mano—. ¿Vienes?

—¿Dónde vamos?

—Ayer encontré un rincón secreto en la arboleda que hay junto al lugar donde estaba el altar.

Se descalzó y caminó descalza por el césped. Cuando llegamos habían recogido todo, y el único vestigio de que había tenido lugar una boda era la decoración de tul y flores del arco de piedra. Lo atravesamos.

—¿No es precioso? —dijo Lili.

El pequeño claro entre los árboles estaba apenas iluminado por unos faroles. En el centro, y colgado de las ramas más gruesas, un columpio hecho con palés y cubierto con gruesos cojines.

—Sí, lo es.

Se sentó en el columpio.

—¿Te traigo hielo? —dije, agachándome para masajear su rodilla dolorida. Al hacerlo noté que estaba algo inflamada.

—No hace falta, cariño. Sólo quiero descansar.

Me senté en el columpio, a su lado, y apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—¡Qué enamorados están! —dijo, refiriéndose a Héctor e Irene—. Ha sido una ceremonia preciosa.

—Nuestra boda también lo será, princesa.

—Jota, ¿tú crees en el destino? —me preguntó.

—Sí, claro que sí. Pero también creo que nosotros nos hacemos dueños de él con cada una de nuestras elecciones. En nuestro caso, fue el destino el que me llevó a tu lado, pero fuimos nosotros los que elegimos unir nuestras vidas. —La apreté contra mi pecho—. —Es más, sé que, si tuviera la oportunidad de vivir otra vida, el destino me llevaría a ti y yo, te elegiría de nuevo.

—¿Otra vida? ¿Conmigo? —preguntó, conteniendo un bostezo.

—Y veinticinco también, como los vikingos —contesté sonriendo.

—¿Cómo? —preguntó confundida.

—Jajaja. Como los vikingos. Ellos tienen la creencia de que viven veinticinco vidas en la Tierra, una por cada letra de su alfabeto. Si fuéramos vikingos, el destino nos llevaría a vivir nuestras veinticinco vidas juntos.

—Ummm, que interesante —dijo conteniendo un bostezo.

—Jajaja. Sí, lo es. Otro día te contaré más. Ahora... ¿nos vamos a la cama?

—¿Me ayudas con la cremallera? —me preguntó, girándose para darme la espalda. Se había sentado en el borde de la cama.

Me senté junto a ella, y le bajé la cremallera del vestido, acariciando su espalda descubierta. Contuve un suspiro al comprobar que no llevaba sujetador. Ella se estremeció. Tracé un camino de besos desde su cuello, bajando por su espalda. Lili se levantó, dejando caer el vestido hasta el suelo. Su mirada de ojos hambrientos me excitó. Se acercó a mí y comenzó a desabrochar los botones de mi camisa. Muy lejos quedaba ya la timidez de nuestras primeras veces juntos.

—No dejes nunca de hacerlo —dije mirando cómo se mordía el labio. Ella se rió—. Ahora sé que también lo haces cuando me deseas.

Deslizó mi camisa por los hombros, encendiendo mi piel al contacto de sus dedos. Se sentó en mis piernas, rodeándome la cintura, y mi mente voló a aquel día en que la observaba desde la grada y la imaginaba así, besándome apasionadamente. Como todo lo vivido con ella, siempre mejoraba mis sueños.

Los primeros rayos de la mañana se colaron por las rendijas de la persiana. Sentía el calor de su cuerpo junto al mío, y me dio miedo moverme y despertarla, pero tenía que levantarme sí o sí para ir al baño. Me deshice como pude del edredón sin destaparla, cosa harto difícil cuando se mide casi dos metros, y los pies se te salen por debajo de la cama, y me escapé de su abrazo. Era temprano y no se oía nada en el exterior; los últimos sonidos de la fiesta se habían apagado hacía apenas un par de horas. Decidí entonces que podía aprovechar para darme una ducha. Me deshice del pantalón del pijama y me metí bajo el chorro del agua, que ya salía caliente. La mampara se abrió, y Lili entró, rodeándome con sus brazos.

—Buenos días, cielo.

—Buenos días, princesa —dije dándome la vuelta—. ¿Te he despertado?

—No, tú no. En realidad, me ha despertado tu ausencia —dijo con una sonrisa, al tiempo que se retiraba los mechones de pelo mojados de la cara—. ¡Ummm, qué gustito! —añadió apretándose contra mí.

—¿El qué? ¿El agua caliente o yo? —pregunté, agachándome un poco para darle un beso en la punta de la nariz.

—Ambos, me temo —dijo riendo.

—Ven, Lili, acércate un poco más.

Nos besamos intensamente. El agua caliente se deslizaba por nuestra piel desnuda, creando pequeñas lagunas en nuestros pies. Nuestras manos se buscaron, nuestros cuerpos se encontraron. Lili jadeó al sentirme en su interior.

—Te amo, Jota. Y no hay nada en el mundo que pueda superar lo que siento cuando hacemos el amor.

—Yo también te amo, Lili. Para siempre.

Eran las tres de la tarde del lunes. Los familiares de Héctor e Irene que se habían quedado en las cabañas de la Finca se han ido despidiendo a lo largo de la mañana. Sólo quedábamos nosotros diez, sentados en una mesa junto a la barbacoa, dónde se cocinaba la carne que había sobrado de la noche anterior.

—¿Cuándo sale vuestro vuelo, Ire? —preguntó Carla, conteniendo a duras penas un bostezo.

—A las ocho de la mañana. Tenemos que estar en el Aeropuerto a las seis —contestó aquella, haciendo un gran esfuerzo también por no bostezar.

—¿Ninguno habéis dormido hoy? —preguntó Lucía, viendo las caras de sueño de todos los allí presentes.

—¿Tú sí? —preguntó Sofía, con retintín, lo que provocó las risas de casi todos.

—No mucho —confesó Víctor—. A mí, además, me duele la cabeza.

—Eres una nenaza. Dos copitas de nada y ¡jala!, resacón de campeonato —dijo Eloy, burlándose de su amigo.

—¡Mira quién fue a hablar! —respondió Héctor—. El que acabó vomitando detrás de los setos.

—¡Es que el whisky era de garrafón! —contestó Eloy defendiéndose.

—No peleéis —dijo Carla tratando de calmarlos—. La verdad es que ninguno de nosotros llevamos demasiado bien lo de beber y trastrochar. ¿A estas alturas os vais a poner en plan machote a ver quién aguanta más?

—Tienes razón, Carla —dijo Lili—. ¿Cuál es el circuito que vais a hacer al final? —añadió, dirigiéndose hacia los recién casados.

—París, Ginebra, Venecia y Roma —contestó Héctor—. Con visita a algunas ciudades intermedias que no recuerdo muy bien ahora mismo. A mí también me duele la cabeza —añadió esbozando una sonrisa.

—¡Pero si tú no bebiste nada! —contestó Izan.

—No, pero mi joven esposa no me ha dejado dormir —contestó, cogiendo entre sus brazos a Irene, a la que dio un sonoro beso.

Aquella confesión nos hizo reír a todos.

—Pues vete preparando, porque va a ser así durante los próximos treinta años, por lo menos —contestó aquella.

—Uff... ¡no sé si podré aguantar tu ritmo! —respondió él.

—Si necesitas consejos, habla con Fede, jajaja. Vaya marcha que tenía ayer nuestro entrenador —dijo Víctor.

—¡Y Marina! —añadió Sofía.

—Por cierto, ¿qué fue de esos dos? —preguntó Lucía.

—Lili y yo los vimos salir en dirección al claro de la arboleda —dije. Nos habíamos cruzado con ellos cuando volvimos de allí—. Parecían estar pasándolo muy bien juntos —confesé entre risas.

Lucía se llevó la mano a la boca.

—¡Ay, madre!

Víctor se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Lili intrigada, mirando a los dos.

—Pues que hace un rato, antes de que todos despertarais, salimos a dar una vuelta por la finca y descubrimos esto entre los cojines del columpio —dijo Lucía sacando un sujetador del bolsillo de su sudadera—. Y me parece que ya tenemos una idea sobre de quién puede ser.

—¡Pues sí que se lo estaban pasando bien, sí! —añadió Eloy.

Estallamos todos en carcajadas, menos Lucía, que tenía una cara de agobio impresionante.

—¿Qué te pasa, cariño? —dijo Víctor, abrazando amorosamente a su chica.

—¿Marina y Fede? ¿En serio? —contestó la más pequeña del grupo—. Pues que esto no es normal, joder, que mañana tengo que verle la cara a Marina en el entrenamiento y voy a morir de vergüenza.

—Jajaja... Tú no lo pienses, cielo —contestó Lili—. Marina y Fede son adultos y ya mayorcitos. Pueden hacer lo que les apetezca sin que tú, ni yo, ni ninguno de nosotros tengamos derecho a juzgarles.

—Ya, ¿pero entonces que hago con esto? —dijo señalando la prenda que había dejado sobre la mesa.

—Lo dejamos donde lo encontramos y ya está. Si lo echa de menos, ya lo vendrá a buscar —dijo Víctor riendo.

A las ocho nos despedimos de todos nuestros amigos, salvo de Víctor y Lucía, ya que nos marchábamos en su coche.

—¿A tú casa, a la mía, o a un hotel? —pregunté a Lili cuando nos acomodábamos en los asientos de atrás.

—¿Cómo? —contestó ella confundida, sin entender.

—Digo, que en qué casa vamos a pasar los cinco días que nos quedan en Alicante. He prometido que no iba a volver a separarme de ti y pienso cumplirlo. Así que sólo falta decidir dónde vamos —dijo susurrando.

—Pues... a mi casa, supongo, que hay menos gente —contestó. Sabía perfectamente que se sentía algo intimidada delante de mis padres, a los que apenas conocía.

—Muy bien —.Y dirigiéndome a Víctor, le pregunté—: ¿Os importa llevarnos a casa de Lili?

—Claro. ¿A los dos?

—A los dos —contesté convencido.

—¡Estás loco! ¿Cómo vas a convencer a mi padre para quedarte en casa? —le pregunté al oído.

—Ya se nos ocurrirá algo. ¡Ahora lo que más me preocupa es cómo vamos a dormir los dos en tu cama! —dijo Jota sonriendo.

26 MAYO. “TIME TO SAY GOODBYE”

Aún no sabía cómo lo había conseguido Jota, pero el caso es que mi padre había permitido que durmiéramos juntos. Es más, nos cedió su cama durante aquellos cinco días, porque, según dijo él, “en una cama tan pequeña como la tuya no podréis descansar bien, y tú tienes que recuperarte de esa lesión del todo”. Eso sí, fuimos buenos y contuvimos las ganas durante aquellos días. Lo último que hubiera querido era disgustar a mi padre.

A nuestra vuelta a Madrid, esta vez sí, juntos, tuvimos que adaptarnos a la convivencia, no sólo entre nosotros, sino también con mis compañeras, que estaban demostrando ser, además, grandes amigas. Para empezar, habían sustituido la cama de mi cuarto por una de matrimonio. Lo malo, y dado que la habitación era tan pequeña, es que apenas quedaba espacio para el escritorio, que quedó relegado a un rincón del salón. Además, nos dejaron libre el baño de al lado para nosotros dos y pasaron ellas a compartir el de Sonia, que era la más veterana y hasta entonces tenía el privilegio de disfrutarlo ella sola.

Nuestras rutinas no nos permitían pasar demasiado tiempo juntos, pero al menos ya no volví a sentir la terrible soledad de tantos y tantos meses lejos de él. Mis entrenamientos se habían intensificado ante la cercanía del Campeonato del Mundo, para el que quedaba apenas un mes. Entrenaba casi diez horas diarias. Jota estaba trabajando como informático por las mañanas muy cerca de allí, y los días que no se le complicaba algo, se escapaba a comer conmigo en la cafetería del CAR. Eso, si yo no tenía sesión de rehabilitación con el fisio, al que acudía la mayor parte de los días para tratar de recuperar la movilidad de la rodilla al cien por cien.

Al menos, las noches sí eran para nosotros. Cuando Jota llegaba de los entrenamientos en los dos colegios que le habían asignado preparaba la cena para los cuatro. Rocío y Sonia comían casi siempre en la barra de la cocina americana, deprisa y corriendo, para encerrarse en sus cuartos y chatear con sus novios o hablar por el móvil. Mientras, nosotros nos sentábamos con nuestros platos en el sofá, donde yo podía mantener la pierna estirada y algo elevada. En algunas ocasiones Miguel se nos unía durante la cena. Al final, Jota y él habían hecho buenas migas. Ambos eran forofos del Real Madrid de Baloncesto y gracias a los contactos de Jota habían podido ir a algunos partidos juntos. Además, mi novio decía que así desconectaba un poco y podía hablar de otras cosas además de cuál era el número conveniente de Swarovski que debía llevar el maillot de cada una de nosotras, o si las horquillas del pelo rizadas sujetaban mejor que las lisas.

Tras la cena, y si no era muy tarde, veíamos abrazados la tele, o nos dábamos una ducha caliente juntos, seguida de un masaje con antiinflamatorio en la rodilla, y... mucho amor.

El día catorce de mayo, día en el que Irene cumplía veintitrés años, recibimos la visita de nuestros dos amigos. Nos habían traído algunas cosas de su Luna de Miel.

—No ha podido esperar a veros en el Mundial —dijo Héctor dando un abrazo a Jota, y mirando enamorado a su “terca” mujer, como decía él.

—Pues no. Tenía muchísimas ganas de ver a Lili —respondió esta, dándome un fuerte abrazo— Además, durante el Campeonato apenas tendremos tiempo de hablar, ¡ni de enseñarles las fotos! —dijo, sacando de su bolso un álbum que habían montado con las fotos de la boda y del viaje.

Jota miró a su amigo con cara de resignación.

—Lo sé —dijo Héctor entendiendo el significado de aquella mirada—. ¿Quieres un consejo? ¡No te cases nunca!

Jota y yo nos reímos algo nerviosos. Todavía no habíamos decidido la fecha, dependía principalmente de lo que pasara en el Mundial, y por lo tanto no lo habíamos hecho oficial.

Era sábado y mis compañeras se habían escapado aquel fin de semana con sus respectivas parejas, así que nos quedamos los cuatro en casa. Encargamos comida china y hablamos mucho durante la cena de su viaje por Europa.

—Esto es para los dos —dijo Irene pasándonos una cajita envuelta en papel de regalo.

—¿Pero no se supone que los regalos los recibe la cumpleañera? —pregunté, dándole un beso a mi amiga—. Gracias. No tendríais que haberos molestado.

Abrí el paquete, que resultó ser una caja de macarons de París con imágenes impresas de la Torre Eiffel o el Arco del Triunfo.

—¡Ayyyyy! ¡Qué rico! —dije al verlos.

—Pero son tan bonitos que dan pena comérselos —dijo Jota.

—Ummm, no dirás lo mismo cuando los pruebes, tío —dijo Héctor—. ¡Están de muerte!

A continuación, Irene sacó de su bolso dos cajitas más, y nos dio una a cada uno.

—¡Oh! ¡Es una pasada! —dijo Jota poniéndose un reloj chulísimo. Yo tenía otro, con una correa fucsia y cuatro Swarovski engarzados.

—¡Auténticos relojes suizos! —dijo Irene sonriendo, y pasándome otro paquetito.

—¿Otro? —pregunté sorprendida—. Niña, ¡tú bolso parece el de Mary Poppins! —exclamé, provocando las risas de los cuatro.

—Este es para ti —dijo Irene. Y pasándole otro a Jota, añadió—: Y este para ti.

—Ya no hay más, ¿eh? Son los últimos del tour —dijo Héctor con un guiño.

En mi bolsita había una preciosa pulsera de cristal de Murano de color azul para mí, recuerdo

de Venecia, y en el de Jota, un llavero de la Loba Capitolina romana.

Después vimos las fotos y reímos recordando anécdotas de la boda como el “rollo” entre Marina y Fede, que, al parecer, seguían juntos. Más tarde nos despedimos con la certeza de que nos reencontraríamos el veintiséis de mayo en Guadalajara.

El domingo me desperté un poco regular. Sentí unas terribles nauseas que me llevaron a correr al baño, donde vomité toda la cena de la noche anterior.

—¿Te encuentras bien, Lili? —me preguntó Jota preocupado mientras me recogía el pelo hacia atrás en una coleta para evitar que lo manchara.

—No mucho. Tengo muchísimo ardor de estómago —dije, limpiándome la boca con un poco de papel higiénico—. No debí pedir la ternera con salsa picante para cenar. Voy... a lavarme los dientes.

—¿Quieres que te prepare algo de desayunar? —dijo él, mirándome con cariño desde la puerta.

—Una tostada con un poco de aceite y si hay, un zumo de piña.

Jota salió, dejándome mientras me aseaba un poco. La menta de la pasta de dientes me refrescó y me sentí algo mejor. Aun así, el estómago me dio un vuelco cuando Jota puso delante de mí el zumo y la tostada.

—¿Qué pasa? —preguntó Jota—. ¿No te apetece?

—No, la verdad es que no mucho. Lo siento. Creo que hoy no comeré demasiado. No vaya a ser que empeore ahora que queda tan poco para el Mundial.

A mediodía Jota preparó una sopa. Me había duchado y me sentía mucho más animada.

—Ummm, ¡qué bien huele! —dije al salir del baño con la camiseta de Jota y las braguitas como únicas prendas. Le había cogido el gustillo a llevar su ropa para dormir—. Y la sopa también —dije añadiendo con picardía mientras me acercaba a él.

—Vaya, parece que sí estás mucho mejor. Tienes buena cara —dijo, rodeándome con sus brazos y acercándose para darme un piquito en los labios—. ¿Te apetece sopa?

—Me apetece más otra cosa —contesté, acariciando sus abdominales por debajo de su camiseta.

—Pero Lili —respondió él riendo—. ¡Se enfriará la sopa!

—¡Pues ya la calentaremos después! —dije tirando de él en dirección al sofá—. ¡Aprovechemos antes de que vengan las chicas!

Una hora después calentamos la sopa y nos la comimos viendo una peli. Por la noche incluso me atreví con una ensalada de pollo que había preparado Rocío para cenar.

—No deberías echarle tanta salsa César, Lili —dijo Jota, regañándome.

—¡Pero si ya estoy mucho mejor, cariño! —contesté.

Y la verdad es que así era... hasta que la mañana siguiente me levante igual. Ese lunes fui a entrenar con el estómago vacío y con dolor de cabeza de oír a Jota riñéndome por no haberle hecho caso. Cuando llegué a casa lo único que quería era irme a dormir. Estaba completamente exhausta.

La mañana del martes me levanté algo mejor, después del sueño reparador y de no haber comido casi nada el día anterior. Jota me había preparado un zumo de naranja y unas tostadas con tomate, que devoré en menos de dos minutos. ¡Estaba muerta de hambre! A media mañana, recibí un WhatsApp de Miguel:

~¿Comes sola?

~Hoy sí —le contesté.

~¿Nos vemos en la cafetería a las dos y comemos juntos?

~Vale.

Pero cuando llegó la hora tenía un ardor de estómago terrible y no me apetecía comer nada.

—Lili, no estarás haciendo tonterías con la comida, ¿verdad? —dijo mi amigo, preocupado al ver que dejaba la bandeja intacta.

—No, es que no sé lo que me pasa. El sábado cenamos chino con unos amigos y desde entonces estoy regular. Hoy por ejemplo he desayunado zumo de naranja y tostadas y ahora tengo acidez.

—¿Quieres que te acompañe al Servicio Médico a que te examinen? —preguntó él.

—No, no hace falta Miguel. Gracias. Creo que no es nada que no se pueda remediar con un antiácido.

—Cómo quieras, Lili. Pero si ves que empeoras, acércate al médico, ¿vale? Hay un virus por ahí, de esos intestinales, que está haciendo estragos, y en poco más de una semana vais a Guadalajara.

Recordé entonces que Jota tenía que darle uno de los pases.

—¿Te dio Jota la entrada para el Mundial? —pregunté.

—Sí, Lili. Ya lo tengo. Muchas gracias. Me hace mucha ilusión ir a animarte.

El resto de la semana estuve mucho mejor. Si no fuera por las molestias de la rodilla y el encontrarme algo rara algunas mañanas, cualquiera que me viera diría que estaba mejor que nunca. ¡Si hasta me veía más guapa!

El día veintitrés de mayo llegamos a Guadalajara. Iba a ser la primera vez en un mes que Jota y yo nos separáramos, pero las normas no permitían que las gimnastas de la Selección pasáramos las noches fuera del hotel de concentración, durante los días de entrenamiento oficiales y de Campeonato. Al menos el primer día podría disfrutar de la compañía de mis amigos, que irían llegando a lo largo de la tarde. Teníamos permiso hasta las diez de la noche, hora a la que tendría que regresar al Hotel. Jota y Miguel, que habían venido juntos en coche desde Madrid, me recogieron. Teníamos que acercarnos a la estación de trenes para recoger a María, la hermana de Jota.

—¡Hermanitaaa! ¡Qué alegría verte! —dijo Jota acercándose a su hermana para darle un beso y recogerle la maleta.

—¡Lili! ¿Cómo estás? ¿Mejor de la rodilla? —preguntó la chica mientras me daba un abrazo.

—Más o menos —dije separándome de ella—. ¡Estás muy morenita y muy guapa!

—Ya sabes, con el buen tiempo que hace en Alicante, no hay quien se resista a la pla... —Se interrumpió. Se había quedado cortada al ver que se acercaba Miguel—. Y tú, ¿quién eres? —dijo recuperándose enseguida. Vergüenza, lo que era vergüenza, mi futura cuñada tenía muy poca.

—Soy Miguel, encantado —dijo el gaditano acercándose a darle dos besos—. ¿Y tú?

—Yo María, soy la hermana de Jota. Encantada. ¿Tú también juegas al baloncesto? —preguntó.

—No, soy atleta. Aunque por la altura bien podría ser jugador de básquet, ¿verdad? —respondió Miguel divertido.

—Sí, la verdad es que sí.

—Bueno, ¿qué? ¿vamos? —pregunté yo—. Los demás deben estar a punto de llegar.

—¡Claro! —dijo Miguel—. Oye, Jota, no me habías dicho que tu hermana era tan guapa.

—Ummm, sí claro, supongo que lo olvidé —dijo aquel, frunciendo el ceño.

“Uff, aquí hay tema que te quemas” pensé al ver la química entre los dos.

Llegamos al hotel Tryp Guadalajara, donde se quedarían los tres, mi padre, Marina y Fede y el resto de nuestros amigos. Allí pudieron dejar las maletas y nos arreglamos un poco antes de bajar al lugar de encuentro, el Snack-Bar & Lounge del Hotel, donde habíamos quedado a las ocho para cenar todos juntos antes de que tuviera que regresar a mi Hotel.

—¡Por Lili! —dijo Lucía alzando el vaso de zumo—. Y porque dentro de dos días podamos

celebrar que es la nueva Campeona del Mundo.

—Ay, Luci —dije suspirando—. Van a estar muy reñidas las medallas. Y me temo que yo no estoy en mi mejor momento —añadí apenada.

—No digas eso, cariño —dijo mi padre dándome un apretón en la mano que tenía sobre la mesa—. Yo te veo estupenda. ¡Tienes un color magnífico!

—Sí, pero mi rodilla sigue sin estar a tope y el virus ese que me tuvo una semana con el estómago algo revuelto me han pasado factura. Estoy muy cansada.

—No te preocupes cariño. Pase lo que pase, tras el campeonato nos iremos unos días de vacaciones a descansar. Ya verás como entonces lo ves todo de otro color —dijo Jota.

—Recuerda nuestro lema, Lili —empezó a decir Marina.

—“Valora lo que tienes, supera lo que te duele, lucha por lo que quieres” —repetimos Irene, Sofía, Carla, Lucía y yo, entre risas.

—Vaya, ya veo que os lo sabéis estupendamente —contestó ella haciendo una mueca.

—Es que... eres una entrenadora magnífica, Marina, ¡pero muuuuuy pesada también! —dijo Carla.

—Pues no, yo lo único que quiero es que seáis las mejores.

—Lo sabemos —dije yo, acercándome en ese momento por su espalda y dándole un beso en la mejilla, lo que hizo que se pusiera colorada. “Hay que ver lo poco cariñosa que es esta mujer” pensé—. Bueno, chicos. Yo me tengo que ir. Espero veros a todos mañana por la tarde en las rotaciones de clasificación para la final.

—Descuida, Lili. ¡Allí estaremos! —respondió Izan.

—¡Ah! Y por la mañana, nada de quedarse durmiendo —dije mirando a Sofía, que enrojeció—. Salid a pasear por Guadalajara y disfrutad de la ciudad por mí.

Jota me acompañó hasta el hotel de concentración.

—Nuestra primera despedida en un mes —dije muy apenada.

—Será por poco tiempo, mi vida —contestó él abrazándome.

—No sé si sabré dormir sin ti —le confesé.

—Claro que sabrás, Lili. Tienes que hacerlo. Tienes que descansar mucho para estar mañana a tope. Vas a tener mucha gente pendiente de ti.

—Gracias, eso me ayuda mucho a quitarme presión de encima —dije riendo.

—Uys, no quería decir eso. Eres una campeona y sabemos que lo vas a hacer fenomenal.

Dentro de dos días a estas horas celebraremos tu victoria.

—Te quiero, Jota.

—Yo también te quiero, mi amor. Buenas noches.

Y con un beso en el vestíbulo, nos despedimos.

La mañana siguiente me desperté de nuevo muy revuelta. “Otra vez no, por favor” pensé. Hice repaso de lo que había cenado el día anterior: un zumo de manzana, un sándwich mixto y un poco de ensalada. No había nada que pudiera haberme sentado mal. Sin embargo, fui incapaz de desayunar y a media mañana tuve que ausentarme del entrenamiento durante unos minutos. Hasta que no vacié el estómago en los servicios no empecé a sentirme mejor. Al menos el resto de la mañana entrené en condiciones.

Por la tarde dieron comienzo las rotaciones de clasificación para la final. En la grada, mis amigas sostenían una gran pancarta animándome: “Lili, campeona, ¡tú puedes!”. Y pude. No conseguí clasificarme para la final del concurso completo, pero sí para la final de cinta, obteniendo la cuarta mejor nota.

~¡Muy bien, Lili! ¡Has estado estupenda! —escribieron mis amigas en el grupo de WhatsApp.

~¡A por la medalla, cariño! —me había escrito mi padre.

~Lili. Sabes que para mí eres ya una campeona. Por favor, cuídate y descansa. No creas que no me he dado cuenta de que has cojeado. Si mañana no estás bien, no lo hagas.

~Y recuerda: mi alma te pertenece, mi corazón es tuyo para siempre, y moriría si algo te sucediera. Te amo. Buenas noches.

Y con esas palabras de Jota, y el firme convencimiento de seguir luchando por la medalla, me fui a dormir.

26 de mayo. Final del Campeonato del Mundo.

Estaba muy nerviosa. No recordaba haberlo estado tanto nunca. No sé cómo describirlo. ¿Inseguridad? Miré hacia la grada una vez más desde la esquina del tapiz donde esperaba mi turno. Allí estaban todas las personas que me querían, pendientes de mí. Anunciaron mi salida por megafonía. Respiré hondo, y de puntillas, caminé hasta colocarme en posición. Extendí la cinta en el suelo, me situé en el centro, sujetándola con el pie. La música comenzó. “Hora de decir adiós” “¿lo sería?”, pensé por un segundo. La primera recogida tras la voltereta lateral fue perfecta. Después tenía una serie de fouettes sobre la pierna derecha. Lancé la cinta lo más alto que pude,

salté para hacer la zancada y al apoyar la rodilla, me rompí. Oí el chasquido incluso por encima de la música y de la exclamación del público, sobrecogido. Después, un intenso dolor. Intenté levantarme, sin éxito. Era incapaz de apoyar la pierna izquierda. Inmediatamente acudieron en mi ayuda Diana, mi entrenadora, y el servicio de atención médica del pabellón.

Me sacaron en camilla. En la puerta, junto a la ambulancia, estaba esperando Jota.

—¿Puedo ir con ella? —preguntó mirando a mi entrenadora.

Diana se limitó a asentir con la cabeza.

Ambos subieron conmigo a la parte trasera. Hasta entonces, el dolor no había dejado espacio para más pensamientos, pero una vez remitió un poco, rompí a llorar.

—¿Te duele, cariño? —preguntó Jota.

—Sí, bastante. Yo... tendría que haberte hecho caso, Jota. A lo que me dijiste... anoche —contesté yo.

—No te preocupes por eso ahora, mi amor —contestó él acariciando mis mejillas empapadas—. Ahora lo importante es que te pongas bien.

Asentí, sin poder dejar de llorar. Y mirando a mi entrenadora, musité:

—Parece que esto es un adiós, ¿no?

—No, Elia, no tiene por qué. Seguro que es menos de lo que parece. Y en el peor de los casos, con el descanso y el tiempo de recuperación necesarios, te recuperarás y podrás volver. Ahora lo único que debe preocuparte, como dice tu novio, es ponerte bien.

Al llegar al Hospital de Guadalajara, los celadores de urgencias me ayudaron a subir a una silla de ruedas y pidieron a Diana y Jota que aguardaran en la Sala de Espera.

—Hola Elia, soy el Dr. Trigueros, traumatólogo. ¿Puedes explicarme qué es lo que ha pasado exactamente?

Le conté que desde hacía meses arrastraba molestias en la rodilla. Le dije también cómo lo habían estado tratando en el CAR. Por último, le expliqué que había podido oír y sentir un chasquido en la rodilla al apoyar la pierna tras el salto.

—Tiene toda la pinta de ser la Rotura del Ligamento Cruzado Anterior de la rodilla, Elia. Te haremos una resonancia para confirmar el diagnóstico, ¿te parece bien?

Asentí.

—El celador te llevará a la zona de Radiodiagnóstico. En cuanto tengamos los resultados de las pruebas, te volveré a ver.

—Gracias, doctor.

El celador me dejó frente a una puerta.

—Ahora mismo pasa el técnico a buscarte, Elia.

Mientras esperaba, leí el cartel que había en la puerta. “CUIDADO. Si está usted embarazada o cree que pudiera estarlo, informe al radiólogo antes de realizar la prueba.” Me quedé pensando. “No, no puede ser, Lili” me dijo a mí misma. Conté rápidamente en mi mente. La última regla me había bajado el día de mi cumpleaños. Debido al estrés de los entrenamientos, las competiciones, y la boda no me había dado cuenta de que llevaba... ¡dieciocho días de retraso! “Pero... yo tomo la píldora” pensé, sacudiendo la cabeza.

—Elia, soy el radiólogo. ¿Llevas algo metálico que tengas que quitarte antes de la prueba?

—No, pero... No estoy segura, pero creo que podría estar embarazada.

Tras hablarlo con el traumatólogo decidieron hacerme una prueba de embarazo. Si lo estaba, sustituirían la resonancia por una ecografía de la rodilla, pero querían estar seguros, pues la primera era más exacta y daría un mejor diagnóstico.

Me hicieron un análisis de sangre. Mientras esperaba en la puerta de la consulta del Dr. Trigueros, me convencí de que estaba embarazada; las náuseas de la mañana, la acidez de estómago, el apetito posterior... ¡incluso todo el mundo me había dicho que estaba más guapa! Instintivamente posé mi mano sobre mi vientre. ¿Qué pasaría ahora?

Apenas tuve tiempo de digerir la idea. Una enfermera abrió la puerta de la consulta y llevó mi silla hasta el interior. A un lado de la mesa, el Dr. Trigueros, en el otro, esperando, Jota. La enfermera me colocó a su lado. Mi novio cogió mi mano, que temblaba.

—¿La van a operar, doctor? —preguntó Jota dirigiéndose al hombre que tenía la mirada puesta en unos papeles que había sobre su mesa.

—Pues... desde luego no ahora —contestó aquel—. De momento vamos a hacerle una ecografía de la rodilla para confirmar el diagnóstico. En el caso de que sea lo que sospechamos, tendrás que hacer rehabilitación durante un tiempo —dijo, dirigiéndose a mí—. Y luego podrían operarte en Madrid, calculo que a partir de febrero del año que viene.

—¿Y por qué hay que esperar tanto tiempo? —preguntó Jota.

—Porque... —empezó el doctor.

—Estoy embarazada, Jota —interrumpí yo.

—¿Qué? —contestó, sin creer lo que había dicho.

—Os dejo solos un momento, chicos —dijo el doctor levantándose.

—¿Estás embarazada? —me preguntó Jota, que en ningún momento había soltado mi mano.

—S-sí. —dije bajando la cabeza. Aún no me lo podía creer.

—Pero... ¿cómo? ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó, obligándome a levantar la barbilla para mirarle a los ojos.

—Lo acabo de confirmar. Lo empecé a sospechar hace una hora. Todo encaja, Jota. Los vómitos, el cansancio... No he estado enferma. Una vida se está formando aquí —dije, poniendo mis manos sobre mi barriga. Él me imitó. Una lágrima resbaló por mi mejilla, cayendo sobre nuestras manos.

—No llores, cariño —pidió Jota—. ¿Cómo pudo pasar?

—Yo... no lo sé. No he olvidado la píldora ningún día. —En ese momento caí en la cuenta—. La intoxicación.

—¿Qué? —preguntó.

—La intoxicación. Los días que estuve enferma tras el Campeonato de Europa. Tendría que haberme dado cuenta de que, con los vómitos y la diarrea, las pastillas no hicieron efecto. Lo siento, Jota. He sido una irresponsable —dije, estallando en llanto.

—Tranquila Lili —dijo Jota abrazándome con fuerza—. Cálmate. Un bebé no es ninguna desgracia, cariño.

—Yo... entendería que no quisieras seguir conmigo. Somos muy jóvenes y no quiero que te sientas atado a mí —dije, sin dejar de sollozar.

—Lili, mírame, cariño, por favor —suplicó—. Esto no cambia nada de lo que te dije en París. Sigo queriendo que me hagas el hombre más feliz del mundo casándote conmigo. Mi alma te pertenece, mi corazón es tuyo para siempre y mataría por ti. Por vosotros —corrigió, acariciando mi barriga—. Este pequeñín, o pequeñina, nos va a cambiar la vida, pero no cambiará lo que sentimos el uno por el otro. —Continuó—: Bueno sí, probablemente nuestro amor se multiplique cuando lo tengamos en nuestros brazos en...

—Enero —terminé yo—. Nacerá en enero.

EPÍLOGO

—¡Lili! ¡Estira más las puntas! A ver ese chassé, ¡arriba! ¡con fuerza!

La pequeña rubita de largas piernas miró con cara de pena a su entrenadora. Parecía a punto de echarse a llorar. Se estaba esforzando mucho por hacer todo lo que Marina le pedía, pero nunca parecía suficiente y ya estaba muy cansada.

—¿No crees que estás siendo demasiado dura con ella? Sólo tiene cuatro años.

Marina se giró al oír mi voz acercarse por su espalda.

—Tú también tenías cuatro años cuando llegaste. Pero... ¡mírala! —La chiquitina se estiraba todo lo que podía. Tenía muchísima elasticidad—. ¡Tiene muchísimas cualidades! ¡Será una gran gimnasta!

—Sí, grande seguro —dije riendo. Con cuatro años y medio ya tenía la misma altura de una niña de seis.

—¡Mamiiii! —La pequeña vino corriendo en cuanto me vio y se lanzó a mis brazos—. ¿Podemos irnos ya? Estoy muuuuuuy cansada —dijo frotándose sus ojitos verdes y bostezando.

—Sí, cariño. Ahora mismo nos vamos. ¿Ves? Papá está esperándonos en la grada —le dije, tomándola en brazos.

Ambas miramos hacia arriba, donde su padre peleaba con un regordete de poco más de un año que empezaba a dar sus primeros pasos.

—Jorge, estate quieto. ¡Te vas a caer! —decía, saludando con una mano hacia donde estábamos nosotras, mientras trataba de agarrar con la otra al pequeño.

—Papiii, ¿me has visto? ¿Lo he hecho bien? —preguntó Lili alzando la voz.

—Lo has hecho requetebién, princesa —contestó él— ¡Te has ganado un súper premio!

—¡Bieeeeeen! Mami, ¿lo has oído? Seguro que papá me compra “busanitos”.

—Sí, cariño, seguro que sí, pero habrá que guardarlos para después de cenar, ¿vale?

—Vale —dijo, abriendo la boca para bostezar de nuevo, y apoyando su cabecita en mi hombro. “Calculo que no llega ni al coche” pensé.

—Marina. ¿Tienes las dos entradas que me pediste para la gala benéfica?

—Sí, Elia. Me las ha dado el conserje. Nos vemos mañana a las seis en el Centro de Tecnificación, ¿no?

—Por supuesto. Allí estaremos —dije, dándole un cariñoso apretón en el brazo.

Un gran cartel anunciaba a la entrada del Centro de Tecnificación la Gala Benéfica. Se había organizado con el fin de recaudar fondos para la Asociación “Deporte para Todos” que habíamos creado Lili y yo, y cuyo fin era que el deporte llegara a todos los niños, sobre todo los de las clases sociales más desfavorecidas.

Dejé el carrito en un lugar que habían habilitado para ello, cogí al gordinflón en brazos y fuimos a sentarnos en los asientos que teníamos reservados en primera fila. Nada más llegar, mi hermana María me arrebató al pequeño de los brazos.

—¡Ayyyy! ¡Mi gordete! ¡Mira que mofletes tiene! —dijo haciéndole carantoñas.

—¡Mira quien fue a hablar! —contestó su acompañante riéndose.

—¡Ejem! ¡Tú tienes la culpa de que esté como una bola! Tanto pescaíto frito, tantos chicharrones... ¡Es qué no puede ser, Miguel! —dijo mi hermana enfurruñada.

—No te enfades, quilla —dijo aquel, acariciando la prominente barriga de mi hermana—. Si tú sabes que lo único que quiero es cuidaros a los dos. Y si mi niña tiene un antojo, pues ¿no se lo voy a dar?

—¡Ays! Si es que te tengo que querer... Lo mismo se me olvida cuando Pablo se decida a salir y tenga que sacar por ahí a un bebé de cuatro kilos, pero de momento, te quiero.

Miré a mi hermana y a mi cuñado riendo. Quién nos iba a decir que se enamorarían a primera vista durante el Campeonato del Mundo de Guadalajara y acabarían casándose menos de un año después de nuestra propia boda.

Recordé ese momento mágico. Tras la decepción inicial por no poder celebrar la boda en París, en aquel templete del Parc de Cluny donde le pedí que fuera mi esposa, decidimos casarnos en Cuenca, el lugar donde Lili y yo nos entregamos el uno al otro por primera vez. Fue una ceremonia sencilla, en el salón de la Posada San José. Como únicos testigos, Rafa, mis padres, mi hermana, Miguel y nuestros ocho amigos.

El momento en que Lili apareció del brazo de su padre fue uno de esos de los que te dejan sin aliento. Llevaba un vestido de novia de encaje, cortado bajo el pecho, pero entallado, por lo que se marcaba claramente su barriguita de casi seis meses de embarazo. Se había dejado el pelo suelto, levemente ondulado. Como únicas joyas, el anillo de ágata que le había regalado como promesa de nuestro matrimonio y un pequeño broche en forma de mariposa, que había pertenecido a su madre y que Lili usó para recoger algunos mechones rebeldes de su pelo.

Mi suegro me sacó de mi ensoñación.

—Perdón por el retraso —dijo excusándose mientras se sentaba a mi izquierda— He tenido que aparcar lejísimos. ¡Lleno hasta la bandera! ¡Un éxito total! ¿No crees, Jota?

—Sí, Rafa. Hace semanas que están vendidas todas las entradas. Hemos superado con creces la recaudación que esperábamos obtener. Con estos fondos podremos continuar, al menos, dos años más.

—¡Eso es estupendo! —contestó—. Pero bueno, vayamos a lo importante. ¡Déjame ver al tiarrón de mi nieto! —suplicó.

Me incliné un poco hacia atrás, dejando a mi suegro que viera a Jorge, que se había quedado profundamente dormido en brazos de su tía.

—Mi hermana tiene un don —dije mientras la miraba—. Es con la única con la que se duerme en brazos. Ni siquiera Lili es capaz de conseguirlo.

—¡Pero si es un ángel! Míralo que a gustito está —dijo esta, acariciándole la carita.

Sonreí orgulloso.

En ese momento llegaron Marina y Fede, que habían estado ultimando todo abajo, en la pista, y que se sentaron en la fila de detrás de nosotros. Contra todo pronóstico, seguían juntos. Siempre que les preguntaban, decían que les había unido su pasión por el deporte, y su constancia y esfuerzo había hecho todo lo demás. Fede me saludó con unas palmaditas en la espalda y un “¡buen trabajo, tío!”, mirando las gradas, que estaban a rebosar.

La megafonía del Centro anunció el comienzo de la gala.

Para empezar, un partido de minibásquet. Los equipos estaban integrados por niños de entre cuatro y diez años de edad, de todas las razas y condiciones sociales. Aunque la duración debía ser de cuarenta minutos, se acortó a la mitad para que los más pequeños no se cansaran demasiado. “Ni el público tampoco”, había dicho yo, riendo, cuando preparábamos la gala. Tras finalizar el partido, mis cuatro amigos, mis compañeros de batalla, Héctor, Víctor, Eloy e Izan, salieron a saludar. Ellos eran los voluntarios entrenadores de cada uno de los grupos de edad de la asociación. Un multitudinario aplauso les recibió.

Tras un breve descanso de diez minutos, durante los cuales se colocaron las moquetas, comenzaron las actuaciones de los diferentes conjuntos de gimnasia rítmica. Primero las mini-baby y las baby, que, pese a su corta edad, dejaron con la boca abierta a la mitad de los allí presentes. Después el resto de categorías, capitaneadas, también desinteresadamente, por cada una de las chicas del grupo, Irene, Lucía, Carla y Sofía. Todas, además de sus trabajos, dedicaban su tiempo libre a enseñar lo que tanta felicidad les había proporcionado: la gimnasia rítmica. Todas ellas recibieron su merecida ovación.

“Y ahora, por primera vez en público, una actuación que seguro les sorprenderá” se oyó por megafonía.

—¡Ya salen! —exclamó entusiasmado Rafa a mi lado.

“Con todos ustedes, la fundadora de nuestra Asociación, Elia Ribera, campeona de Europa de Gimnasia Rítmica, y la pequeña Lili Sánchez, su hija”

Las luces del pabellón bajan de intensidad, y un foco llena de luz solo el centro de la moqueta. Allí, tumbadas sobre el tapiz, y cogidas de las manos, las dos mujeres de mi vida. Las dos van vestidas con un maillot-vestido de gasa blanca, cogido al cuello. En el centro del pecho, dos grandes mariposas de Swarovski. La voz de Maria Callas, interpretando un “Un bel di vedremo”, de la Ópera Madame Butterfly, rompe el expectante silencio del pabellón. La que había sido la primera actuación de mi mujer, lo es también ahora de nuestra pequeña. Las miro, embobado. Lili apenas ha cambiado en cinco años. Lleva la melena algo más corta, recogida en una cola de caballo, y sigue siendo igual de hermosa, a pesar de la gran cicatriz que cruza su rodilla izquierda. Mi pequeña Lili, salvo los ojos verdes y la estatura, herencia mía, es el vivo retrato de su madre. Sus movimientos están perfectamente sincronizados. El pabellón se viene abajo con los aplausos y gritos de admiración. Mientras ellas saludan al público, muy sonrientes, me llama la atención el pequeño Hugo, el hijo de cuatro años de Héctor e Irene, mirando ensimismado a mi pequeña. Sonríe. Están creciendo juntos y son grandes amigos. Pero quién sabe si, dentro de unos quince años, el caprichoso destino les unirá... ¿se repetiría entonces la historia?

FIN